

San Manuel González, Obispo

Oremos en el Sagrario como se oraba en el Evangelio

OREMOS EN EL SAGRARIO COMO SE ORABA EN EL EVANGELIO

CAPÍTULO PRIMERO

LA ORACIÓN

Lo bueno de la oración

891. ¡La oración! ¡La llave de oro que abre de par en par el Corazón de Jesús! ¡La luz divina que disipa todas las tinieblas y aclara todos los misterios! ¡El bálsamo que cura las heridas del alma, sana los cuerpos y perfuma la vida! ¡El secreto de la paz y de la dicha en medio de las penas acerbas, y receta de la más excelsa santidad!

¡Orar! ¿Hay algo más sabroso, consolador, reparador y eficaz que la acción expresada por este verbo? ¿Se dan cuenta los cristianos y aun los piadosos, de... la actividad que supone? ¿Cuándo se enterarán de que los verbos predicar, dar, enseñar, sacrificarse, ir, atraer, perseverar, redimir, no tienen más virtud activa que la que les preste su acción de orar?

Lo fácil de la oración

892.- ¿No es cosa difícil? ¿No está vedado a los rudos, a los ocupados, a los activos? ¿No es de sólo los escogidos o de los moradores de los claustros? ¿No ha menester estudios o preparativos prolijos? ¿Cómo se ora?

Estas paginillas quieren responder a esas preguntas, no con los muchos y muy buenos métodos que se han escrito y se dan para la oración, sino exponiendo los modos como oraban ante Jesús en el Evangelio los que con Él andaban o a Él se acercaban.

Qué es la oración

893.- La simple exposición de esos cuadros convencerá a los que los contemplen de dos cosas: la primera, que el *orar es hablar a Dios con el corazón,* y, por tanto, cosa sumamente fácil y al alcance de todos, ilustrados y rudos, mayores y chicos, buenos y malos, pues todos tienen boca y corazón; y la segunda, que toda oración se compone de dos elementos: uno humano, el conocimiento de nuestra indigencia absoluta en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo, y otro divino, la fe y la confianza sobrenaturales en el amor misericordioso y omnipotente de Dios que quiere y puede y ha prometido socorrer nuestra indigencia; o, más breve: *oración es la fe y la confianza poniendo en comunicación y en curación la gran miseria humana con la gran misericordia divina.*

Eso es toda oración: la miseria de rodillas, con las manos extendidas y la boca abierta, ante la Misericordia omnipotente del Corazón de Dios. Ésa es, en la esencia, la oración del santo más contemplativo como la del cristiano más vulgar e interesado.

894. San Agustín definía bellamente la oración como "la *omnipotencia* del hombre y la *debilidad* de Dios". Por eso afirmaba que orar es pedir. San Juan Damasceno entendía la oración como "la petición de las cosas convenientes". A la pregunta "¿Qué es orar? responde el catecismo de Ripalda diciendo que es "levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes". Y con frase graciosamente honda, santa Teresa la define así: "Tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama" [1]. Santa Teresita del Niño Jesús se expresa así: "¡Qué grande es el poder de la oración! Se la diría una reina que en todo momento tiene acceso libre al rey, y que puede conseguir todo lo que pide. Para que sea escuchada no es necesario leer en un libro determinada fórmula compuesta para las circunstancias... Para mí la oración es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio de la tribulación, como en medio de la alegría. En fin, es algo sobrenatural que me dilata el alma y me une con Jesús" [2].

Cómo se ora

895. Con esta noción sencilla, pero fundamental de la oración puedo responder: Se ora como se pide y se pide según se siente la miseria propia y según se cree y se confía en la misericordia de Dios.

A más conocimiento de aquélla y a mayor fe y confianza más viva en ésta, más eficaz oración.

Por eso toda oración envuelve o exige algo de nuestro entendimiento como meditación, reflexión o contemplación de las necesidades propias, voluntarias o involuntarias, de sus causas, efectos, remedios posibles y comparación con las ajenas y para eso ayudan los libros ascéticos, la conversación de los buenos, la contemplación de la naturaleza, etc., y algo, lo principal, del Espíritu Santo, Agente Supremo del mundo sobrenatural, infundiendo, excitando, fomentando, avivando nuestra fe y nuestra confianza y nuestro descanso en la Misericordia de Dios, para que más claramente veamos y más fuertemente sintamos y saboreemos a Dios, Padre rico que ha hecho de la oración llave de sus tesoros en favor de nosotros, hijos pobrísimos.

896. *Meditando*, pues, *solamente* o con sólo el ejercicio de nuestro entendimiento, *no oramos;* sino *conversando afectuosamente con Padre Dios* sobre nuestras necesidades, dejándonos llevar de la moción o impulso del Espíritu Santo.

Y como con este divino Introductor contamos siempre, ¿quién podrá decir con verdad que no puede echar un rato de conversación afectuosa con Dios como de hijo pobre con su Padre rico y bueno?

A los que dicen: yo no sé orar, yo no puedo orar... decidles: ¿Pero tan rico, tan perfecto, tan señor, tan cabal, tan independiente, tan sin faltas ni peligros eres tú que no necesitas de Dios?

Y aunque así fueras, ¿no necesitas siquiera darle gracias por tanto como te dio y pedírselas para que no lo pierdas? ¿O es que no crees que Dios, tu Padre, quiere y puede y ha prometido por ese medio remediarte?

897. ¿Quién no necesita pedir a Dios?

¿Todos? Pues todos necesitamos orar.

¿Cómo? Como nos quejamos cuando nos duele algún miembro, o nos hiere un pesar, como lloramos sobre el pecho de los que nos quieren, como contamos el proceso de nuestra enfermedad al médico, de nuestra ruina al amigo rico, de nuestras penas íntimas a nuestras madres, así, espontáneamente, confiadamente, humildemente, insistentemente.

---

[1] Vida, capítulo 8, n. 5.

[2] Obras Completas, Versión castellana de Fr. Emeterio García-Setién (Burgos, 1969), pág. 324.

Aunque no pretendo escribir un tratado sobre la oración, sino unas páginas alentadoras para que la hagan todos, todos los hijos del Padre Celestial, no quiero pasar adelante sin dejar sentados estos tres principios:

1.º La necesidad absoluta de ella para obtener ciertas cosas que Dios tiene decretadas no darlas, sino a cambio de ella.

2.º Que hay orden en las peticiones, señalado por el Maestro en la oración modelo, el Padrenuestro; y

3.º La singular excelencia de este acto de la virtud de la Religión en el que se ejercita y eminentemente se contiene la esencia de todas las demás virtudes singularmente de la fe, la humildad y la caridad y de la misma religión.

Espero que las escenas evangélicas que en estas páginas se presentarán, dejarán bien patentes todos estos extremos.

Mientras tanto, contentémonos con repetir la súplica de los apóstoles: *Maestro, enséñanos a orar* [3].

CAPÍTULO II

CÓMO SE ORABA EN EL EVANGELIO

El Evangelio-oración

898. Bien meditado, el Evangelio es todo él una oración. El Evangelio es Jesús hablando con su Padre en nombre de los hombres o con éstos en nombre de su Padre, o son los hombres hablando con el Padre por medio de Jesús y el Padre hablando con los hombres por medio de sus Hijo. Siempre en diálogo afectuoso expresado por medio de palabras, de obras, de miradas, de gestos, de lágrimas, de alabanzas, de acciones de gracias, de bendiciones...

Y bajo este aspecto, ¡qué gran maestro de oración, y de oración en todas sus formas y en todos sus grados, es el Evangelio! Leyendo despacio el Evangelio, necesariamente se aprende a orar de todos los modos en que se puede orar.

Por sus páginas se ven desfilar, ante la Misericordia infinita del Corazón de Jesús, representaciones de todas las miserias humanas desde las más materiales y groseras hasta las más espirituales; desde el leproso, condenado al aislamiento y al asco de los hombres, hasta Dimas, pidiendo el cielo en el cadalso; desde los niños hebreos cantando el ¡Hosanna! del triunfo de Jesús, hasta el aullido de los endemoniados pidiendo libertad.

899. ¡Cuántas miserias de rodillas y con los brazos suplicantes ante el amor misericordioso del dulce Nazareno que pasaba, nos presentan las páginas del Evangelio! Y ¡cuántas veces se enternece nuestro corazón ante el *Sí* grande, majestuoso, omnipotente, con que responde y se pone a mirar al afligido y confiado suplicante!

¡Ah! ¡Cómo ante las caricias de esa Misericordia tan propicia y *tan para nosotros,* se vienen ganas de pasarnos la vida orando y casi, casi de tener más miserias que contar y que exponer para tener más ocasión de vernos envueltos en aquellas miradas de bondad y atraídos por aquellas preguntas de curiosidad tan de padre y bañados y ungidos en la virtud de aquellas manos, de aquellos ojos y hasta de aquella orla de su vestido!

Si san Agustín, en un santo atrevimiento de amor, pudo exclamar: "¡Oh feliz culpa que mereció tener tan grande Redentor!", la gratitud del corazón humano puede prorrumpir en este grito: "¡feliz

[3] Lc 11,1

miseria, que hace probar y gustar a los desgraciados hijos de Eva las dulzuras de las misericordias del Padre que está en los cielos y del Hijo que vive en los Sagrarios de la tierra!".

El Evangelio repetido en el Sagrario

900. El Jesús del Evangelio es el mismo Jesús vivo del Sagrario.

Aquí como allí dice y hace lo mismo. ¡Ah! ¡Si esta fe viva en Jesús vivo Sacramentado invadiera y llenara nuestra alma!

¡Con qué ganas se exclamaría, se gritaría, ante esas efusiones de la Misericordia divina sobre la miseria humana!: ¡Bendita la oración, que lleva como de la mano y dobla las rodillas y abre las bocas, y arranca los gemidos y las lágrimas de los miserables y coge como del Corazón al Padre del cielo y al Hermano divino del Sagrario y les invita y obliga y empuja a hacer milagros de perdones de almas, de curaciones de cuerpos, de resurrecciones de cuerpos y de almas, de lágrimas trocadas en perlas de diadema y de tierras de abrojos trocadas en cielos de delicias!

901. Firme en mi propósito de hacer de esta nobilísima ocupación del alma la ocupación diaria, frecuente y, aun diría, perenne, ante la Casa de Jesús vivo en la tierra, de todos los hombres, desde los niños y rudos, hasta los consumados en saber y en santidad, quisiera presentar página por página, esa variadísima y pintoresca serie de modos de orar del Evangelio, para trasladarlos a los Sagrarios cristianos; pero ¡cuántos libros se necesitarían! He de contentarme con presentar, a modo de índice, fórmulas y maneras de orar del Evangelio, dejando a la acción del Espíritu santo y a la cooperación de la buena voluntad de cada uno el saboreo de ellas y la adaptación de las mismas al estado de Jesús en el Sagrario y a la situación de cada alma.

El Padrenuestro

902. Sepámoslo bien: El Evangelio, como el Sagrario, es Jesús orando, Jesús pidiendo a su Padre y a sus hermanos, Jesús Hostia en diálogo perpetuo de amor.

Si el Evangelio es una oración, el Padrenuestro, que es la oración perfecta y ejemplar, es la síntesis del Evangelio, como su índice, hecho por mano divina.

Si la palabra de Dios es *semilla,* en el Padrenuestro está como en semilla, con toda la fecundidad misteriosa de la semilla, todo el Evangelio y la prolongación de éste por la Eucaristía y por la Iglesia. En las solas dos palabras *Padre nuestro* está la semilla de toda la *doctrina* dogmática y moral de Jesús, y en las siete peticiones están los siete capítulos en que se desarrolla toda la *obra* de Jesús, de su Eucaristía y de su Iglesia.

¿Qué otra cosa hizo y sigue haciendo Jesús que *santificar* el nombre de su Padre, estableciendo su reino, cumpliendo y enseñando a cumplir su voluntad, allanando y quitando todos los obstáculos de aquel fin sumo como la preocupación de los bienes terrenales, el pecado, la tentación y toda clase de mal?

903. Si no pareciera atrevimiento hablar de *programa de Jesús,* yo diría que el programa de su vida mortal en Palestina, gloriosa en el cielo, eucarística en los Sagrarios de la tierra y mística en la Iglesia y en las almas, es el pedir y obrar y enseñar a obrar y pedir conforme al Padrenuestro.

Fórmula eterna y divina de toda oración buena y eficaz, nos dará el orden en que deben presentarse esas fórmulas evangélicas de oración.

De esta fórmula dice san Cipriano: "Todo aquello que podemos pedir a Dios está contenido en el Padrenuestro". Y san Agustín exclama: "Aunque busques las más hermosas oraciones, nada hallarás en ellas que no esté contenido en el Padrenuestro". Tertuliano *compara el Padrenuestro con una piedra preciosa, pequeña, pero de grandísimo precio.* Santo Tomás de Aquino asegura que "en

el Padrenuestro, no sólo rogamos por todas las cosas que hemos de procurar, sino además, las pedimos con el orden debido".

Madre Inmaculada, la pura criatura que mejor ha entendido, practicado y rezado el Padrenuestro de tu Jesús, enséñanos a entenderlo, practicarlo, rezarlo y saborearlo a tu estilo.

CAPÍTULO III

LO QUE ENSEÑAN ESTAS PALABRAS: "PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO"

904. ¿Qué significan esas palabras con que Jesús comienza la oración modelo de todas las oraciones? Como de la simple lectura se desprende, son:

1.º Un saludo

Si toda oración es conversación afectuosa con Dios, debe empezar, como todas las conversaciones de afecto, por el saludo y la presentación.

¡Padre... que estás en los cielos [4]. Es el saludo con que el Maestro divino de la oración ha querido que comencemos toda conversación con Dios... Es Rey, Señor, Creador, Juez excelso, omnipotente...; la oración lo busca como a Padre. Sobre todas las grandezas y excelsitudes con que vive en los cielos mira a Dios envuelto en la dulce y generosa benevolencia que encierra la palabra Padre, y así lo llama y saluda.

Nuestro. Parte esencial del saludo es la presentación; y esa palabra es la presentación de los interlocutores del Padre Dios. Nuestro Padre, no de los Ángeles, ni de los santos, solo, sino *nuestro*, es decir, de todos los hombres, los santos y los pecadores, los buenos y los malos. Ese *nuestro* equivale a presentarnos al Padre como hijos suyos y hermanos todos unos de otros... Con respecto a Dios, somos los hombres sus criaturas, sus vasallos, sus reos, y sin la Redención de Jesús sus enemigos, y por ella sus hijos de adopción... Ésa es la gran revelación y la gran conquista que nos ha regalado Jesús: el darnos a conocer y tener por Padre el Padre suyo.

¡Qué introducción tan bellamente sencilla para la acción más grande, más noble y más necesaria del espíritu humano, orar! ¡Padre que estás en los cielos! ¡Tus hijos los de la tierra! Los buenos, los malos, ¡tus hijos! ¡Y tus hijos adoptivos presentados por el Hijo natural, por el Hermano Mayor, Jesús!

2.º La esencia de toda oración

905. En la palabra *Padre* está el *fundamento* de la Piedad y de toda oración, a saber: la *confianza* sin cansancio en la misericordia sin medida ni fin de Dios, como Padre en toda la extensión del sentido de ese nombre, el más grande en los cielos y en la tierra..., o sea, confianza en Dios Autor, Conservador, Providencia, Médico, Perdonador, Remunerador, Consejero, Consolador, Amigo...

En la palabra *nuestro* está la *condición* esencial de toda oración, a saber: *el amor a los hermanos*, empezando por el Mayor, Jesús...; ese pedir todos para todos es no excluir a ningún prójimo de mi amor. ¡Ah, sí nos fijáramos un poquito en ese carácter colectivo, familiar, fraternal, que Jesús en su Evangelio, y la Madre Iglesia en su liturgia dan a todas sus oraciones! ¡Cómo no nos sentiríamos tan

---

4 Mt 6,9

alejados y tan despegados los unos de los otros! ¡Cómo se cumplirían mejor los dos preceptos fundamentales a que se reduce toda la ley moral: amor a Dios sobre todo y amor al prójimo como nos amó Jesús!

En la palabra "que estás en los cielos" está el *premio definitivo* de toda oración: ¡Los cielos! ¡La glorificación suma de Dios y la suma felicidad del hombre! ¡No es esa, en definitiva, la aspiración de todo el que ora bien, como de todo el que obra bien?

3.º El punto de partida, camino y llegada del alma que ora

906. También bajo ese aspecto pueden considerarse esas palabras de introducción de la reina de las oraciones.

Si la vida del hombre es un viaje no sólo de la cuna al sepulcro, sino del tiempo a la eternidad, del destierro a la Patria, esas palabras del Maestro de toda verdad y de toda buena oración, enseñan el *punto de partida* del viaje, en la palabra *Padre;* o sea, que hemos de partir cada día y en cada obra de la *confianza en la misericordia* del Padre Dios: en la palabra *nuestro,* que hemos de andar siempre por el *camino del amor* a nuestros prójimos como a hermanos nuestros e hijos de un mismo Padre; y en la palabra *que estás en los cielos,* que, partiendo de aquella *estación* y no extraviándonos de este camino, estemos ciertos de que llegaremos a la *estación* gloriosa de la patria celestial.

A la luz de estas verdades, tan rudimentarias como poco meditadas, ¡cómo desaparecen las complicaciones y dificultades, al parecer insuperables, que ponen las almas a pretexto de ignorancia, ocupación o ineptitud para no orar! ¡Qué hermosa simplicidad la de la doctrina del Maestro!

907. ¿Qué es orar?

Hablar en nombre de Jesús con corazón de hijo necesitado y de hermano que ama a todos sus hermanos con el Padre Dios, pidiéndole cielo o cosas que nos lleven a él o no nos aparten de ganarlo.

¡Que el Espíritu santo, Agente supremo de toda oración, derrame raudales de luz sobre los cristianos para que se den cuenta de su "Padre nuestro que estás en los cielos" y se multipliquen los ejércitos de la buena oración!

La palabra "nuestro" en el Evangelio

908. Ese pedir unos por otros al Padre de todos, ¡qué abundante y espléndidamente está comprobado en el Evangelio! Esa es precisamente la eficacia asombrosa de

La intercesión

Uno de los puntos de vista más interesantes para penetrar y contemplar las intimidades del Corazón de Jesús y recrearse ante un mundo de maravillas y encantos es lo fácil que se muestra en el Evangelio a la intercesión.

El Evangelio enseña que no eran siempre los necesitados de milagros los que pedían y obtenían, sino que unas veces no eran pedidos, aparentemente al menos, y otras veces, quizá las más, aquellos milagros y aquellas grandes curaciones eran solicitados y alcanzados por un mediador, pariente, amigo o simplemente un compadecido del doliente.

Asimismo consta que no eran siempre santos, ni aun leales de Jesús, los que se acercaban a abogar por otros.

El secreto de la intercesión

909. Tratando de descubrir el porqué de ese proceder de Jesús, ¡qué misterios de misericordia, qué milagros de condescendencia, qué delicadezas tan divinamente humanas y tan humanamente divinas se encuentran!

Yo invito a las almas sedientas de secretos y de intimidades del Corazón de Jesús en su vida de Sagrario a que repasen y saboreen esos milagros de la intercesión y les aseguro una cosecha óptima de sorpresas y aspectos y saboreos de su amor insospechados, sobre todo si en esas intercesiones tan eficaces reparan en la desproporción tan enorme entre el ruego, la advertencia o el simple aviso del intercesor y la respuesta de poder, de amor, de docilidad, de todo un Dios-Hombre.

No se lee que jamás rechazara la intercesión de amigos; en cambio llegaba hasta obedecerlos con la fidelidad de un criado que va detrás de su señor a lo que mande.

¡Cuántas veces expone el evangelista la respuesta de Jesús a alguna petición que se le hacía en favor de otro, con estas palabras: "Jesús se ponía a seguirlo"...! [5]

Y cuando la intercesión era desordenada, en vez de rechazarla, la rectificaba y rectificada la concedía. ¡Que lo diga la mujer del Zebedeo! [6].

Entremos, almas de Sagrario, en esas intimidades de Jesús y en esos secretos para obtener de su Corazón cuantos favores queramos y necesitemos.

Continuemos desentrañando el secreto de la eficacia de la oración que se hace a Jesús por intercesión y por medio de otro.

¿Por qué hacía tanto caso de esas peticiones?

En lo que no estaba el secreto

910. Desde luego, ni que decir tiene que el secreto de la intercesión ante Jesús no es el secreto de muchas, muchas intercesiones ante los poderosos de la tierra.

¡Cuántas historias de injusticias, de favoritismos irritantes, de apasionamientos exaltados, de medros y sobornos hipócritas envuelven no pocas veces lo que en lenguaje humano se llaman *recomendaciones e influencias!*

No, esas recomendaciones e influencias al estilo de la tierra no valieron jamás ante Jesús, ni le hicieron mover un solo dedo, ni le arrancaron un solo gesto de simpatía o benevolencia.

Un caso entre mil

911. Va Jesús, en los comienzos de su vida pública, a Nazaret, *a su ciudad*, como la llama el Evangelio, y del contexto de esto se deduce que sus paisanos y, sin duda, los más influyentes de la sinagoga le piden que les haga milagros, no por la necesidad que tenían de ellos o por el deseo de verlo glorificado entre los suyos, sino por un móvil tan ruin y bastardo como el de rivalidades de pueblos vecinos, a saber: el de no ser menos que Cafarnaúm y otros pueblos de Galilea, en los que habían oído decir los había obrado tan estupendos.

¿Qué responderá Jesús?

¿Se dejará llevar del aura popular, del afán de bienquistarse con los poderes de su pueblo, de la tendencia tan humana de trocar el amor bueno a la patria chica, o grande en pasión sectaria por el propio pueblo y odio exaltado contra los demás?

---

[5] Mt 9,18-19; Mc 5,22-24; Lc 7,2-6

[6] Mt 20, 20-28

No; predica, da a conocer a chicos y a grandes su Persona y su misión, y cuando las iras excitadas por el despecho lo tratan de precipitar desde lo alto del monte, *"pasando con serenidad majestuosa por medio de ellos, se iba..."* [7].

En lo que estaba el secreto

912. El elemento que se encuentra en todas las intercesiones con fruto ante Jesús, es siempre éste: *olvido de la propia necesidad.*

Meditad todos los casos de intercesiones del Evangelio, y siempre veréis en las razones que se alegan el bien de otro, y jamás el bien propio.

Nunca se le da esta razón: cura a este enfermo o resucita a este muerto porque me hace falta a mí, a mi gusto, a mi comodidad, a mi utilidad.

En cambio, se le dice muchas veces: Cura a mi criado, porque sufre mucho; sana a mi hija, porque está atormentada del demonio; el que amas, está enfermo...

¡Siempre lo mismo: el intercesor arrodillándose ante Jesús, cerrados los ojos, la memoria y la boca y el corazón para las penas propias, y abiertos sólo para la pena ajena! ¡Siempre la eficacia del *nuestro,* del pedir unos por otros del Padre nuestro!

¡Bendito, generoso y fecundo olvido propio de la intercesión! ¡Cuántas veces has abierto las puertas del Corazón de Jesús en el Evangelio y en el Sagrario!

¡A cuántos milagros de su misericordia has abierto y preparado el camino!

Jesús quiso por medio de la intercesión aprobar y santificar todo buen amor

913. Cuando el corazón se pone a amar olvidándose de sí, se dispone a *amar bien.*

La intercesión es no sólo la obra de la fe que cree en el poder de Jesús, y de la boca que pide y suplica a la misericordia de Jesús, sino del corazón que *ama bien* a otro corazón que padece.

Yo veo en los milagros obrados por la intercesión, a más de otras cosas buenas, un sello de aprobación y de santificación que el Corazón buenísimo de Jesús pone a todo *buen amor.*

El amor a la patria, el amor a la familia y el amor a los amigos son tres formas del buen amor del corazón humano, y ¡con qué aprobaciones y santificaciones tan ricas y tan espléndidas las ha sellado el amor misericordioso de Jesús! Sin decirlo expresamente, ¡cómo se le ve en el Evangelio *irse* detrás de las súplicas que le dirige alguno de esos amores o varios de ellos mezclados! ¡Qué finezas se le desbordaban de su Corazón!

Primer intercesor: El buen amor de la patria

914. Aunque nacido en Belén y, por consiguiente, en la Judea, por haberse, no obstante, criado en Nazaret y en ella haber pasado treinta años de su vida mortal, Jesús era tenido por galileo y llamado el Nazareno, y como tal considerado por los judíos en el bajo y despreciable concepto con que miraban a los galileos, y singularmente los de Nazaret.

"¿De Nazaret puede salir algo bueno?" [8], decía el sencillo y recto Natanael, haciéndose eco de la prevención, convertida hasta en refrán de los judíos contra los galileos.

Pues bien, a pesar de lo que enconan los ánimos esas rivalidades y prejuicios de pueblos con pueblos y hacen perder la serenidad de juicio aun a los más equilibrados, leed y meditad todas las

---

[7] Lc 4,30

[8] Jn 1,46

palabras del Maestro y no encontraréis ni asomos de amargura, de prevención ni de distinción entre judíos y galileos.

Para Él no hay más que un pueblo: el de Israel; y una sola ocupación: darse a conocer y amar de él para salvarlo; y una sola preocupación: buscar y atraer las ovejas que se extraviaron o perecieron de la casa de Israel.

A un judío que lo recibe con prevención por ser Nazareno, lo hace su apóstol y le llama *hombre sin engaño* [9]; a los fariseos que interceden cerca de Él en favor de un extranjero, el Centurión romano, dándole por razón el amor que había manifestado a Israel construyéndoles una sinagoga, Jesús responde con un milagro: con la curación de su criado [10].

915. ¡Con cuánta delicadeza y con cuánto gusto hace frecuentemente alusiones a las buenas tradiciones y costumbres de su pueblo y hasta a los juegos de los niños!

El amor de Jesús a su patria y su propensión a hacer bien a los que en su nombre lo invocaban era cosa tan patente a todos, aun a sus más sañudos enemigos, que a las veces por ahí trataban éstos de tentarlo para ponerlo enfrente de las autoridades romanas, que, como poder invasor, eran odiadas del pueblo.

Bien a las claras lo demuestran, entre otros, estos dos hechos:

1.º La consulta capciosa que le hacen los fariseos sobre si se debía dar tributo al César romano o no, [11] y

2.º El despecho y el tesón con que recalcaba Pilatos a Jesús: *"Tu gente, tu pueblo*, te ha entregado a mí... ¿por ventura soy yo *judío* como tú y como los tuyos?" [12], y, por último, la fidelidad y justicia (hay que reconocérselas) con que estampa su título y la causa de su muerte en la cabeza de la Cruz: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos* [13].

... ...

Amor bueno de la patria, ¡cómo has vivido y vives en el Corazón de carne de Jesús y cómo le has movido y mueves a decir y a hacer maravillas!

Un buen ejemplo de intercesión

916. El Centurión, intercediendo por su criado por medio de los compatriotas de Jesús [14].

Bien se merece proponer como modelo de oración ante el Sagrario la oración que ante Jesús, al acercarse a Cafarnaúm le hace el Centurión o jefe de la guardia romana de la ciudad. Por la alabanza extraordinaria y el gusto con que Jesús concede cuanto en ella le pedía, merece llamarse

La oración de la fe

¡Qué contraste! ¡La fe orando por la boca de un gentil!, y en cambio, por la boca de los suyos, de su Religión, de su sangre y de su tierra ¡hablando la murmuración y la envidia!

---

9 Jn 1, 49

10 Lc 7, 1-10

11 Mt 22, 17

12 Jn 18,35

13 Jn. 19,19.

14 Mt 8,5-13; Lc 7,1-10

Nosotros, los bautizados en la misma fe, los miembros de la misma familia, los vecinos de la misma casa de Jesús, ¿no tenemos que aprender a orar con la fe de ese gentil?

Oigamos sólo la narración y nos convenceremos.

El relato

"Y habiendo entrado Jesús en Cafarnaúm, se llegó a él un Centurión [15], rogándole y diciendo: "Señor, mi siervo paralítico está postrado en cama y es reciamente atormentado. Y le dijo Jesús: Yo iré y le sanaré. Y respondiendo el Centurión, dijo: Señor, no soy digno de que entres en mi casa; mas mándalo con tu palabra y será sano mi siervo. Pues también yo soy hombre sujeto a otro que tengo soldados a mis órdenes y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto y lo hace. Cuando esto oyó Jesús, se maravilló y dijo a los que le seguían: Verdaderamente os digo que no he hallado fe tan grande en Israel. Y os digo que vendrán muchos de oriente y de occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mas los hijos del reino serán echados en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes. Y dijo Jesús al Centurión: Ve, y como creíste, así te sea hecho. Y fue sano el siervo en aquella hora" [16].

Lo que prepara la oración de la fe

917. Tres buenas preparaciones, y mejor diría intercesiones:

1.ª La intercesión de la *generosidad para con el culto* del verdadero Dios. Aquel pagano, llevado de su rectitud natural y seguramente por gracias actuales de Dios, ha comprendido la superioridad de la religión judía sobre la vana suya de los falsos ídolos y levanta una sinagoga para la religión verdadera.

2.ª La intercesión de los más próximos a Jesús, por razón de su oficio y carácter en la religión judaica, y

3.ª La intercesión de los buenos sentimientos y buen corazón con que miraba y cuidaba a su siervo, ¡seres tan despreciables para los idólatras!

¡Cómo la fe preparaba a aquella alma y la iniciaba en el conocimiento del gran misterio de la piedad generosa para con Dios que se ayuda con la intercesión de sus santos, que son sus grandes amigos del Cielo, y con la práctica de la caridad para con los pobres, que son sus grandes amigos de la tierra!

Lo que acompaña a la oración de la fe

918. Este hombre se acerca a pedir a Jesús un milagro, acompañado de estos excelsos acompañantes:

1.º Una *seguridad* inconmovible de que Jesús puede y quiere curar a su criado sólo con su palabra. Así lo expresa él mismo; con la misma seguridad que el capitán tiene de ser obedecido de su puñado de soldados, está él cierto que Jesús será obedecido, cuando los mande salir, por los dolores y males que atormentan a su criado, y

2.º Una *humildad* enternecedora que dice: "No vengas, porque no soy digno", en dulce lucha con el amor humilde de Jesús, que dice: "Voy a tu casa".

---

[15] Lc 7,6-10, dice que envió a sus amigos y que no fue en persona por considerarse indigno de ponerse en presencia del Señor.

[16] Mt 8,5-13

Lo que sigue a la oración de la fe

919. *Para Jesús:* La admiración que dice el santo Evangelio que Él manifestó ante aquella fe del Centurión, es, a mi ver, la expresión del gran consuelo que debió sentir su Corazón ante aquella espléndida compensación de tanta infidelidad o fe a medias que constantemente le rodeaba. *"Verdaderamente* -exclama en el gozo de su desagravio-, *no encontré tanta fe en Israel"* [17]. ¡Debía oprimir tanto a su Corazón no sentirse creído ni aun de los suyos!

Para el pueblo infiel: La triste y terrible profecía de su condenación: "Digoos, pues, que vendrán muchos del oriente y del occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mas los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes" [18].

¡Terrible paga, en verdad, para la infidelidad con Jesús!

Para el Centurión: Mientras Jesús ha hablado con voz amenazadora y con la amargura que el contraste entre la fe humilde y la soberbia incredulidad de los fariseos y escribas le ha puesto en el Corazón y en la boca, no ha mirado al Centurión; pero, cambiando de voz y volviéndose a él, le dice: "Ve, y como creíste sea hecho" [19]. Y sanó el siervo en aquella hora. Como si le dijera: "Tu fe humilde y segura se lleva mi poder, mi cariño y hasta mi Persona a donde y para lo que quieras. Lo que tu fe me pide, mi poder lo hace".

¡Si la oración de la fe del Centurión fuese siempre nuestra oración ante el Sagrario!

¿Y no ha sido y es ésa la voluntad de la Iglesia al consagrar como fórmula de invitación diaria a Jesús Sacramentado el "Señor, no soy digno..." del Centurión?

920. Nos quejamos muchas veces, y más que nosotros se quejan los que nos rodean, de lo poco o nada que sacamos de estar con Jesús, de recibir a Jesús.

Si preparáramos y acompañáramos nuestros ratos de Sagrario al modo del Centurión, ¡qué contento y compensado dejaríamos a Jesús, y qué transformados nos volveríamos nosotros!

Madre Inmaculada: Tú, a quien la Iglesia aclama *bienaventurada porque creíste,* enseña a los que andamos junto al Sagrario de tu Hijo a tratarlo y a hablarle *creyendo en Él,* pero creyendo sin titubeos, con seguridad y con humildad... ¡Con oración de fe!

Segundo intercesor: La amistad buena

921. Si espléndida es la aprobación que el Corazón de Jesús ha puesto en el Evangelio al buen amor de la patria, accediendo gustoso y pródigo a cuanto en nombre o por cariño de ella se le ha pedido, no es menos espléndida la aprobación que ha concedido a otro buen amor del corazón humano: la amistad.

¡Qué bien parada ha salido siempre la amistad cuando se ha acercado a interceder al tierno Corazón de Jesús!

Los intercesores anónimos

---

[17] Mt 8,10

[18] Mt. 3, 11 y 12.

[19] Mt 8,13

922. ¡Cuántas veces esta frase o parecida: "Pidieron a Jesús por ella" [20]. "Lo llevaron ante Él" [21], "Clamaban y gritaban pidiéndole que tocara o mirara", es la introducción de muchos milagros obtenidos por la intercesión de una buena amistad!

¿Quiénes eran los sujetos y los términos de la acción de los verbos? El Evangelio da a conocer los términos de la acción: los tullidos, los ciegos, los sordos, los mudos, los incurables, los medio muertos...; pero ¿los sujetos? ¿Los que a costa de penosos viajes, riesgos de contagios, largos dispendios, incómodas compañías, interminables horas de espera en medio de los caminos, en las puertas de los pueblos? El Evangelio ni da sus nombres, ni el vínculo que los unía a los pacientes.

Algunos serían, sin duda, parientes; pero los más, hay que creerlo, fueron de esas almas anónimas, de hombres y mujeres que todos los pueblos religiosos guardan como preciosas y vivificantes reservas de abnegación y de heroísmo totalmente ocultas e inapreciadas; eran los amigos, los de verdad amigos, los que aman el bien y sienten el mal del amigo, olvidados del bien y del mal propios, los que se sacrifican por el amigo sin llevarle ni ajustarle cuentas de lo que les debe... Ésos eran los intercesores de la mayor parte de las curaciones obradas por Jesús.

Y así pagaba y bendecía Jesús aquellas amistades abnegadas, costosas y anónimas...

La amistad intercediendo

923. LLega Jesús a Cafarnaúm y entra en casa de Simón Pedro, cuya suegra yacía enferma, presa de grandes fiebres, y el Evangelio, sin nombrar personas, dice que "rogaron por ella" y Jesús la cura instantáneamente, y la curada le sirve de comer.

Al paso de Jesús por los pueblos, a la caída de la tarde, cuando fatigado de un día lleno, regresaba a su morada, y aun dentro de las mismas casas en que comía y dormía, ¡cuántas y cuántas veces se repitió el bello espectáculo de amigos compasivos presentando a la inagotable Misericordia las inagotables miserias de enfermos llevados sobre sus hombros o sobre camillas, y hasta descolgados por las tejas desmontadas de las viviendas de Jesús!

La intercesión triunfante

924. ¡Qué regresos tan alegres y emocionantes los de aquellas caravanas de amigos y de curados!

Como de vuelta de una guerra, la guerra de la *Misericordia contra la miseria*, llevarían como trofeos de las miserias vencidas, los unos sus camillas, sus muletas los otros, éstos los envoltorios de abrigo y aquéllos el repuesto o sobrante de potingues y vendajes, y todos un gesto de bienestar y de triunfo en la cara y un grito de alabanza y gratitud en la boca al Nazareno bendito...

Amigos, los de verdad amigos

925. Los que lloráis en secreto extravíos de fe y de costumbres, enfermedades y desgracias de amigos, sabed que el bendito Nazareno sigue pasando oculto y callado, es verdad, pero vivo y bueno y misericordioso, por vuestras calles y plazas... ¿por qué a costa de sacrificios vuestros de comodidad, de amor propio, de respeto humano, olvidados de vuestras propias penas, por qué no le lleváis a vuestros amigos enfermos del cuerpo o del alma para que los mire, los toque, los cure,? ¿Por qué, si no quieren dejarse llevar, no se los lleváis en vuestro cariño, en vuestra intención, en vuestra oración constante ante el Sagrario?

No olvidéis el gesto bueno con que Jesús recibió siempre la intercesión del buen amigo.

---

[20] Lc 4,38

[21] Mc 8,22

Los amigos de Jesús son los mejores intercesores

926. Si así ha sido atendida la buena amistad de unos hombres con otros, ¿cómo será regalada la amistad con Jesús?

El Evangelio está repleto de esplendideces en promesas y en realidades del Corazón de Jesús en favor de sus amigos.

Los tuvo, sí, y los llamó y los regaló con ese dulcísimo nombre y con todo lo que ese nombre significa, y singularmente en los labios de Jesús.

"Los que hacéis lo que Yo os mando... [22], los que permanecisteis conmigo en las luchas que me levantaron mis enemigos [23], los que oís mi palabra y la guardáis... [24], vosotros sois mis amigos". Y a ésos que le siguen olvidados de sí y puestos los ojos y los oídos y el corazón sólo en Él, con hambre y con hartura, en el triunfo como en la derrota, a pesar de la calumnia y del odio, y de las asechanzas de la envidia, de la ambición y de la soberbia, a Ésos que, desde que lo han visto y oído, no son más ni quieren ser más que discípulos y siervos suyos, a ésos dice Jesús en la hora solemne y triste de su despedida: "Ya no os llamaré siervos, sino *amigos*... [25].

¡Lo que vale esa amistad!

¡Qué derroches los de Jesús Amigo!...

Lo que vale ser amigo de Jesús

927. Si "un amigo fiel -ha dicho el Espíritu Santo- es protección fuerte, y el que lo encuentra encontró un tesoro", [26] ¡qué protección tan fuerte, tan valiosa, y qué tesoro tan rico, tan inexhausto, encuentra el que llega a ser amigo de Jesús!

Abro el santo Evangelio, ¡y qué tesoros hallo prometidos a los amigos de Jesús!

Sólo la página de la Última Cena, con su inefable sermón de despedida, ¡qué testamento tan pingüe en favor de los amigos, qué poema tan bello en honor de la amistad con Jesús contiene!

Para los amigos de Jesús, según esa página, son:

1.º La *gratitud* -leedlo bien- y el *amor de predilección* del Padre celestial.

¿No significan eso aquellas palabras: "Mi Padre os ama porque vosotros me habéis amado?" [27]. "¿El que me ama, observará mi doctrina y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos mansión dentro de él?" [28].

2.º Los *secretos* del Padre celestial y las *confidencias* más íntimas de su Corazón y la *luz* del Espíritu santo para conocerlos y entenderlos... "Todo lo que he oído de mi Padre os lo he hecho saber" [29].

---

22 Jn 15,14

23 Lc 22,28

24 Mt 7,24

25 Jn 15,15

26 Si 6,14

27 Jn 14,21

28 Jn 14,23

29 Jn 15,15

"Ahora sí que hablas claro -le dicen sus amigos-, y no en proverbios" [30]. "Cuando venga el Espíritu de verdad, Él os enseñará todo" [31].

3.º Todo el *poder* y la *misión* del Padre.

"Así como Tú me has enviado al mundo así también Yo los he enviado a ellos al mundo" [32].

4.º La *Providencia* y el *cuidado* a cargo del Padre celestial de todos los apuros, necesidades y miedos de sus amigos... "No os inquietéis -dice en otro lugar- por lo que habréis de comer o vestir; sabe vuestro Padre que necesitáis de estas cosas" [33].

"¡Oh, Padre Santo! Guarda en tu nombre a éstos que Tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa (por la caridad), como nosotros lo somos (en la naturaleza)" [34].

5.º *La omnipotencia de la oración.*

"En verdad, en verdad os digo que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, o por mi mediación, os lo concederá" [35].

Amigos de Jesús

928. ¿Os habéis dado cuenta del tesoro que poseéis sólo por ser amigos de Jesús?

¿Habéis reparado en lo que es y vale contar con la *predilección agradecida*, los secretos, las confidencias, la luz, el poder, la misión, la providencia y la omnipotencia de Dios?

Y con esas riquezas y abundancias, ¿aun lloráis escaseces de auxilios y pobrezas de dineros y abandonos e ingratitudes de amigos y enfermedades sin remedio y dolores sin esperanza de alivio?...

Pero ¿sois de verdad amigos de Jesús vivo en el Sagrario y os dejáis llevar por la tristeza y por el desaliento y por el pesimismo?

Pero, ¿y la palabra del que dijo: "Yo os digo, amigos míos, no os asustéis...?" [36].

Pero ¿sois de verdad amigos de Jesús?

Porque "los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras *no pasarán..."* [37]. ¡No pasará la palabra de Jesús!

Sí; es muy *formal amigo* el Amigo del Sagrario...

Tercer intercesor:
El buen amor de la familia

[30] Jn 16,29

[31] Jn 16,13

[32] Jn 17,18

[33] Mt 6,31-32

[34] Jn 17,11

[35] Jn 16,23

[36] Lc 12,4

[37] Mt 24,35; Mc 13,31; Lc 21,33

929. Jesús, el Hijo de la Familia *nazarena,* que de tantas y tan espléndidas maneras amó, defendió, bendijo, consolidó y santificó la familia, quiso poner el sello de sus milagros a las intercesiones que impulsadas por ese amor se le hicieron.

Aunque el Evangelio no cuenta todos los milagros de Jesús, ni dice siempre, ni aun la mayor parte de las veces, los nombres y la condición de los que se los pedían, deja ver bien a las claras que en los milagros que podríamos llamar más solemnes y extraordinarios era el amor bueno y puro de la familia el intercesor.

Las tres resurrecciones

Sin duda, fueron muchas las resurrecciones de muertos obradas por Jesús; pero el Evangelio no cuenta más que tres, y éstas -hay que confesarlo para honor de la familia- fueron pedidas y obtenidas por el amor y las lágrimas de un padre, de una madre y de dos hermanas.

El príncipe Jairo

930. Acaba de morir una jovencita de doce años, y su padre, Jairo, busca, adora, clama sin cesar, hasta traer a Jesús al lecho mortuorio de su hija. Jesús, *obediente* a las lágrimas del amor paterno, ha tomado de la mano a la muerta, le ha mandado vivir y, viva y sonriente, se la devuelve a su padre...

La viuda de Naím

Llevan a enterrar a un joven, hijo único de una pobre viuda. Jesús, al entrar en Naím, se encuentra con el cortejo y con la madre, que va llorando en pos de su hijo muerto. Lágrimas de las madres, ¡qué milagros de omnipotencia arrancáis al Corazón de Jesús! La madre no habla; llora y mira a Jesús y a su hijo... Y movido de misericordia sobre ella, Jesús pronuncia la palabra de la resurrección, y el hijo, vivo y sano, vuelve a los brazos de su madre...

Marta y María

Ha muerto Lázaro, el amigo de Jesús. Lleva cuatro días su cadáver en el sepulcro y el hedor anuncia su descomposición... Sus hermanas, Marta y María, que llamaron a Jesús cuando enfermó el hermano, lloran al verlo llegar, y hasta le reconvienen cariñosamente su tardanza en venir. Jesús las ve llorar y llora; oye sus protestas de fe y de esperanza en Él, y obedeciendo al amor fraternal, manda a Lázaro volver a la vida y salir fuera del sepulcro de la muerte...

¿Y los hijos y los esposos intercesores?

931. ¡Con qué tristeza echo de menos en esos relatos de intercesiones eficaces del amor bueno y puro de la familia ante Jesús dos amores: el conyugal y el filial!

Busco en el Evangelio esposos intercediendo por sus esposas enfermas o atribuladas, esposas pidiendo por sus esposos doloridos y, sobre todo, hijos pidiendo por sus padres o sus madres, ¡y qué pena siento al no encontrarlos!

Mejor diré: sólo encuentro uno de esposos, los ejemplares de todas las familias: María y José. Ella, poniendo por delante de su dolor el dolor de su esposo ante Jesús hallado en el templo, y Él, hablando con el ángel de su esposa. Y de hijos, no abogando por sus padres, sino haciendo sólo mención de ellos, encuentro el caso de aquel joven que tímidamente pide a Jesús permiso para ir a

enterrar a su padre recién muerto. ¡Ah! ¡Yo estoy cierto que si hubiese amado más a su padre y hubiera conocido mejor al Corazón de Jesús y en vez de sepultura le pide resurrección para su muerto, estoy cierto, repito, que las páginas del Evangelio y la historia del amor filial se hubieran enriquecido registrando una espléndida muestra de lo que puede la intercesión de un hijo ante el Corazón de Jesús!

No es ésta la ocasión de buscar explicación a esas ausencias y de averiguar si eran culpables o inculpables en aquel estado social que se desmoronaba y en el que los vínculos más fuertes y justos se aflojaban y disolvían; pero valga y supla con creces infinitas por todas estas intercesiones de hijos que faltan en el Evangelio.

La gran intercesión del Hijo de María y de Dios

932. ¡Qué dos intercesiones!

Con la primera cierra su vida mortal, intercediendo con su Madre para que acogiera a todos los hombres, representados al pie de la Cruz en el Discípulo fiel, por hijos suyos, y con la segunda, muriendo en la Cruz, reinando en el cielo y viviendo oculto en el Sagrario para interceder por nosotros, es decir, para ser siempre ante el Padre celestial *¡el gran Intercesor!* [38].

Hablando del buen amor de la familia, no puedo impedir a mi pluma que se extienda diciendo algo de la oración de las madres en el Evangelio. ¡Benditas siempre las madres!

Cómo oraban las madres en el Evangelio

933. Si la oración es el quejido que ante Dios exhala la necesidad, las madres, que más que sus necesidades y penas sienten las de sus hijos, tienen que ser almas de mucha oración.

Varias veces se las ve aparecer en el santo Evangelio, siempre pidiendo y nunca para ellas, sino en favor de sus hijos.

Ahí están las madres que ponían sobre las rodillas de Jesús a sus hijuelos para que se los bendijera y orara sobre ellos: la porfiada madre de la cananea, la ambiciosa madre de los Zebedeos, la desolada madre viuda de Naím, y por encima de todas, y ungiendo de majestad y eficacia la oración maternal, la oración de la Madre Inmaculada de Jesús.

¡Qué bien enseñan a orar con fe, con humildad, con perseverancia y con fruto esas madres del Evangelio.

Vedlo.

La oración de las madres de los pequeñuelos

934. El santo Evangelio no las nombra; pero ¿quién sino ellas, con esa finura de instinto y valentía de ingenio que da el cariño maternal, iban a llegar al piadoso atrevimiento de avasallar las incontables y apiñadas muchedumbres que rodeaban al Maestro, interrumpir la predicación que hacía, saltando por encima de las increpaciones y reproches de los apóstoles para con los menudos alborotadores de la predicación de Jesús?

Preparación remota

[38] Heb 7,25: "Y es por tanto perfecto su poder de salvar a los que por Él se acercan a Dios y siempre vive para interceder por ellos".

935. En todos los casos aquí presentados de oración en el Evangelio, observad que la preparación remota para todas esas oraciones es siempre la misma, aunque con distintos nombres: el cumplimiento habitual del propio deber, que en los pastores se llama vigilancia y guarda de sus ganados, aun a las altas horas de la noche; en los magos se llama estudio y observación de los astros, y en los niños se llama vivir y portarse a lo niño.

Pues bien; la preparación remota de la oración de estas madres del Evangelio era sentir, obrar, pensar y proceder a lo madre. Con esto se dice todo el deber habitual de ella. Seguramente a sus oídos habrían llegado las noticias que corrían por las bocas de todos sobre la virtud que exhalaba del divino Nazareno y el ansia con que las muchedumbres esperaban su paso por los pueblos y por los caminos para tocar siquiera sus vestiduras y obtener curaciones de incurables enfermedades del cuerpo y del alma, y sin duda en el corazón de las madres que eran verdaderamente tales, antes de ningún otro deseo surgiría avasallador y obsesionante éste: ¡Si mi niño tocara a Jesús! ¡Si Jesús tocara a mi niño!

Preparación próxima

Y ese deseo tan legítimo y tan propio de una buena madre se trocaba muy presto en esta decisión: "Yo he de llevar mi niño a Jesús".

Deseo y decisión tan vehementes como eficaces dan por resultado ese cuadro, siempre tierno para la piedad como para el arte, de madres arrodilladas, poniendo sobre los brazos y las rodillas de Jesús a sus pequeñuelos.

La oración

936. ¿Qué piden, qué exponen, qué esperan esas mujeres arrodilladas?

Más que con palabras estudiadas, aquellas mujeres oran con sus caras anhelantes y sudorosas, con sus lágrimas de emoción corriendo por sus mejillas, con sus manos levantadas en alto sosteniendo y presentando pequeñuelos, con sus gritos y sollozos condensados en estas dos exclamaciones: ¡Jesús! ¡mi niño! Y en medio de madres y de hijos el Maestro bueno, el dulce Jesús, sentado sobre una piedra del camino o sobre el tronco cortado de un árbol, extiende sus manos para abrazarlos y bendecirlos, y abre su boca para orar al Padre por ellos y estampar sobre sus frentes un beso.

¿Y sería aventurado afirmar que en aquella, para el Corazón de Jesús, tan dulce y grata tarea, como para sus apóstoles pesada e ingrata, la Madre dulcísima de Jesús, la única que entendía todo el misterio de aquellas escenas, se ofreciera de intermediaria, entre las madres y Jesús, y con sus propios brazos tomara, levantara y acercara a los chiquillos más distantes y de modo singular a los que venían sin madre?

Sí, era Ella entonces la única que podía entender el misterio, inaccesible para la orgullosa sabiduría humana, del reino de los cielos abierto sólo a los niños y a los que, como niños, se hicieran.

El santo Evangelio nada dice de la historia de estos venturosos niños; la tradición piadosa asegura de algunos de los primeros discípulos de los apóstoles y mártires de la Iglesia, como san Ignacio mártir entre otros, que pertenecieron a aquel privilegiado grupo; pero aunque la historia no lo diga, la piedad está cierta de que la oración de aquellas felices madres en favor de sus hijuelos fue oración de fecundidad inapreciable.

Besos y abrazos, sonrisas y bendiciones de Jesús y de María en la tierra virginal del alma inocente: ¿Qué cosecha de dulces frutos no daríais?

... ...

937. Madres cristianas, ¡van quedando tan pocas, Dios mío, en esta hora de irrupción de inmoralidad y paganismo en el hogar! Madres de verdad cristianas, cuyo amor y solicitud por vuestros hijos os hacen temblar siempre ante el mañana tan incierto como oscuro, ¿habéis olvidado

que el divino Nazareno, el Jesús de los niños, todavía vive? ¿Por qué no le lleváis vuestros hijos? Con menor dificultad que las madres del Evangelio podéis llegar hasta El. ¡Llevadle muchas veces a su casa del Sagrario a vuestros niños por muy pequeños que sean!

Invisiblemente, sí; pero tan de verdad como entonces, sobre sus frentes,sin arrugas de remordimientos, caerán sus besos, sobre sus hombros sus abrazos, sobre sus almas sus sonrisas y bendiciones...

Marías, Madres cristianas, imitad a vuestra Madre Inmaculada llevando muchas veces al Sagrario de Jesús los pequeñuelos que encontréis y podáis, singularmente los que están más lejos de Él o no tienen madres que los lleven.

La madre viuda de Naím

La composición de lugar

938. En pocas líneas la da hecha el mismo Evangelio:

"Sucedió, pues, que iba Jesús camino de la ciudad llamada Naím y con Él iban sus discípulos y mucho gentío. Y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda, e iba con ella grande acompañamiento de personas de la ciudad..." [39].

Preparación

En las oraciones fructuosas del Evangelio siempre encontraréis la misma preparación; el cumplimiento del deber del propio estado.

Ved aquí cómo esta madre prepara su oración y su fruto copiosísimo con esto sólo: con cumplir su deber de madre; estar al lado de su hijo, primero enfermo para cuidarlo y después muerto para llorarlo y no dejarlo hasta el sepulcro.

Por cumplir con este deber de madre y no desentenderse de él ni confiarlo a sustitutos o criados, esto es, por orar como buena madre llorando junto a su hijo muerto, ¡qué milagro obtiene como fruto de su oración!

Los dos caminos

939. En esta descripción evangélica se señalan dos caminos: uno por el que camina la Vida, Jesús, y otro por el que camina la muerte, el hijo de la viuda.

Por uno y otro camino andan muchedumbres, la de discípulos y admiradores que van con Jesús, y la del acompañamiento del duelo de la afligida viuda.

Por el camino de la vida se oyen gritos de alegría, bendición, gratitud y se ven caras radiantes de paz y de esperanza.

Por el camino de la muerte se oyen sollozos, quejidos y murmullos de ayes y se ven ojos llorosos, rostros pálidos y fatigados...

Cómo la oración es puente entre el camino de la muerte y el de la vida

[39] Lc 7,11-12

940. Padre celestial, gracias te doy porque has querido y ordenado hacer de los dos caminos de la Vida y de la muerte, no dos líneas paralelas, que jamás se encuentran, sino convergentes en un punto.

Por el primero de esos caminos va avanzando la Misericordia tuya y por el otro se arrastra fatigosamente la miseria nuestra y una y otra van avanzando hasta encontrarse en un puente que se llama oración.

¡Tu Misericordia!

¡Ése es el secreto de todos tus viajes, Jesús peregrino de la tierra, ésa es la fuerza que te impulsaba a escalar montañas y a bajar a valles y playas y a navegar por el mar y a andar sobre sus ondas y a entrar en cabañas de pescadores y en palacios de potentados y a tomar parte en festines de bodas y en duelos de muertos! ¡Tu Misericordia! ¡Ése es tu secreto y ése es el único porqué de todos tus pasos sobre la tierra como es el secreto y el porqué de tu vida de perpetuo inmolado del Altar y del Sagrario!

941. Ella, tu Misericordia inextinguible e incansable, era la que ponía entonces, y sigue poniendo ahora, las palabras de luz y de paz en tu boca, y las bendiciones de salud y vida en cuanto tocaban tus manos o miraban tus ojos... Ella era la que dirigía tus pasos hacia la ciudad de Naím a la precisa hora en que había de salir por sus puertas la gran miseria de la muerte de un hijo único y del dolor sin medida de una ¡madre sola!

Bendita puerta de Naím, que más que puerta es puente de unión del camino de la Vida con el camino de la muerte, puente de la oración en que la miseria ora con lágrimas de mucha pena y con miradas a Jesús de mucha confianza y en que la Misericordia responde con palabras de infinita dulzura y con obras de infinito poder.

"Así que la vio el Señor, movido de misericordia, le dijo: No llores y arrimose y tocó el féretro, y los que lo llevaban se pararon, y dijo entonces: Mancebo, yo te lo mando, levántate. Y luego se incorporó el difunto y comenzó a hablar. Y Jesús lo entregó a su madre" [40].

... ...

942. Madres, hermanos y hermanas, hijos e hijas, amigos o amigas y todos los que vivís junto a muertos del alma que os son muy queridos, ¡aprended! cumplid vuestro deber y... llevad llorando vuestros muertos a la presencia de Jesús.

El Señor que dijo por la boca de Isaías "No llorarás jamás de verdad sin que Yo me compadezca de ti; al punto que Yo oyera la voz de tu clamor, te responderé", ese mismo Señor es el Jesús que manda a la muerte que devuelva al hijo a su madre para que no llore más, es el Jesús del Sagrario que, según san Agustín, "oye más pronto el sollozo del corazón que la voz de la boca".

¿Que dejaron de ser inocentes vuestros hijos y seres queridos? ¿Que están muertos, corrompidos?...

¿Tenéis miedo de que Jesús sienta asco? Llevadlos así, empujadlos con las instancias y las lágrimas de vuestro cariño herido..., que vayan, por muy manchados que estén... que para todos tiene y exhala virtud el divino Médico del Sagrario... Precisamente virtud suya es preparar con lágrimas de madres y misericordia de su corazón medicinas que no sólo curan, sino resucitan.

La oración de la madre cananea

943. La página en que el santo Evangelio describe esta oración y el milagro que por ella se obra, casi no necesita explicación, ya que basta su simple lectura. Hagamos, sin embargo, algunas ligerísimas observaciones.

40 Lc 7,13-15

Dice así el texto evangélico:

"Partido de aquí Jesús, retirose hacia el país de Tiro y de Sidón.

Cuando he aquí que una mujer cananea, venida de aquel territorio, empezó a dar voces diciendo: "Señor, Hijo de David, ten lástima de mí; mi hija es cruelmente atormentada del demonio".

Jesús no le respondió palabra. Y sus discípulos, acercándose, intercedían diciéndole: "Concédele lo que pide, a fin de que se vaya; porque viene gritando tras nosotros". A lo que Jesús respondiendo, dijo: "Yo no soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel". No obstante, ella se llegó y le adoró diciendo: "Señor, socórreme". El cual le dio por respuesta: "No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros". Mas ella dijo: "Es verdad, Señor; pero los perritos comen, *a lo menos,* de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces Jesús, respondiendo, le dice: ¡Oh mujer! grande es tu fe; hágase conforme tú lo deseas. Y en la hora misma su hija quedó curada" [41].

Quien ora

944. Es una madre con una gran pena: su hija poseída y horriblemente atormentada por el demonio.

Una mujer lo más extraña a Jesús, diré más, enemiga de raza y de religión de Jesús, a fuer de cananea y de gentil.

Cómo ora

1.º *Con decisión.* Pisoteando sus odios y prejuicios de raza y de religión.

2.º *Con fidelidad.* En adivinar y aprovechar el paso como escondido de Jesús por su tierra y en hacer caso del Espíritu santo que por dentro, sin duda, la empujaba a Jesús, a quien quizás ni conocería si no era por los rumores de la fama.

3.º *Con humildad y perseverancia heroicas.* Le llama una y muchas veces y a gritos: Señor, Hijo de David. Jesús no la atiende ni tampoco la intercesión de los apóstoles en su favor, y ella, no obstante, se llega a Él, lo adora y le dice: "Señor, socórreme..." Nueva repulsa de Jesús:

"No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros". Diríase que por un momento y por misterios de Sabiduría de Dios, Jesús se olvida de su ternura inagotable de Jesús para hablar como sus compatricios los judíos, que llamaban *perros* a los gentiles. ¡Él, tan paciente con los pérfidos judíos, ahora tan seco con la humilde y desolada madre!

La mujer, más humilde y más perseverante, mientras más rechazada, insiste, da la razón a Jesús y... sigue pidiendo y esperando.

4.º *Con persuasión inquebrantable de dos cosas:* de la irremediable miseria de su hija y de la misericordia infinitamente remediadora del Corazón de Jesús.

Y esta persuasión, que es amor finísimo de madre y fe viva de hija de Dios, hace y gana el milagro.

Pero ¿quién ha encendido en el alma de aquella gentil la luz de la fe y fe tan viva y tan ilustrada que llega hasta argüir, humildemente es verdad, con la misma sabiduría de Dios?

¡Qué bien razona esta mujer! -comenta san Juan Crisóstomo-

La filosofía de aquella oración

[41] Mt 15,21-28

945. En la cabeza de aquella pobre madre no había más que dos ideas: lo desesperado de la situación de su hija y la certeza del remedio de Jesús que pasaba; y en su corazón no bullían más que estos dos afectos, de honda compasión por su hija y de larga y segura confianza en el poder misericordioso del Nazareno.

Es decir, toda la vida de aquella pobre mujer estaba concentrada en estos dos puntos: la *gran miseria* de su hija y la infinitamente *mayor Misericordia* de Jesús.

¿Quién pondrá en contacto una y otra? ¿Quién traerá la miseria al camino de la Misericordia y quién detendrá a ésta ante aquélla?

Ésa, esa es la obra grande del Espíritu santo por medio de la *oración.*

Doblar las rodillas, extender los brazos y abrir las bocas de la miseria y mover los pies y abrir las manos y el Corazón de la Misericordia en dirección y provecho de la miseria de rodillas y con los brazos y la boca abiertos...

... ...

946. ¡Almas que navegáis por mares de miserias propias y ajenas, pero que os duelen como propias!, la Misericordia, que lo cura todo y de todo se compadece, está escondida y como disfrazada en el Sagrario... Y como tiene mucho empeño en guardar su anónimo, la mayor parte de sus vecinos no se han dado cuenta de que está allí...

Es Palabra de Dios y está callada; es Fuente de Vida, de la Vida, y parece que no corre; es Medicina, ¡la Medicina!, y parece que no cura...

Vosotras, almas con miserias y lástimas, ¡de rodillas ante la Misericordia, extendedle vuestros brazos, abridle vuestras bocas!... y si os parece que se calla, que se pasa o que os deja ir sin deciros ni daros nada..., más aún, si vuestra miseria aumenta, seguid de rodillas, insistid, discutid..., a más silencio suyo más clamores vuestros, y estad seguras de que ante la Misericordia de Jesús el triunfo es siempre de la miseria de rodillas...

La oración de la madre de Santiago y Juan

947. ¿Quién no conoce la historia de esta oración tan llena de defectos como de virtudes, tan digna en unas cosas de repulsa como de admiración e imitación en otras?

La madre de los dos apóstoles preferidos, santiago y Juan, la fiel y leal María Salomé, incitada por sus hijos o por la ambición materna a buscar lo mejor para ellos, llama aparte a Jesús, se postra adorándolo y le hace esta rara petición:

"Di que estos mis dos hijos se sienten en tu reino, el uno a tu derecha y el otro a tu siniestra.

> -No sabéis lo que pedís- responde Jesús mirando no a la madre suplicante, sino a los hijos instigadores de la súplica. ¿Podéis beber el cáliz que Yo he de beber?
> -Podemos -responden generosamente los interrogados.
> -Beberéis, en efecto, mi cáliz- replica Jesús-, pero sentarse a mi diestra y a mi siniestra no es a Mí, sino a mi Padre a quien toca darlo a los que se lo ganen" [42].

Lo defectuoso de esta oración

948. Con san Juan Crisóstomo comenzaré diciendo: "Que no se escandalice nadie si ve aún imperfectos a los apóstoles; todavía no se les había dado la gracia del Espíritu santo".

El motivo: Ambición de honores: ser los primeros en el reino material del Mesías.

---

[42] Mt 20,20-23

El procedimiento: Se pide a Jesús a modo de *complot:* se ve venir y se teme la primacía de Pedro, y para que éste no se de cuenta de que se conspira contra él, se llama aparte a Jesús, y se le buscan las fibras más delicadas, poniéndole de intercesora a una madre, y a su vez íntima amiga de la Madre de Jesús.

El tiempo: El más inoportuno: acaba el Maestro de predecir, subiendo a Jerusalén, una vez más su ignominiosa pasión y muerte y en lugar del grito de la compasión dolida o de la protesta airada se oye la voz de la pretensión y el orgullo.

¡Qué contrate entre estas dos palabras pronunciadas a continuación la una de la otra: "El Hijo del Hombre será escupido... y condenado a muerte" [43] y los "primeros puestos del reino para estos dos!" [44].

¡Qué compasivamente los santos Padres quieren que, antes de juzgar a Salomé, recordemos lo que era!

"Si comete un error, dice san Ambrosio, es error de piedad; las entrañas maternales entienden poco de paciencia... Considerad a la madre, pensad en la madre".

Lo bueno de esta oración

949. Hay mucho que aprender y que imitar en esta oración. Entre otros méritos apreciamos:

La fe viva con que ve en aquel Hijo del Hombre escupido, azotado, condenado y muerto, a un Rey. ¿No era una hermosa y valiente confesión de fe en la realeza de Jesús, entendida como quiera que fuese, aquella prisa en pedir puestos para cuando llegara a poseerla?

La confianza intrépida en la misericordia del Corazón de Jesús: no se ocultaría ni a los hijos ni a la madre, antes de acercarse a Jesús, que aquella petición iba a sentar mal en el colegio de los doce, y por esto se ocultan de ellos para hacerla; podrían pensar que, abrigar y fomentar esas ambiciones no era, por lo menos, del estilo de lo que gustaba a Jesús y de lo que Él predicaba con sus ejemplos y con sus palabras; por otra parte halagaría tanto a aquella mujer, que por seguir a Jesús había consentido en que sus hijos dejaran sus barcas y ella su propia casa; y halagaría tanto a aquella madre tan amante de sus hijos como fidelísima a Jesús, verlos muy unidos para siempre, tan unidos, que entre ellos tres no hubiera ni cupiera nadie que, saltando por encima de todos los miramientos y sin alegar razones ni merecimientos, se va derecha a Jesús, y con la familiaridad más confiada le abre su corazón, le expone su deseo, su ambición, su locura, le pide y, diría, le manda: *"Di que estos dos hijos míos se sienten contigo en tu reino, el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda".*

¡Qué bien está retratada la madre en esas palabras!

La vehemencia de la confianza en el Corazón de Jesús y del amor de sus hijos pone en sus labios esa intrépida manera de pedir mandando: *Di...*

¿A título de qué o por qué razones?

¿Porque son sabios, más generosos, más buenos?...

No se alega más razón que está: *mis hijos.*

¡Qué buena oración de madre!

950. *La sumisión rendida:* Jesús ha mirado y oído a Salomé, ha recogido su deseo, pero ¡de qué modo más raro!, no le responde ni una palabra; se vuelve a Juan y santiago y con ellos habla dejando a un lado a su madre.

A éstos da una respuesta que más parece un reproche: "No sabéis lo que pedís", y en lugar de tronos y reinos y honores les habla del cáliz de su pasión, y los convida a beber de él.

[43] Lc 18,32-33

[44] Mt 20,21

Los Zebedeos responden generosos, y la madre entre tanto, oye, calla, y... agradece. Sabe que la respuesta de Jesús, aun envuelta en un reproche, es la mejor respuesta a su oración porque *es de Jesús.*

Los frutos

Los frutos, en efecto, lo confirman. Los venturosos hijos de Salomé han obtenido la promesa de participación del cáliz mismo de su Maestro, y por medio de ella la de su gloria y exaltación eternas; los apóstoles todos y con ellos la Iglesia universal, han obtenido, con ocasión de la oración de la madre de los Zebedeos, una de las más preciadas y transcendentales lecciones del Maestro inmortal, lección soberana de humildad que puede llamarse la carta magna de la autoridad y del apostolado en los pueblos cristianos.

"Mas Jesús los convocó a Sí, y les dijo: "No ignoráis que los príncipes de las naciones avasallan a sus pueblos, y que sus magnates los dominan con imperio. No ha de ser así entre vosotros, sino que quien aspirase a ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado. Y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo. Al modo que el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida para redención de muchos" [45].
... ...

951. Hay una clase de almas que, a las muchas angustias que las afligen, añaden ésta: ¿Y quién va con estas cosas a Jesús? ¡Son cosas tan chicas, tan raras, tan feas, tan inexplicables, tan, tan...!

A ese vuestro reparo, que más huele a desconfianza de Jesús que a humildad vuestra; el Corazóm que palpita en el Sagrario os dice como a los Zebedeos: ¿Qué queréis que os conceda? [46].

Decídselo todo; todo, aun los desatinos, y estad ciertos que su respuesta, de reproche o de aprobación será la respuesta de la Misericordia que preserva, cura, alegra, ilumina, levanta y transforma, *¡como de Jesús!*

La gran intercesora

952. Para honra del más eficaz intercesor de Jesús, quiero cerrar estas consideraciones sobre la intercesión, poniendo como broche de oro de ellas el nombre augusto, santo y amable entre los nombres grandes, el de *María Inmaculada.*

¡La gran Intercesora ayer, en el Evangelio, hoy en el Sagrario y siempre en la eternidad!

A pesar de lo poco que la nombra el Evangelio y de las pocas escenas que de su vida narra, dice lo bastante para que conozcamos *de cierto* el lugar que ocupaba, ocupa y ocupará cerca del trono de la Misericordia omnipotente del Corazón de su Hijo.

En el Evangelio no se cuenta más que un milagro, y por cierto el primero, obrado por Jesús a ruegos, y casi diría por mandato, de María; que es la conversión del agua en vino en las bodas de Caná con el que Jesús inauguró su vida de taumaturgo; pero la presencia de Ella, notada por el Evangelio, en los grandes momentos de la vida de su Hijo en la tierra, da a entender muy a las claras que en la economía redentora entraba que María fuera siempre Madre de Jesús y que Jesús fuera siempre Hijo de María y que, como Él es el Intercesor y el Mediador supremo entre Dios y los hombres, Ella fuera la Intercesora y la Mediadora universal entre su Hijo Dios y sus hijos los hombres.

Para proceder con la claridad y brevedad posibles empezaré por sentar las que pudieran llamarse

---

[45] Mt 20,25-28

[46] Mc 10,36

Leyes fundamentales de la intercesión

953. y que a la par son leyes de toda distribución de gracia y beneficios de Dios.

La más fundamental de todas es ésta: Dios no concede más favores ni gracias que los pedidos por medio de su Hijo.

Ésa es la gran ley de la distribución de los favores divinos y de la intercesión universal.

Nada se concede ni se obtiene sino por la única mediación todopoderosa de nuestro único Mediador, Jesucristo: *Porque uno es Dios, uno también el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús* [47]. Toda la liturgia romana está presidida por aquella ley que el Sínodo de Hipona, en presencia de san Agustín, formuló el año 393 en el canon 21: "La oración litúrgica ha de dirigirse siempre al Padre". Por eso la Iglesia ora siempre *por nuestro Señor Jesucristo.*

Pero como esa ley de intercesión universal, absolutamente eficaz y suprema, según vemos en la historia de Jesús en el santo Evangelio y en la santa Eucaristía, no excluye otras intercesiones cerca del mismo Jesús, he tratado de averiguar el secreto del proceder del Padre y del Hijo al admitir y aprobar y gustosamente aceptar otras intercesiones. En los porqués de ese secreto me he encontrado a cada paso con mi Madre Inmaculada y me he sentido obligado a exclamar: ¡Ahí está Ella!

Los secretos de la intercesión

954. En toda intercesión cerca del Corazón de Jesús, tanto en su vida mortal como en su vida eucarística, encuentro:

1.º Un testimonio del Corazón de Jesús en favor de todos los buenos amores del corazón humano.

¿Qué corazón después del de Jesús ha abrigado amores más buenos, puros, generosos, magnánimos que el Corazón de su Madre?

¡Con qué derretimiento de complacencia admitirá el Hijo y presentará al Padre los gustos del Corazón de su Madre!

2.º Un modo fino de agradecer el Corazón de Jesús a sus leales pagándoles en los parientes, amigos y patrocinados de éstos. Y ¡tiene tanto que agradecer a su Hija, Madre y Esposa, María, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo! Ser devoto, ser amante hijo de María equivale a tener a la Santísima Trinidad por deudora.

3.º Un modo de probar la benevolencia con que atendía a los que se la habían ganado con su fidelidad. ¿Y quién más fiel que la Virgen fiel? ¿Quién ha podido ganarse más y mejor la benevolencia de Jesús?

4.º Un modo de aumentar el número de testigos, no sólo de su doctrina, sino de los milagros que hacía en su confirmación.

Madre buena, ¿quién podrá contar el número sin número de testigos de las misericordias del Corazón de tu Hijo que con tus intercesiones has creado y conservas y multiplicas?

5.º Un modo de extender su acción de Redentor y procedimientos de Dios gobernador y conservador, multiplicando el número de causas segundas y comunicándoles la dignidad de cooperadores.

¡Qué grandiosa aparece bajo este aspecto la acción mediadora de María!

955. Dios, tan generoso y tan señor en dignificar aun los seres más menudos e insignificantes, haciéndolos causas de otros seres y elevándolos a la cooperación con Él, como causa primera de todas las causas, ¡cómo se complacería y se complacerá eternamente en constituir causa segunda suprema sobre todas las causas secundarias creadas de todos los órdenes angélicos, sobrenatural y natural, a la que, como Madre suya, quiso que fuera la causa material de su ser humano! ¿Cómo me

[47] Cf 1 Tm. 2,5; Hb 12,24

ha de extrañar ya, que en la letanía que comienza llamando a María "santa Madre de Dios", prosiga llamándola "Virgen de vírgenes", "Madre de la divina gracia", "Refugio de pecadores", "Auxilio de los cristianos", "Reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes y de los santos todos"?

Todos estos títulos, ¿qué otra cosa son que nombres distintos de su gran oficio en la economía de Dios en el mundo entero de los cielos y de la tierra, a saber, *Causa segunda,* la más inmediata y más participante de la Causa primera y a la par y por eso mismo, *Causa primera* entre todas las segundas de quien y por quien les viene toda su virtud y eficacia?

956. 6.º *El resumen de todos los secretos* de la intercesión lo formuló el mismo autor y causa de todas las dádivas y distribuciones de Dios, cuando dijo:

"Dad y se os dará" [48].

Partiendo, desde luego, de que toda merced del Señor viene de su generosidad, puesto que Él es quien siempre da primero, es cierto que a más generosidad nuestra corresponde más generosidad de Él. De ese mismo principio vienen el "bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia" [49] y el "perdónanos, como nosotros perdonamos" [50].

Iluminado con esta luz evangélica puedo decir, sin miedo de error: quien da más a Dios, recibe más de Dios para sí y para los demás.

Entre otras comprobaciones, ¿no habéis visto en las escenas de intercesiones que os he venido presentando, cómo han ido recibiendo de la generosidad del Padre celestial pagas espléndidas y sobreabundantes las generosidades humanas intercediendo ante Jesús por compatricios, parientes y amigos?

957. El Evangelio, el Sagrario y el cielo, ¿qué otra cosa son que la *cosecha llena* preparada por la generosidad del Padre celestial como Agricultor divino, a las siembras de los corazones generosos, venciéndose a sí mismos y dándose a los demás sin medida ni cansancio?

¡Oh! ¡Lo que descubren nuestros ojos puestos a mirar esas lejanías tan halagüeñas!

Si Jesús se llamó a sí mismo *semilla* y *sembrador* de la vida de Dios en la tierra, y seguirá siéndolo hasta la consumación de los siglos, ¿quién con más títulos que su Madre Inmaculada para llamarse la *sembradora,* la *gran sembradora,* no sólo de la vida de Dios, sino del Dios de la vida?

El consentimiento consciente dado por María a la Encarnación y a todas sus consecuencias gloriosas y dolorosas; la fidelidad exquisita a Dios, que le ha merecido ser escogida para dar aquel "hágase en mí según tu palabra" [51] como representante de toda la naturaleza humana; la generosidad ante las pobrezas de Belén; las persecuciones de Herodes y las necesidades y humillaciones de la vida oculta; las renuncias supremas de la vida pública, del Calvario, del sepulcro, de la ausencia después de la Ascensión; las amarguras de la solicitud por las Iglesias nacientes..., ¿no hacen de María la *gran sembradora* de la vida de Dios y del Dios de la Vida?

La Humanidad de Jesús, el sacerdocio eterno que tiene y ejerce Jesús por ser Hombre, y, por tanto, todo sacerdocio y todos sus frutos, su Redención por el Sacrificio de su Carne, su Eucaristía por la consagración y oblación de su Carne inmolada, sus Sacramentos por la virtud de su sangre y la gloria excelsa y máxima que todo eso da a Dios y el bien sin número ni medida que al género humano otorga, ¿a quien después de Dios se debe y por medio de quién se produce y se reparte sino de María y por María?

---

[48] Lc 6,38

[49] Mt 5,7

[50] Mt 6,12

[51] Lc 1,38

958. De verdad que si las cosechas del Sembrador divino son infinitas, eternas e inefables; para ver, contar, admirar y agradecer las cosechas de la *gran sembradora*, faltan ojos y bocas y corazones en todo el género humano nacido y por nacer en la tierra y aun en todas las legiones de ángeles de los cielos.

¿Queréis una medida aproximada del valimiento de la intercesión de María? Dejad al Hijo que termine la fórmula.

"Dad y se os dará", dijo.

¿Qué daréis Señor, a la que os ha dado una cosa que vale más que los cielos y la tierra, que era Ella misma, y después dio lo que infinitamente valía más que Ella, que sois Vos?

¡Cómo se me llenan el corazón de placer y los ojos de lágrimas de gratitud cuando os miro sentado en la montaña de las Bienaventuranzas, tendiendo vuestra vista por todos los espacios y tiempos, y os oigo anunciar la paga que reservabais para vuestros amigos y vuestros leales, para los que, a imitación vuestra, habrían de darse a Dios y por Dios a sus prójimos, y, como reina de todos ellos, para la más amiga, leal y unida a Vos, para la más generosa en dar y darse por Vos, vuestra Madre Inmaculada!

"Dad y se os dará... Dad abundantemente y se os echará en el seno una buena medida, apretada y bien colmada hasta que se derrame".

959. ¡Ésa, ésa es María, vuestra Madre y nuestra Madre!

¡La llena de la gracia de Dios, la rebosante de todas las gracias y bendiciones del cielo! ¡La que se sienta en el cielo y pasa por la tierra derramando caricias y dones de Dios!

¡La gran Abogada!

¡La gran Intercesora!

¡La gran Mediadora!

Prosigamos rumiando palabras de la gran oración:

Que estás...

960. ¡Que buen comentario al *"que estás en el cielo"* y en el Sagrario, es la escena de Emaús!

Una de las grandes dificultades de la oración ante el Sagrario, y singularmente de la oración confiada, afectuosa y filialmente íntima, es no acabar de darnos cuenta de que *Jesús está allí*... vivo, personalmente. ¡Padece en su vida eucarística tantos desconocimientos, aun de parte de los suyos! ¡Se repite tanto en el Sagrario la escena de Emaús, de estar con Jesús sin darnos cuenta de que está con nosotros!

La oración de los discípulos de Emaús

961. Peregrino disfrazado del camino de Emaús, descúbrenos los misterios que este pasaje, uno de los más interesantes de tu Evangelio, encierra sobre la oración ante tu Sagrario.

Diríase que este pasaje es todo un curso de oración eucarística.

Emaús y el Sagrario

Como en la Eucaristía, Jesús está en el camino de Emaús, real y desconocido, presente e invisible, haciéndose el encontradizo, y los hombres, torpes, ciegos, deslumbrados, ¡con cuánta dificultad acaban por encontrarlo! ¡Qué raramente *caen* en que *está allí!*

Peregrinos perpetuos del camino misterioso del Sagrario, ¡cuánto hemos menester aprender de los felices caminantes de Emaús, para llegar como ellos a sentir *arder el corazón* oyéndolo y a conocer a nuestro Huésped Jesús *partiendo el pan!*

Qué hacen los peregrinos de Emaús
para darse cuenta de la presencia de Jesús

962. Una palabra expresa todo lo que hicieron para llegar a aquel fin tan dichoso:
oración.
Estos dos hombres iban de Jerusalén a Emaús haciendo esto sólo: orar.
Veámoslo si no.
¿Cómo oraban?
Tres modos de oración descubro yo en el proceder de aquellos discípulos:
Oraban: 1.º Echando de menos a Jesús.
2.º Hablando sólo de Él, y
3.º Sirviéndolo con caridad en la persona de un peregrino desconocido.

1. Orar echando de menos a Jesús

963. Indudablemente, el alma que echa de menos a Jesús, ora. Entre ella y Él se entabla un diálogo quizás no de palabras, pero sí de señales de inteligencia mutua. Esa señal es la *tristeza* que el alma siente por la ausencia y que Jesús conoce y agradece.

El Evangelio tiene buen cuidado de notar, en la descripción minuciosa del viaje de los dos discípulos, que *iban tristes.* Y la causa de esa tristeza, bien a las claras salta que es la ausencia de Jesús...

La tristeza en la ausencia

964. Cierto que aquella tristeza no nacía de una fe viva, ni de una esperanza inconmovible, ni de un amor perfecto, puesto que precisamente esa fe enseñaba que Jesús ausente siempre estaba presente para los que le amaban.

Por eso aquella tristeza presenta quizás más bien los dejos amargos de una desilusión o de un chasco que la suave melancolía de un amor que firmemente cree y espera.

Así y todo, aquellos hombres echaban de menos a Jesús, y porque no lo ven, porque no lo oyen, porque no gozan de su presencia, porque no descansan en su protección están tristes; y esta tristeza, con todas sus imperfecciones, honra y gusta a Jesús y merece de Él el regalo de su presencia, aunque sea velada o disfrazada.

-¿Qué conversación es ésa que, caminando, lleváis entre los dos y por qué *estáis tristes?* [52]- es la primera palabra con que Jesús comienza a insinuarse y a revelarse a sus compañeros de viaje.

Detengámonos ante esa pregunta, peregrinos de la vida.

La tristeza del corazón humano

[52] Lc 24,17

965. Todos, lo mismo los que andan en su opulencia, como los sumergidos en el mar de las privaciones, los chicos y los grandes, los hombres y las mujeres, caminamos fatigosamente por la senda de la vida cargados con el fardo de una gran tristeza.

Jesús, que en su vida de Sagrario ha tomado sobre sí el oficio de compañero de viaje de sus hermanos los hombres, ¡cuántas veces se asoma al camino por donde éstos pasan y de mil modos y maneras les pregunta: *¿Por qué estáis tristes?+*

Y como toda tristeza supone algo que se *echa de menos*, ¡qué sensación de soledad y de desprecio sentirá su Corazón cuando oiga gritos de ¡más dinero!, ¡más placer!, ¡más honores!, ¡más vivir!, ¡más triunfar!, y ni uno sólo de *¡más Jesús!*

¿Verdad, Compañero divino de la Hostia, que aquellos gritos te sonarán a aquel otro de Jerusalén: ¡Barrabás! ¡Barrabás! ¡Éste no!?

Tú, en el Sagrario eres pureza, verdad, salud, poder, amor, vida, felicidad, gloria, y *¡no eres echado de menos* por tus hermanos los heridos, los apesadumbrados, los oprimidos y los degradados por tantas lujurias, mentiras, enfermedades, impotencias, odios, muertes, desolaciones y remordimientos de infierno! Jesús no echado de menos por los tristes de la vida, ¡qué tristeza para tu Corazón!

966. Señor, obligado, como mis hermanos, a andar privado de muchas cosas por la tierra, yo quisiera, yo te pido que no me dejes entrar la tristeza más que por la sola privación de tu presencia y que, mientras yo pueda asegurar: tengo a Jesús en mi Sagrario y hoy lo tengo en mi alma y mañana, contando con su misericordia, lo tendré también, nada ni nadie puede turbar la paz de mi corazón; y si, a pesar de mis deseos y peticiones, por la abundancia de mis dolores y flaquezas, lloro y me quejo, ardientemente te pido que cada lágrima de mis ojos, cada ¡ay! de mi boca, cada arruga de mi frente, cada gota de mi sudor, cada quejido silencioso de mi corazón, cada protesta, en fin, de mis incontables necesidades, sea *esto sólo: voz* que te llame y señal de que *te echo de menos.*

Compañero disfrazado de mi viaje de la tierra al cielo, que todo en mí, mis penas como mis alegrías, te estén siempre gritando: ¡Más Jesús! ¡Más Jesús!

… … … … … … … … … … … … … … …

2. Orar hablando de Él

967. Los discípulos de Emaús son, sin pretenderlo, unos excelentes maestros de la vida interior.

Con lo que ellos van haciendo y recibiendo en aquella memorable jornada, más que un viaje de Jerusalén a Emaús, hacen el viaje, incomparablemente más ventajoso, largo y feliz, de la incredulidad a la fe viva, de la estultez y grosería de hombres carnales, a las claridades espléndidas de la palabra de Dios interpretada por el mismo Verbo de Dios; de las pesadumbres y congojas de la vida de sentidos, a la dulce posesión de la vista cierta de Jesús resucitado de entre los muertos; es decir, el viaje desde el abismo de la ruindad de la naturaleza a las cumbres de la vida interior del alma.

Sigamos viendo y aprendiendo.

El primer paso de este camino lo dieron, como os mostré antes, *echando de menos* en su vida a Jesús.

Sin Él, la vida se les puso triste, y su tristeza fue la primera invitación para que volviera Jesús.

El segundo paso de esa ascensión lo dan *hablando de Él.*

Cómo hablaban

968. No toda conversación de o sobre Jesús puede llamarse oración. ¡Cuántos hablan y escriben y predican de Él lindezas de arte y primores de poesía y asombros de elocuencia, y..., sin embargo, no hablan *con Él* y, por consiguiente, no oran!

La conversación que los discípulos llevaban sobre Jesús era oración, porque más que conversar el uno con el otro, podía decirse que cada cual hablaba con un interlocutor invisible que se suponía y a la par no se creía presente. Aquel hablar tan insistentemente sobre lo que hizo, dijo, prometió y padeció Jesús, no era para contarse lo que ya sabían, sino como una *rumia* de la presencia tantas veces paladeada y gozada; como una nostalgia o añoranza del bien gozado y que a pesar de su poca fe no acababan de tener por perdido.

Era un buscar a Jesús en todo y un preguntar a todos por Él a fuerza de no pensar ni hablar más que de Él, como buscaba y preguntaba casi al mismo tiempo María Magdalena en torno del sepulcro vacío. Tan embebidos y llenos iban del pensamiento y de la conversación sobre Jesús, que no suponían se pudiera pensar ni hablar de otra cosa.

969. Por eso responden extrañados al misterioso peregrino que les pregunta de qué hablan: *"¿Tú sólo eres tan extranjero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado en ella estos días?"* [53].

Y ¡qué! ¿no os parece que ese hablar de Jesús ausente rumiando y comentando las palabras que de Él se oyeron y las caricias y promesas que de Él se recibieron, añorando su presencia, y en medio de su incredulidad, no cansándose de esperarlo ver otra vez vivo, no os parece, repito, que ese hablar de Jesús es diálogo cariñoso con Jesús, es oración afectuosa con Jesús, que lo llama, lo hace venir milagrosa y misteriosamente y alternar con ellos y empezar a cumplir en ellos la promesa que había hecho de venir a estar siempre en medio de los que se reúnan en nombre de El?

¡Cuántas enseñanzas!

Peregrinos del Sagrario

970. ¿Queréis que el Jesús invisible y, al parecer, sordo, ciego y como muerto de la Hostia callada, se ponga a vuestro lado a acompañaros por las sendas penosas de vuestra peregrinación y os vaya explicando, unas veces con luces en vuestra inteligencia, y otras con ardor en vuestro corazón, los misterios de vuestros dolores y los auxilios de su Providencia, y os haga entender la necesidad y el modo de ganar vuestro cielo llevando bien vuestra cruz de cada día, del mismo modo que enseñó a sus discípulos cómo fue *"conveniente que Cristo padeciese todas esas cosas y entrase así en su gloria?"* [54].

¡Ah! Si cuando salís del Sagrario, después de haber recibido el alimento, las enseñanzas o las caricias de Jesús vivo, fueseis por el mundo rumiando aquel manjar y comentando, añorando y repitiendo, a solas o con quienquiera que habléis, la palabra, el buen pensamiento, el buen propósito de vuestro rato de Sagrario, ¡cómo obligaríais a repetir al Jesús disfrazado del camino de Emaús y de la Hostia callada el milagro de venir a acompañaros tan misteriosa como ciertamente!

971. Nos quejamos muchas veces de sentirnos muy solos en la vida, y ¡cuánto nos pesa y a las veces nos hace gemir nuestra soledad! ¡Solos! ¡Porque no nos decidimos a querer y a dejar acompañarnos de Jesús, que por esta misma conducta nuestra está solo en sus Sagrarios!

¡Solos! ¡Y el solitario Jesús esperando vernos mirar hacia Él a través de una lágrima de nuestros ojos, de un grito de angustia de nuestro pecho, de un gesto de tristeza de nuestra cara... para acompañarnos!...

Almas caminantes, ¿queréis buena compañía para vuestro viaje? Pasaos cada mañana por vuestro Sagrario..., y después de recibir la *palabra oída* de vuestra meditación y la *Palabra comida* de vuestra Comunión, seguid vuestro camino *rumiando,* cuanto vuestra flaqueza os permita, lo *bueno* que os dio y os dijo Jesús. ¡Ah!, no vamos solos y flacos por la vida por la falta de alimento *recibido,* sino de alimento *rumiado* y *digerido...*

---

[53] Lc 24,18

[54] Lc 24,26

Madre Inmaculada, que tan cuidadosamente guardaste y rumiaste en tu corazón lo que oías y sabías de tu Jesús, multiplica las almas que no hablen, ni obren, ni sientan, ni piensen más que *rumiando* lo bueno que tu Jesús les da en el Sagrario...

3. La oración por medio de la obra

972. La oración, que es siempre *conversación afectuosa* del alma con Dios, se puede valer de las tres clases de palabras con que cuenta el hombre: la palabra interior de su mente, la palabra exterior de su boca y la palabra, más exterior, de sus obras o actos racionales.

El diálogo que con Dios entablemos es oración, con tal de que esta palabra de la mente, de la boca o de la obra vaya acompañada y explicada por el afecto de la voluntad que lo alaba, agradece, aplaca o impetra.

La oración de la mente

La tristeza dibujada en el rostro de los peregrinos de Emaús nos ha revelado el doloroso diálogo que sus inteligencias y sus corazones llevaban con Jesús.

¿Por qué con todo tu poder y virtud te has dejado vencer de la muerte?

¿Por qué has tenido que padecer tanto?

¿Por qué no has redimido ya a Israel como nosotros esperábamos?

¿Será verdad lo que han venido diciendo las mujeres que fueron al sepulcro, que no está allí tu Cuerpo muerto y que unos ángeles les han asegurado que Tú estás vivo?...

¡Qué alegría si fuera verdad! Pero, pero...

Esos son los puntos de aquella *oración mental* que nos delata la tristeza de la cara de los discípulos.

La oración de la boca

973. De los mismos corazones contristados por la pena de la ausencia de Jesús y por las oscuridades de su débil fe en sus palabras y profecías, salta a los labios la *oración vocal* llena de recuerdos de Jesús, de repeticiones de sus palabras y de sus hechos, de conjeturas sobre la realidad o imposibilidad de su resurrección; llena, en suma, de deseos y aspiraciones de volver a ver a Jesús y, por tanto, verdadera oración o diálogo afectuoso con Jesús.

La oración de obras

974. Obrar por dar gusto a Jesús, es orar.

Lo mismo llega a Jesús la certeza de mi amor a El diciéndoselo con palabra sincera de mi boca, que demostrándoselo con mis obras hechas porque Él me las pide y porque a Él le gustan.

La oración más augusta y más grata para Dios es el Sacrificio de su Hijo en la Cena, en la Cruz o en la Misa, y esa oración de Sacrificio es más que oración de la mente o de la boca, *oración de obra*...

El olor que exhala esa divina sangre derramada es el poderoso clamor de Cristo [55], que habla mejor que la de Abel y que todos los patriarcas, profetas y santos de la antigua y de la nueva Ley.

---

[55] Hb 5,7: "Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fue escuchado por su reverencial temor".

Un alma pasa su día cumpliendo su deber alto o bajo, grande o menudo, a la vista de muchos o de nadie y cumpliéndolo con gusto porque procura darse cuenta de que está dando gusto a Jesús, esa alma pasa su día en oración y en oración muy valiosa y acepta.

Si cuantas veces podamos y nos permita nuestra flaca memoria, no sólo en nuestras obras buenas, sino en las indiferentes, como el comer, pasear, reír, y dormir, decimos: "por Ti, para Ti, Corazón de mi Jesús..., porque a Ti te gusta", estemos ciertos de que cumplimos el repetido encargo de nuestro divino Maestro: *Es necesario orar siempre y no desfallecer...* [56].

Y si aun las obras indiferentes, por virtud de nuestro ofrecimiento de ellas a Jesús, se convierten en oración de obra, ¿qué diré si esas obras son positivamente buenas y las más excelentes de todas, como son las obras de caridad?

975. Practicar obras de caridad y misericordia con rectitud de intención, o sea, mirando más al gusto de Jesús que a la misma necesidad socorrida, es excelentísimo modo de orar.

Y de ese modo terminó la oración de los discípulos, a saber: ejerciendo la caridad de admirable manera.

"En esto llegaron -dice el evangelista- cerca de la aldea a donde iban, y Él hizo ademán de pasar adelante. Mas le detuvieron por fuerza, diciendo: "Quédate con nosotros, porque ya es tarde, y ya va el día de caída". Entró, pues, con ellos..." [57].

¡Qué gradación!

El orar *echando de menos* a Jesús lo invita a acercarse.

El orar *hablando* afanosamente y cariñosamente *de Él y con Él* lo invita a hablar y a acompañar, pero veladamente.

El orar *obrando* el gran mandamiento de Jesús, el amarse los unos a los otros, y con la delicada insistencia del "Quédate con nosotros, que ya es tarde", lo obliga a entrar y a quedarse y a comer con ellos y a darse a conocer...

976. ¡Bendita y mil veces bendita virtud de la oración, que has trocado las negruras de la incredulidad y las amarguras de la desilusión en las claridades y dulzuras de la vista, posesión e intimidad de Jesús resucitado!

... ...

Madre Inmaculada, por la oración con que acompañaste a tu Hijo muerto y resucitado, enséñanos el secreto de morir a nosotros orando y vivir para sólo Jesús orando también.

Dos rasgos de esta oración

Quiero atraer vuestra atención sobre dos rasgos, uno de Jesús y otro de los discípulos, que dan relieve singular a la oración que describe este episodio.

El rasgo de Jesús

977. "Llegaron cerca de la aldea a donde iban, y Él *fingió* o hizo ademán como de *tener que ir más lejos"*.

¡Bien han levantado tempestades de comentarios esas palabras!

---

[56] Lc 18,1

[57] Lc 24,28-29

Los herejes han tratado de probar con ellas hasta la licitud de la mentira, y los exégetas largamente han discurrido para llegar a la recta interpretación de las mismas.

Dejando a un lado los sofismas de aquéllos y las elucubraciones de éstos, creo que esas palabras hay que interpretarlas más con el corazón que con la cabeza...

Para que a este episodio, quizá el de más minuciosidad psicológica y de más variedad y fineza de matices del Evangelio, no le faltara ni un ápice de belleza, viene a completarlo este rasgo verdaderamente *maternal* de Jesús.

Pues qué, ¿no es propio de las madres ese ademán de hacer y aun de decir que se van, sin pensar ni querer irse, para obtener de sus hijuelos una nueva y más ardiente muestra de cariño, un beso más sonoro, un abrazo más apretado, un acto de generosidad?...

978. ¡Bendito el Evangelio, que nos ha conservado este rasgo de *Jesús-Madre*, de Jesús haciendo como la madre que se va sólo para recrearse en oír y ver a sus hijos decirle y probarle que no quieren ni pueden vivir sin ella!...

No, no es que haya ficción en el ademán de la madre ni en el de Jesús, porque, después de todo, si esas instancias y esas ligaduras de besos y abrazos de los hijos faltaran, Jesús se vería obligado a pasar adelante, como la madre se retiraría a un rincón a llorar el despego de sus hijos.

Lo que hay no, no es ficción, sino delicado rasgo e ingeniosidad exquisita del Corazón *maternal* de nuestro Jesús, como lo es su empeño de pasarse la vida escondido en el Sagrario para recrearse en ver y oír a sus hijos buscarlo con ansia y afán...

El rasgo de los discípulos

979. Está en lo que hacen y dicen ante el Peregrino que *finge* ir más lejos.

¡Pobre Peregrino! ¡Te dejan pasar adelante tantos compañeros de viaje! ¡Te dejan tantos y tantos en la puerta esperando!...

Jesús-Madre *escondido* en los Sagrarios, ¡cómo te dolerá y contrariará no sentir a nadie buscarte!

¡Con qué palabras tan expresivas nos transmite el Evangelio el rasgo de los discípulos de Emaús: *"Obligáronle diciéndole: Quédate con nosotros, pues el día ya declina. Y entró para quedarse con ellos"* [58].

Quédate con nosotros...

¡Qué buena respuesta forman esas palabras!

Es cierto que ellos no han visto todavía en aquel peregrino a Jesús, pero lo que Él les ha dicho de su pasión y de su gloria les ha enardecido el corazón en fuego de amor por Jesús, y ese amor es el que les impulsa a hacer violencia a su compañero para que acepte su generosa hospitalidad y se evite las molestias y los riesgos de una noche de viaje. Es Jesús realmente quien les impulsa a obrar.

Más aún:

Diríase que aquel caritativo: "Quédate con nosotros porque ya va el día de caída" no era sólo el sincero ofrecimiento de una hospitalidad, sino la fórmula espontánea, la expresión inconsciente del estado de sus espíritus.

Como oprimía sus ojos la melancolía del crepúsculo, oprimía sus almas la tristeza de una gran soledad... Tres días de más desconsuelo que esperanza, de menos fe que pena por la ausencia, de desilusión y ansia de realidad, ponían, en las últimas horas de aquel tercer día de la profecía, las angustias del más melancólico atardecer y las tristezas de la más medrosa noche...

980. ¡Ah! ¡Cuántas veces repetirán ese mismo grito: *"Quédate con nosotros, Señor"*, las almas presas de la tentación o del remordimiento y angustiadas por el horrible temor de que se les vaya Jesús o de que no les venga! ¡Almas probadas o castigadas en no sentir presente a Jesús! Almas que,

---

[58] Lc 24,28

aun sin conocerle y aun sin saber si su oscuridad es la del crepúsculo que precede al día o la del que precede a la noche, ¡cómo irán repitiendo el eco del "quédate con nosotros..., que se hace tarde", Jesús-imán de las almas!

... ...

Madre Inmaculada: la primera vez que pediste un milagro a tu Jesús, la respuesta que obtuviste fue parecida a la de los discípulos de Emaús: un ademán de *pasar adelante* y como si no te hiciera caso... Tu Jesús preferiría complacerse y recrearse en verte insistir... enséñanos a ganarnos la intimidad de tu Jesús por la *oración de violencia* y de *insistencia* ante nuestro Jesús-Madre del Sagrario... Madre: graba con fuego de amor en nuestras almas que nuestro Padre *está en los cielos* y nuestro Jesús *está en el Sagrario.*

CAPÍTULO IV

LA PRIMERA PETICIÓN DEL PADRENUESTRO Y EL FIN DE TODA oración

981. El primer lugar de las siete peticiones del Padrenuestro lo ocupa por derecho propio la glorificación de Dios.

"SANTIFICADO SEA TU NOMBRE" [59]

Como el fin supremo de todas las obras de Dios, de los ángeles, de los hombres y de las criaturas todas es la mayor gloria de Dios, y en que se busque y se consiga ese fin está todo el orden de la naturaleza y de la sobrenaturaleza, nada puede ni debe pedir tanto el hombre, nada le hace tanta falta ni nada le puede traer mayores bienes que el buscar de todos modos que Dios, su Padre, sea glorificado, es decir, que sea conocido, amado y servido de todos los modos y por todos los seres que puedan conocer, amar y servir. Ésa es la santificación del Nombre de Dios: que "sea tenido en reverencia y alabado", como dice el Catecismo.

Si oramos como hijos, mucho, infinitamente más que el remedio de nuestras miserias y dolores debe interesarnos, y movernos a pedir y desear, la mayor reverencia y alabanza de nuestro Padre Dios. ¿Cuándo se enterarán los hombres de que trabajan en vano buscando felicidad y bienes, mientras no busquen ante todo la gloria de Dios, fin supremo, descanso absoluto, principio y condición esencial de todo bien y de todo orden? ¡Cómo olvidamos el orden y las preferencias justas de nuestra oración! ¡Hasta en la oración solemos ser egoístas!

El Evangelio y la primera petición

982. ¡Qué fórmulas de oración tan bellas y exactas nos enseña el santo Evangelio para dirigir a nuestro Padre esta petición excelsa!

Sirvan, entre otras, de ejemplo:

1.ª "Te alabo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque escondiste tus misterios a los prudentes y sabios y los revelaste a los pequeñuelos" [60].

---

[59] Mt 6,9

[60] Mt 11,25

Nuestro Hermano Mayor Jesús, santifica el Nombre de su Padre y nuestro Padre, alabándolo por su revelación a los humildes, por haberse dado singularmente a conocer y a amar de los pequeñuelos.

¡Cuántas veces desde los Sagrarios de la tierra las almas chiquitas, las desconocidas o despreciadas del mundo e iniciadas y embriagadas en los misterios y en las dulcedumbres del amor Sacramentado, pueden exclamar:

Te alabo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque te descubres a mí. Antes que agradecer, que paladear tus regalos, alabo la misericordia que ha puesto un Padre tan grande a mirar a un hijo tan chico.

2.ª "¡Oh Padre, glorifica tu nombre!" [61]exclamaba Jesús en vísperas de su Pasión, y el Padre, para manifestar el agrado con que recibía aquella oración, respondía al momento:

"Lo he glorificado ya y lo glorificaré todavía más". ¡Qué glorificación tan excelsa de Dios fue la Pasión, la muerte, la Resurrección, la Ascensión y el reinado en cruz de su Hijo!

3.ª ¡Y con qué dulce constancia enseña con su ejemplo a pedir ante todo la glorificación de Dios! En sus palabras de despedida, en la hora del testamento, Jesús levanta sus ojos al cielo y dice: "Padre, la hora es llegada; glorifica a tu Hijo (*resucitándolo* y *elevándolo al cielo*), para que tu Hijo te glorifique a Ti, pues que le has dado poder sobre todo el linaje humano para que dé la vida eterna a todos los que le has señalado. La vida eterna consiste en conocerte a Ti, sólo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste. Yo por mí te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste.

Ahora glorifícame Tú, ¡oh Padre!, en Ti mismo, con aquella gloria que *como Dios* tuve Yo en Ti antes que el mundo fuese" [62].

983. ¡La glorificación del Padre por la glorificación del Hijo buscado, rogado, imitado y adorado en el silencio y en la ocultación de su vida de Sagrario!

¡Qué hermoso modo de pedir el "santificado sea tu nombre" del Padrenuestro!

4.ª "Señor, queremos ver a Jesús" [63] dicen unos gentiles a san felipe. Querer ver a Jesús es querer conocer y amar al Padre, según la palabra con que unos días después Jesús responde al mismo felipe cuando éste le pide: "Muéstranos al Padre y eso nos basta" [64]. "Felipe, quien me ve a Mí, ve también al Padre" [65].

Señor, infinitamente más afortunados somos nosotros que los gentiles del Evangelio; sabemos que mirando la Hostia consagrada te vemos, te oímos, te sentimos presente, y viviendo en Ti, amándote y siendo amado por Ti, a nuestro Padre Dios en unidad con el Espíritu Santo Dios... ¡Padre nuestro, que tu nombre sea santificado por el conocimiento, el amor y la glorificación de tu Hijo vivo en la Hostia consagrada!

5.ª Cuando Jesús entra el Domingo de Ramos en Jerusalén como Rey pacífico, como dulce Señor de los corazones puros y sencillos, los niños, cuya boca es muchas veces órgano del Espíritu santo, le cantan y le saludan con el "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!" [66].

---

[61] Jn. 12, 28.

[62] Jn 17,1-5

[63] Jn 12,21

[64] Jn 14,8

[65] Jn 14,9

[66] Jn 12,13

984. ¿No nos ha regalado el Padre Dios todas las criaturas suyas del cielo y de la tierra para que usando o privándonos voluntariamente de ellas lo glorifiquemos a Él y nos hagamos felices nosotros? ¿Por qué, pues, no hemos de cantar delante de cada una de esas criaturas, del pan y del agua que nos alimentan, de los bienes de fortuna que nos alivian, del aroma y de la belleza de las flores que nos deleitan, de los amigos que nos confortan, de los sacramentos que nos santifican, del dolor que nos purifica, de la huída de la seducción que nos hace castos y valerosos? ¿Por qué, repito, no hemos de repetir el "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!" como los niños de Jerusalén ante el gran don de Dios, su propio Hijo?

Sí; que el "¡Alabado sea Dios!" tan metido en el lenguaje y en la costumbre de nuestro pueblo sea el comentario primero que arranque de nuestra alma y de nuestros labios toda manifestación de la bondad de nuestro Padre que está en los cielos en favor de sus hijos los de la tierra.

¿Y en qué pormenor, por insignificante que sea, de nuestra vida, no se manifiesta?

Padre nuestro que estás en los cielos, que por todo y en todo santificado sea tu nombre...

La petición que nunca faltará

985. El Maestro de la oración ha provisto que no deje jamás de hacerse sobre la tierra la primera petición del Padrenuestro.

"santificado sea tu nombre" es no sólo la primera en orden e importancia de todas las peticiones que el hombre puede dirigir a su Padre celestial, sino la *indeficiente.*

Podrá dejarse de pedir al Padre el pan nuestro y el perdón de nuestras deudas, pero jamás ni en un solo día, ni en una sola hora del tiempo dejará de pedírsele glorificación para su nombre. Como que las otras seis peticiones en realidad sólo son para pedir medios, modos y remoción de obstáculos para que el nombre de Dios sea santificado.

Jesús y su Iglesia han instituido por ese motivo dos obras permanentes, indeficientes, cuyo principal y esencial fin sea pedir y dar alabanza y reverencia al santo nombre de Dios.

La glorificación de Dios por la Misa

986. Jesús dejó instituida la Misa que no es otra cosa que el *Sacrificio de alabanza,* o sea, la glorificación máxima de Dios por la alabanza que recibe de la oblación real del Sacrificio del Cuerpo y de la sangre de su propio Hijo. Jesucristo ha confiado a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual en el cual se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera [67].

Mientras haya tierra, habrá sacerdocio, y mientras haya sacerdocio habrá Misas que no sólo pidan sino que den a Dios la más cabal y excelsa santificación de su nombre.

Y ¡qué bien expresa la Misa su fin supremo de alabanza a Dios con su *"gloria a Dios en el cielo"*, su *"Santo, Santo, Santo es el Señor Dios del universo"*, con el *"por Cristo, con Él y en Él, a Ti Dios Padre omnipotente, todo honor y toda gloria...!"*.

La glorificación de Dios por el Oficio divino

987. La Iglesia instituyó su *Oficio de alabanza,* el Oficio divino, que no es otra cosa, que la glorificación de Dios por la alabanza perenne de su Esposa, la Iglesia, por boca de sus sacerdotes, religiosos, religiosas y almas selectas en unión de Jesucristo, Sumo sacerdote.

---

[67] Cf San Agustín, In Jo. Evang., tract. 26, c. 6, n. 13: PL, 35, 1613; Brevario Romano, en la fiesta del Copus Christi, antífona del Magnificat de las Segundas Vísperas.

Y ¡qué bien expresa en el Oficio divino la institución esencial de la alabanza, en cuanto a oración pública de la Iglesia centrada en la doxología, *"gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo"*, con que acompaña y unge todos sus salmos, himnos y responsorios; con su diario *"magnificat..."*, el cántico de gloria a Dios más excelso, cantado por la más excelsa de todas las puras criaturas, con sus constantes *"bendecid al Señor", "aleluya", "cantad, tocad, alegraos, dad gracias, alabad al Señor..."* con que en la recitación del salterio, invita manda y sugiere que alaben a Dios, ríos y mares, hierbas y flores, aves y peces, tierras y cielos, hombres y ángeles" *y todas las obras del Señor...!*

La nube negra del odio

988. ¡Negra, muy negra es la columna de humo que desde la tierra al cielo se levanta de la podredumbre de las bocas blasfemas, de los ojos lascivos, de las manos ensangrentadas con crímenes, de los cuerpos prostituidos, de los corazones agusanados de lujuria, de avaricia y de soberbia...; negra, muy negra la nube que forjan las prevaricaciones constantes y horrendas de los hombres, y muchas, y muchas veces esas negruras y pestilencias, cerrando los horizontes y tapando la vista del cielo y amenazando con una infección universal y con una eterna noche, hacen temer el acabamiento final de esta raza prevaricadora por un diluvio de agua o de fuego o de betún de Sodoma y el agotamiento de la paciencia de Dios!...

La nube blanca de la alabanza

989. Todo esto es cierto; pero tan cierto es también que con una blancura más intensa que las negruras del vaho de los millones de pecados diarios de los hombres y con más aroma que hedor exhalan éstos y con una fuerza ascendente y desinfectante infinitamente superior a su contraria, sube de los altares y de los coros y de las hojas de los breviarios y de las cuentas de los rosarios, la columna del incienso de la alabanza perenne y siempre grata a Dios...

Padre nuestro que estás en los cielos ¡santificado sea tu nombre!

Una santificadora ejemplar del nombre de Dios

990. ¡Qué gran maestra de oración se manifiesta María Magdalena en el Evangelio!, y ¡de qué diversidad de modos de orar es maestra!

Ora confesando públicamente el arrepentimiento de sus pecados con lágrimas silenciosas y la gratitud y el amor sin medida a Jesús ungiendo sus pies con besos ardientes y bálsamos olorosos; ora siguiendo leal, silenciosa y valientemente al Maestro, vivo y muerto, vitoreado en triunfos estruendosos y escarnecido en persecuciones dolorosas y derrotas humillantes... María Magdalena llorando, ungiendo, sirviendo, siguiendo, anunciando, buscando a su Maestro, se puede decir que no hace más que esto: orar de todos esos modos.

Pero entre todos ellos hay uno que ha merecido una especial y más encumbrada alabanza por parte de Jesús; ese modo es el que pudiera llamar

La oración de oír

991. Jesús se ha sentado a descansar en la casa de Marta, María y Lázaro en la Betania de sus consuelos y desagravios: Marta se agita e inquieta de acá para allá preparando la comida del Maestro y de sus amigos. María, ajena a todos los preparativos se sienta a los pies del Maestro para oírlo.

Marta se queja ante Él de la inmovilidad de su hermana, y al paso que para aquélla hay un reproche, aunque cariñoso y paternal, para María hay una aprobación solemne: "María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada" [68].

¿Cuál era esa mejor parte?

Según el Evangelio, ésta: María, sentada a los pies de Jesús, oía su palabra.

¡Oír a Jesús! ¡Dedicarse a esto sólo: a oír a Jesús! ¡Y dedicarse por toda la vida a oír a Jesús en su estado de palabra callada del Sagrario!

¡Cuántos misterios de gloria de Dios y cuántos misterios de santificación excelsa para nosotros están encerrados en esa oración de oír a Jesús-Hostia callada del Sagrario!

Con el favor de Él ya os iré levantando el vela de ese desconocido mundo de misterios y secretos del silencio de Jesús.

Orar oyendo a Jesús

992. ¡Cuántos misterios de gloria de Dios y cuántos secretos de santificación excelsa para nosotros están encerrados en esta *oración* de *oír a Jesús-Hostia callada* del Sagrario! Ahondando en la imitación de ese modo de orar de la Magdalena que le valió el "ha escogido la mejor parte, que no le será quitada", os quiero llamar la atención sobre estos dos puntos:

1.º Qué es oír a Jesús; y

2.º Qué es oír a Jesús-*Hostia callada,* para deducir del estudio de esos dos puntos el valor y la excelsitud de la *oración de oír* al modo de la Magdalena. Obténgame la santa de la contemplación silenciosa, acierto y claridad para producir enterados y entusiasmados de su imitación.

Qué es oír a Jesús

993. Dar a Jesús nuestro oído es:

1.º El gran mandamiento del Padre celestial.

2.º El precepto más repetido y más abundantemente sancionado por el mismo Jesucristo; y

3.º El homenaje primordial y el más urgente deber del hombre para con Jesús.

I. El gran mandamiento del Padre

Dos veces tan sólo, según el santo Evangelio, ha dejado oír a los hombres su palabra el Padre celestial; y ¡cosa notable!, las dos veces para proclamar un mismo testimonio en honor de su Hijo y promulgar un mismo mandamiento acerca de Él:

"ÉSTE ES MI HIJO MUY AMADO. OÍDLO" [69]

Oír a Jesús: a eso se reduce y en eso se compendia cuanto el Padre nuestro, que está en los cielos, pide y manda a los hombres que están en la tierra.

Si el precepto de la caridad fraterna o de amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado, se ha llamado el *precepto nuevo* por antonomasia de Jesús, en el que se contienen como en su causa, esencia y raíz todos los demás preceptos antiguos y nuevos, el mandamiento que obliga a todos los hombres a oír a Jesús debe ser llamado con toda razón el Mandamiento, el gran Mandamiento del Padre celestial, en el que están contenidos todos sus preceptos y ordenaciones del Antiguo como del Nuevo Testamento.

---

[68] Lc 10,42

[69] Mt 17,5

¿No es esto claro?

II. El precepto más repetido y más abundantemente sancionado de Jesús

994. Abrid el Evangelio y quizá no encontréis página en la que no tropiecen vuestros ojos con algún nuevo modo de urgir el precepto de oír a Jesús.

Incontables veces lo encuentro directa o indirectamente urgido.

¿Castigos a los que no lo oyen?

Los más terribles.

Los compara a las piedras, incapaces de guardar y hacer fructificar un grano de semilla; los declara necios, juzgados por su obstinación y condenados por Dios, y de ellos asegura que no son de la verdad ni de Dios...

¿Premios a los que lo oyen? Se puede asegurar que el vaso de la infinita liberalidad de su Corazón se vuelca sobre los que oyen a Jesús...

Los llama en cien ocasiones sabios, bienaventurados, hijos de su Padre que está en los cielos, y objeto de sus agradecimientos y llega a dar el título y el honor de hermanos y hasta de padre y madre de Él, a los que oyen su palabra y la guardan.

¿Cabe mayor galardón?

III. El homenaje primordial y el deber primero para con Jesús

995. Una sencilla reflexión nos lo demuestra.

¿Quién es Jesús? El Verbo de Dios hecho Hombre.

La Palabra viva, sustancial, personal, única y eterna de Dios hecha hombre para, con boca de carne, hacerse oír de los hombres.

Cuando decimos y creemos que el Padre nos dio a su Hijo, decimos y creemos que nos dio a su Verbo, a su Palabra, o como enseña el doctor san Juan de la Cruz, "porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola palabra y no tiene más que hablar".

¿Comenzamos ahora a entender por qué al presentar el Padre al mundo su Don, el gran Don de su Hijo muy amado, sólo le exige y le impone el mandamiento de oírle?

¿Entendemos ahora la gran alegría con que el ápostol san Pablo comenzaba su primera epístola a los Hebreos, descubriéndoles el misterio del Hijo-Palabra de Dios "lo que antiguamente habló Dios en los profetas nuestros padres de muchos modos y maneras, ahora a la postre, en estos días, nos lo ha hablado con el Hijo todo de una vez?" [70].

Y pregunto ahora. A esa Palabra de Dios hecha boca de carne humana para ser oída por oídos de carne, ¿cuál es el primer tributo, el homenaje primordial que le deben la gratitud y la justicia de los hombres?

¿Puede ser otro que el tributo y el homenaje de su oído?

996. Sí, sí; lo primero que Jesús, Palabra encarnada de Dios, tiene derecho a exigir de los hombres es que le rindan pronta, dócil y perennemente el homenaje de su oído.

Por ahí quiere entrar Él a hacer su obra de redención en el alma del hombre, por el oído: "La fe por el oído".

¡Boca de Jesús, trono, custodia y vehículo del Verbo de Dios, yo quiero que mi cuerpo sea para Ti todo oído para no desperdiciar ni una sola letra de las que profieras y mi alma sea toda ella relicario

[70] Hb 1,1

para guardar todo lo que me has dicho, me dices y me dirás en las páginas de tu Evangelio, en la voz de tu Iglesia o en el silencio de tu Eucaristía...!

Qué es oír a Jesús-Hostia callada

997. ¡Qué misterio y qué confusión para nuestro orgullo!

Jesús es siempre Maestro; lo mismo sobre su Cátedra del pesebre de Belén, sobre el pavés de la sinagoga y del templo, sobre la Cruz del Calvario, sobre el solio pontificio de Pedro, como oculto bajo las especies de la una Hostia consagrada y guardado dentro del copón del más ruinoso y abandonado Sagrario.

¡Siempre Maestro!

¡Siempre pudiendo afirmar, como ante el tribunal de sus enemigos, que Él había venido a dar testimonio de la verdad!

Jesús no sólo es siempre Maestro, sino también y en todos sus estados, de gloria como de ignominia, es siempre *Palabra de Dios*, lo mismo en el seno del Padre, como encarnado en el seno de María u oculto en el fondo del Copón.

998. Y aquí viene el gran misterio: ese Maestro eterno y esa Palabra viva de Dios que se hace boca de carne para que los hombres oigan hablar a Dios y directamente por Él sean enseñados a conocerlo, a amarlo y a poseerlo, ese Maestro-Dios y esa Palabra-Dios decretan enseñar a los hombres *treinta y tres años hablando, y siglos y siglos callando...*

Cierto que quedarán a los hombres siempre, siempre, las palabras que *dijo* en los Evangelios, y que una autoridad auténtica, infalible e indeficiente, representante visible de su excelso magisterio repetirá, explicará, interpretará y aplicará perennemente las palabras que *dijo* Jesús... es cierto, sí; pero también lo es que la boca que profirió aquellas palabras del Evangelio y de la Iglesia no se ha muerto, sino que está viva, como viva la Cabeza que la dirigía y vivo y palpitante el Corazón que por ella hablaba y se desbordaba, y que esa boca, esa cabeza y ese corazón no sólo viven en el cielo empíreo, sino dentro de cada Hostia consagrada.

¡Jesús-Maestro callado!

¡Jesús-Palabra eterna de Dios callada!

¡Y con qué silencio!

999. En torno de ese gran Maestro, el único Maestro, hay ejércitos de niños sin Catecismo, de doncellas y jóvenes en riesgos y peligros horribles, de hombres sin fe y sin caridad, de mujeres sin piedad y sin pudor, de ancianos sin esperanzas, de enfermos sin remedio, de dolientes, de hambrientos, de moribundos sin luz, sin calor, sin consuelo... ¡Oh! ¡Si el Maestro hablara! ¡Una palabra siquiera!

En torno de esa Hostia se oyen alabanzas y blasfemias, se consuman adoraciones y sacrilegios, se sienten amores, odios y abandonos... ¡Si la Hostia hablara! ¡Una sola palabra de aprobación, de queja, de reprobación...! ¡Un ¡ay! siquiera!

¡El Maestro calla!

¡La Hostia, callada!

¡Qué bien se adivina por ese tesón en callar que la lección de que más necesita el hombre es la del silencio de su amor propio! ¡La de aprender a callar!

1000. Una pregunta: ¿Pero entonces con ese Jesús-Hostia callada de nuestros Tabernáculos no urgirá ya el gran Mandamiento del Padre celestial y el precepto tan repetido del Hijo de que le prestemos oído? ¿No hay ya obligación, ni necesidad, ni utilidad en ponerse a oír a Jesús callado en su vida de Hostia? ¿Basta sólo con que lo oigamos por medio de su eco o intermediaria la Iglesia?

Aquí, aquí, a ese misterio y estado de silencio de Jesús-Hostia es a donde yo invitaba a las almas enteradas y generosas a imitar el modo de orar de la Magdalena, de *orar oyendo* a Jesús, lo mismo

cuando habla ternuras e intimidades como en Betania, cuando exhala penas y ayes como en la Cruz o cuando enmudece muerto como en el sepulcro.

¿Pues qué? ¿no es tan amable y adorable el silencio de Jesús como su Palabra? ¿No es tan Maestro cuando enseña callando como cuando enseña hablando?

Si Él lleva el anonadamiento de su amor al hombre a la negación de su palabra, ¿no es muy justo que el hombre lleve su correspondencia de amor a la negación de su oído?

¿No corresponde a un Maestro mudo por amor un discípulo sordo por amor a todo ruido de palabra y sutil sólo para *oír su silencio?*

... ...

¿Qué cómo se entiende eso? ¿Qué cómo se practica ese oír a quien no habla?

1001. Yo respondo también con unas palabras del gran Maestro de oración, el doctor san Juan de la Cruz:

"Una palabra habló el Padre que fue su Hijo, y Éste habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma" [71].

Yo responderé también con la psicología y la teología que tanto el amor como el conocimiento, mientras más intensos, elevados y perfectos son, menos palabras necesitan y hablan.

Yo responderé, sobre todo, invitando a que hagan ensayos y experiencias los que quieran saber en qué consiste oír a ese Jesús-Hostia callada.

Sí, haced la prueba; id al Sagrario en donde Él vive envuelto en ese divino silencio, y primero habladle, habladle cuanto queráis, y más con el corazón que con la boca, de vosotros, de los demás, de Él, y después callad, esperad *en silencio* de vuestro amor propio y de vuestras pasiones, la respuesta que *en silencio* os dará el más atento y fino de los maestros.

Y estad ciertos de que el Espíritu Santo, el gran Agente de la oración, que está entre la boca cerrada de Jesús y vuestro oído abierto, os dará la respuesta en forma de firmeza nueva a vuestra voluntad quizá vacilante, de rayo de luz disipadora de dudas y oscuridades y reveladora de secretos y mundos nuevos, de estremecimiento de alegría que sacuda penas y tristezas, de unción de bálsamo vigorizante... y con respuesta en esa forma y sin respuesta ninguna, siempre el poneros a oír el silencio de Jesús-Hostia dará a gustar a vuestra alma una paz, un sosiego que os hará entender que Él *queda enterado* y vosotros habéis hecho lo *vuestro* por glorificar su estado de Palabra de Dios inmolada.

1002. ¡Ah! ¡si las almas tan quejosas y aburridas de sus meditaciones distraídas y secas, se decidieran a glorificar el silencio de Jesús-Hostia callada poniéndose muchas veces a orar *oyendo en silencio,* el silencio de Jesús!

María Magdalena, la que *siempre oyó a Jesús,* la que desde su conversión jamás interrumpió el diálogo de corazón a corazón con Él, interceda para que tenga muchos imitadores en el oírlo hablando y en el oírlo callando, como si estuviera muerto...

CAPÍTULO V

SEGUNDA PETICIÓN:
VENGA A NOSOTROS TU REINO

[71] Avisos y Sentencias espirituales o Dichos de Luz y Amor, núm. 99

1003. -¿Qué pedimos diciendo: "Venga a nosotros tu reino"? [72].
-Que esté en nosotros por gracia y nos dé después su gloria.
Como la primera petición, esta segunda se refiere principalmente a la glorificación de Dios, y para que Dios sea alabado y tenido en reverencia por el hombre del mejor modo posible, se le pide que eleve al hombre al orden sobrenatural, a su gracia, y lo sostenga y haga crecer en ella.

El mejor modo de la santificación del nombre de Dios

1004. Entre la alabanza que dirige a Dios un alma en gracia suya y la que le puede dirigir otra sin ella, hay infinitamente más diferencia que la que hay entre el sonido de un pito de caña y los raudales de armonía de un órgano real.
Como que sólo la alabanza del alma en gracia es la que de verdad alaba y complace a Dios y la sola que puede invitar con autoridad, recoger con eficacia, consagrar y elevar hasta el trono de Dios la alabanza de todas las demás criaturas.
¿Por qué? Porque sólo el alma en gracia es la que alaba al Padre celestial en perfecta unión con el Hermano Mayor, Jesús, sacerdote sumo de la creación.
Únicamente viviendo en gracia de Dios podemos incluirnos con todo rigor de verdad y de justicia en el *nuestro* con que llamamos Padre al de Jesús y al de los demás hombres.
Estando el Padre celestial por su gracia en nosotros, no sólo le damos la mayor gloria y alabanza, sino que nos proporcionamos a nosotros mismos la mayor felicidad posible ahora en la tierra y después en el cielo eternamente.
San Pablo ha dicho: *"No consiste el reino de Dios en el comer ni en el beber, sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo"* [73].
Y el alma que disfruta de esos dones ¿no es el alma feliz con el vencimiento y el dominio de sus verdugos, que son las pasiones, y el dulce paladeo de la morada de Dios en ella?
¡Reino de Dios en las almas, reino de luz, de amor, de bien, de paz, de armonía, de gloria para Él y de suma felicidad nuestra, ven a nosotros!

Las fórmulas evangélicas

1005. ¡Y qué fórmulas tan expresivas y bellas presenta el Evangelio de esta petición del reino de Dios en nosotros!

1.º El reino de Dios por la gracia de la fe:

El Padre reina en la inteligencia de los hombres por la fe, que es el asentimiento a lo que Él ha revelado, no por la evidencia de su enseñanza, sino por la autoridad de Dios que revela y de su Iglesia que lo propone.
Asentir firmemente, sin vacilaciones y con decisión tan enérgica que de la enseñanza de la fe se haga regla suprema del vivir y que por defenderla se esté dispuesto hasta morir, ¡qué fuerte cimiento para el trono de Dios entre los hombres!
¡Qué bien se le pedía esta gracia de creer en aquella súplica que le hacían sus apóstoles!:
"Auméntanos la fe" [74].

[72] Mt 6,10

[73] Rm 15,17

[74] Lc. 17, 6.

¡Con qué gusto recibirán los oídos de Jesús Sacramentado esta súplica: Señor, creemos que Tú vives dentro de ese copón; pero aumenta nuestra fe, haciéndola cada vez más viva no sólo en tu real presencia, sino en tu acción callada, en tu influencia invisible, en tu misericordia sin fin, en tu incansable amor... ¡Aumenta la fe de nuestra vida y la vida de nuestra fe!

2.º El reino de Dios por la oración:

1006. En todo el orden sobrenatural no hay fuerza que más acelere y extienda el reino de Dios como la oración.

El Sacrificio y el sacerdocio, los dos grandes instrumentos de edificación, sostén y riqueza de ese reino, en cierto modo, Jesús su fundador, los dejó pendientes de la oración: *"Orad hermanos* -dicen los sacerdotes celebrantes-, *para que este Sacrificio mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre Todopoderoso"*. Decía el Maestro mirando desolado tanto rebaño de almas sin pastor que las enseñe a glorificar a Dios y a ser felices: "Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies" [75].

¡Qué poder tan decisivo ha puesto y reconocido Jesús en la oración!

¡Qué bella fórmula para pedir el don de saber y querer orar!

"Señor, enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos" [76].

Almas de perpetuas o frecuentes sequedades y frialdades en vuestro trato con Dios, de tedios, miedos y tristezas, que os enervan y aflojan, de desengaños y desalientos que os oscurecen, de rugidos y de rebeldías de fieras interiores que os empujan al mal, ¿por qué no os ponéis muchos, muchos ratos delante de un Sagrario, a decir como vuestro estado de ánimo os lo deje decir, pero con sinceridad: ¡Señor! ¡Si tú nos enseñaras a querer y a saber orar!? ¡Hermano mayor, enséñanos a tratar como hijos a nuestro Padre celestial!

¡Cuánta gloria subiría al cielo y cuántos bienes lloverían sobre la tierra!

3.º El reino de Dios en nosotros por el aprecio y estima de su gracia:

1007. ¡La gracia! Ese ser divino que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria, que trueca la ruin arcilla de nuestro ser natural en el rico oro del ser sobrenatural, esa virtud divina que da valor de obras y merecimientos de Dios a nuestras pobres obras, que hace de enemigos de Dios y amigos del demonio, amigos e hijos de Dios y enemigos formidables del demonio... ¡La gracia!

¡Cuánto vale y cuán poco se conoce y se estima!

¡Cuántas veces puede repetir Jesús desde su Sagrario fuente de todas las gracias, la queja que desde el brocal del pozo de Jacob dirigía a la pobre Samaritana: *"Si conocieras el don de Dios!"* [77]. En vez de pedirte Yo a ti agua, tú me pedirías el agua que salta hasta la vida eterna y que quien la bebe no padecerá sed de otras aguas ni de otros goces eternamente. "Señor, dame de esta agua y no tendré más sed..."

1008. Siempre que paso por las estrechas veredas de la sierra y oigo o veo esos hilitos de agua que de la oquedad de una piedra mana, mana día y noche sin que nadie, ni los hombres, ni las bestias, ni aun los pajarillos se detengan a mirarla y a pedirle un poco de frescura, me digo: Si esa fuentecilla tan generosa tuviera corazón, ¡cuánto sufriría de verse tan desairada...! Y al punto me acuerdo de otras fuentes perennes también, pero con corazón vivo e infinitamente más abundantes y ricas y saludables que la oculta de la peña, ¡los Sagrarios de Jesús!

---

[75] Mt 9,38

[76] Lc 11,1

[77] Jn 4,10

¡Cómo sentirá el delicadísimo Corazón de la Fuente divina de la gracia que tan pocos sedientos, tan ninguno a veces, vayan a decirle: *"Dame de esta agua para no tener más sed!"* [78].

Padre nuestro, a estos pobres sedientos de gozar, de dominar, de enriquecerse, apágales la sed con el agua de la gracia de tu Hijo.

4.º El reino de Dios por la caridad:

1009. El Padre celestial, como reina en las inteligencias por la fe, reina en el corazón de los hombres y de los pueblos por la caridad, que los impulsa a amarlo a Él sobre todas las cosas y al prójimo por Él.

¡Qué bellas fórmulas, para pedir caridad enseña el Evangelio! ¡Qué bella la profesión de amor a Dios de san Pedro: "Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que yo te amo!" [79]. ¡Y qué infinitamente bella la oración de Jesús a su Padre despidiéndose de sus apóstoles! "Pero no sólo ruego por éstos, sino por cuantos crean en Mí por su palabra, para que todos sean uno como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti" [80].

¡Que todos seamos uno! Es decir, que la obra de la caridad en la tierra sea hacer de los corazones de todos los hombres un solo corazón, y que de ese corazón gigantesco sea Rey absoluto el Padre que está en los cielos... ¡Qué hermoso reino!

5.º El reino de Dios por la Eucaristía:

1010. ¡El reino de Dios por la oblación, adoración, imitación y reparación de la Eucaristía! Y no digo por la recepción de la Eucaristía, destino principal de la carne sacrificada de Jesús después de la oblación, porque el pedir la Eucaristía como alimento del alma más pertenece a la cuarta petición que a esta segunda.

Si el Padre reina en las almas y en los pueblos por la fe iluminadora, la gracia elevadora y santificadora y la caridad unificadora y consumadora, ningún medio más eficaz, para conservar y aumentar ese reino, ningún procedimiento más completo como ese alabar, agradecer, satisfacer e impetrar al Padre, cada día y cada instante, desde los altares de la tierra, con la alabanza, la acción de gracias, la satisfacción y la impetración de la Carne y la Sangre sacrificada, de su propio Hijo, las más llenas, aceptas, perfectas y cabales que el Padre puede recibir. Ningún modo mejor de reinar el Padre que ese seguir nosotros acompañando al Hijo inmolado, al Dios hecho Cordero de Sacrificio que se queda a vivir en nuestros Sagrarios, con nuestra adoración perenne como a Dios escondido, nuestro vasallaje rendido de sentidos y potencias como a Rey de amor misericordioso, nuestra imitación constante de su silencio en el sacrificio como Hostia entregada y callada, y la reparación ahincada de nuestro amor y nuestra lealtad por tanto abandono y desprecio que como Dios, como Rey y como Hostia recibe en sus Sagrarios-Calvarios.

¿Qué virtud no se ejercita, qué gracia no se enriquece, qué fe no se aviva, qué caridad no se inflama y qué tierra no se hace cielo con ese vivir oliendo, aspirando, gustando, tocando los misterios Eucarísticos?

1011. ¡Qué cimientos tan sólidos de humildad, qué muros tan fuertes de obras buenas, qué cúpulas tan esbeltas de heroicidades de caridad, qué ornamentación tan rica y variada de toda clase de piedras preciosas de virtudes, qué olores tan finos de sacrificios callados, qué iluminaciones tan

---

[78] Jn 4,15

[79] Jn 21,17

[80] Jn 17,21

espléndidas de limpiezas y claridades de almas, qué músicas tan armoniosas de alabanzas y oraciones, qué aguas tan claras y fertilizantes de lágrimas de amor y de contrición tendrá el Palacio que para nuestro Dios Padre Rey levante ese trato íntimo, afectuoso, rendido, imitativo, transformador, perenne de los hombres con el Dios Hijo Cordero de nuestro altares y de nuestros Sagrarios!

1012. ¡Ah! Cómo delante de ese mundo de misteriosas atracciones y de inefables entregas que rodea a toda Hostia consagrada se siente la necesidad y el deber de arrebatar a los demonios la fórmula con que en el Evangelio trataron de quitar para siempre de la cabeza de Jesús la corona de Rey, gritando por las bocas de los fariseos: *"No queremos que éste reine sobre nosotros"* [81], y sustituir la negación sacrílega con una afirmación con toda la boca, con toda el alma, con todo el corazón y con todas las fuerzas:

¡QUEREMOS *que reine* sobre nosotros! ¡Padre nuestro, venga a nosotros tu reino por el reino eucarístico de tu Hijo!

6.º El reino de Dios por la bienaventuranza del cielo:

1013. La gracia de Dios es semilla de cielo: la bienaventuranza es la gracia convertida en cosecha de gloria.

En el cielo, sin tentaciones que pongan en peligro, sin seducciones que entibien, sin dolores ni tristezas que nublen, sin remordimientos ni manchas que turben, a pleno sol de visión de amor de Dios, ¡qué digna y justa y agradablemente será alabado y tenido en reverencia el Padre celestial!

Aquél es su reinado perfecto, inalterable, infinitamente glorioso, y aquéllos son sus vasallos de verdad, los leales para siempre, los hijos sin peligro de separarse jamás de su Padre.

¡Qué hermoso modo de pedir el reinado de Dios en nosotros, en la gloria, es la súplica del ladrón en la cruz a su ompañero de suplicio y a su hermano mayor Jesús!

"Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino" [82] y ¡qué bien nos vendrá en las tristezas y oscuridades del destierro, en las vacilaciones de la tentación, en los desmayos y desalientos de las caídas, en las separaciones dolorosas de los seres queridos, repetir con humildad confiada ante la puerta del Sagrario, que es a la vez puerta del cielo, la súplica del Calvario: Señor, acuérdate de nosotros y de los nuestros en el reino de nuestro Padre!

El reino de Dios buscado y encontrado por la oración de los Magos

1014. ¿Pero fueron hombres de oración esos gentiles? ¿Y hasta el punto de que puedan servir de modelo a los cristianos?

La afirmativa es tan contundente que, con los solos rasgos que nos da el santo Evangelio del viaje de estos felices Magos desde las tinieblas a Jesús, se demuestra que precisamente a su condición de hombres de oración debieron su felicidad.

No es preciso hacer violencia al texto sagrado para convencernos de que por *la oración* los Magos vieron la estrella, y por *la oración* conocieron, poseyeron y saborearon el misterio de la estrella.

Andemos con ellos su camino y veremos cómo el viaje del oriente a Belén de estos hombres es el viaje o la ascensión de unas almas desde los grados más bajos a los más altos de la oración; como que terminan nada menos que en la contemplación sobrenatural y mística de Dios.

Estudiemos principalmente: I. La parte que ponen ellos, y II. La parte del Espíritu Santo.

---

[81] Lc 19,14

[82] Lc 23,42

Cómo se preparan los Magos para el viaje que había de santificarlos e inmortalizarlos

Con una vida de *laboriosidad,* de *rectitud,* de *humildad* y de *constancia.*

1015. El Evangelio no lo dice abiertamente, pero lo insinúa. El nombre de Magos o sabios con que los presenta indica que eran hombres habitualmente dedicados al estudio de la naturaleza y, por consiguiente, *laboriosos;* el pretender ver en aquella estrella rara o extraordinaria una señal de Dios, un indicio de algo grande de Dios, prueba la *rectitud* con que estudiaban y trabajaban buscando a Dios en las manifestaciones de la naturaleza y en los acontecimientos de la vida; aquel no fiarse de ellos mismos e indagar de los que pudieran o debieran saberlo, el significado de aquella estrella y estar dispuestos de antemano a *adorar* el misterio encubierto por Dios en ella, cantan muy a las claras su *humildad* de corazón, y aquel ponerse en camino largo, penoso y, al parecer, aventurero, sin arredrarse de ocultaciones de la estrella ni de añagazas de envidiosos, predica su admirable *constancia* en el buen proceder. ¿Y no son éstas las mejores disposiciones para ser almas de oración?

1016. Almas que os afanáis por saber tratar a Jesús Sacramentado y gustar de Él, proveeos de estas disposiciones para vuestros viajes al interior del *País* de las divinas sorpresas: *laboriosidad,* cumpliendo vuestro deber y ocupándoos seriamente en vuestros trabajos de cada día; *rectitud,* tendiendo a buscar a vuestro Jesús en cada una de las ocupaciones de vuestro deber; *humildad,* para que, si no lo encontráis prontamente, preguntéis a quien os pueda dar noticia de Él, como al padre espiritual, al amigo discreto, al libro bueno, al ángel de vuestra guarda y a los santos vuestros intercesores, y *constancia* para no volver la cara atrás ni quitar la mano que pusisteis en el arado... ¡Aunque se empeñen el demonio, los nervios y las ocupaciones!...

1017. Almas *desocupadas* y consumidas en una estéril, cuando no viciosa, ociosidad; almas tan enamoradas de vosotras mismas, que en todo y en todos no os queda tiempo, ni fuerzas, ni ganas más que para buscaros a vosotras mismas; almas a las que nada se os ocurre preguntar, porque estáis creídas que todo lo sabéis y que nada ignoráis; almas lánguidas, flojas, tornátiles como veletas, asustadizas..., es decir, almas *sin provisiones* para el *viaje a Jesús* infinitamente laborioso, recto, humilde y constante, ¡así no podréis orar!

Podréis pasar ratos delante del Sagrario arrodilladas sobre cómodos reclinatorios: podrán las gentes, al veros en esa actitud, decir que estáis orando; pero vuestra imaginación, saltando y brincando de acá para allá como cigarrón; vuestro entendimiento y vuestra voluntad, ocupados, como siempre, en todo menos en buscar y hallar a Jesús; vuestra propia conciencia, si todavía se alarma, os están diciendo que aquello... no es oración.

¿Sabéis por qué?

¡Porque no habéis puesto la parte que os tocaba poner en ella! ¡Ved, si no, los primores de transformación, elevación y divinización que hace el Espíritu santo con la laboriosidad, rectitud, humildad y constancia de los Magos!

La parte del Espíritu Santo en la oración de los Magos

1018. ¡Qué espléndido se muestra siempre este Divino Operador del misterioso Laboratorio espiritual cuando se le busca para hacer una buena oración!

Diríase, hablando en lenguaje humano, que la obra predilecta de este misterioso alquimista y a la que se dedica con más gusto, es este preparado que se llama oración.

Y ¡qué variedad tan infinita y maravillosa de fórmulas y modos para propinar su preparado según la índole, las circunstancias, las dificultades y los efectos deseados de los sometidos a su tratamiento!

Espíritu santificador, ¡quién conociera esas tus inefables elaboraciones para agradecerlas y desagraviarte de tantas faltas de correspondencia!

1019. El Espíritu del Señor, que adornó los cielos con esos bellos luminares que se llaman soles y estrellas, se valió de una de éstas para elevar a alturas infinitamente más elevadas a tres almas.

¿Fue una estrella nueva creada en aquel instante y para aquel caso? Fue solamente una estrella de nuevo aparecida o con especiales resplandores iluminada?

No nos importa saberlo.

Lo que nos importa considerar es que en aquella estrella puso el Espíritu santo una señal que, entrando por los ojos de muchos, de todos los que la contemplaran, despertara en sus inteligencias la curiosidad de descifrarla y conocerla, y en sus voluntades el deseo de poseerla.

Ved aquí al Espíritu santo obrando simultáneamente sobre la estrella y sobre las cabezas y los corazones de multitud de hombres para hacer siembra de curiosidades y deseos del misterio de la estrella.

Como ésta debió ser vista y admirada por muchos, las inquietudes de aquellas curiosidades y deseos por muchos también debieron ser sentidas.

1020. ¡Qué pena! ¡Qué tristeza producen siempre las siembras de Dios entre los hombres! ¡Qué desconsoladora desproporción entre la cosecha y la siembra!

Sólo tres de entre los miles de admiradores de la estrella se someten al misterioso tratamiento del Espíritu.

¡Sólo tres admiten y aceptan el diálogo que con todos y por aquel medio quería establecer el Dios escondido en la estrella del cielo y en el pesebre de Belén!

Y ese diálogo que entre el escondido de la estrella y esos tres afortunados se entabla es precisamente una oración.

El modo de esta oración

1021. Oración que por parte de los de la tierra es petición de luz y promesa de adoración y entrega... "Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarle" [83], es la única palabra de su oración...; hemos visto y queremos ver más..., verlo todo..., y venimos para entregarnos del todo..., para adorar al Rey escondido con todo lo nuestro..., conocer para amar..., conocer mejor..., amar mejor para darse más y mejor... Y por parte del Espíritu Santo es infusión gradual y creciente de fuerzas para decidirse a levantarse de entre las tinieblas en que yacían, para emprender y seguir hasta el fin y con certeza el camino que lleva a la luz y para ver por último con ojos nuevos la luz tan ardientemente buscada, y con corazón nuevo amarla, y con obras nuevas servirla, y con rendimiento nuevo y entero adorarla, y con paladar nuevo embriagarse de ella...

1022. ¡Qué! ¿el encontrar a Jesús con su Madre, el descubrir en aquel Niño, el más pobre y abandonado de los hijos de los hombres, a un Dios Rey, y en aquella Madre pobre a una Reina, y en aquella cueva un alcázar, y en aquel pesebre un trono, es visión de ojos de carne?

¿El postrarse de hinojos, el ofrecer con ricos presentes la adoración más rendida y la entrega de entendimiento y voluntad, de bienes, de honor y de fortuna y de la vida entera, es obra u ofrenda de corazones de carne vieja pecadora?

¿El llegar en tan poco tiempo a tanta efusiva familiaridad con la corte de aquel Rey, que elevados personajes de ella, como son los ángeles, sustituyendo a la estrella fría y muda que los trajo, se hacen sus guías para el viaje de regreso, es obra de habilidades y granjerías terrenas?

[83] Mt 2,2

No, no; todo eso es la obra del Espíritu renovador de la faz de la tierra, del que creará tierra y cielos nuevos y ojos, bocas, cabezas y corazones nuevos para homenaje, glorificación y reparación del Rey escondido del Sagrario y santificación, deificación y gozo sin fin ni medida de los que lo busquen y traten en oración preparada con laboriosidad, rectitud, humildad y constancia como la de aquellos Magos que vinieron del oriente.

El fruto de la oración

1023. Y más que fruto, podría decir: manifestación del fruto de tan buena oración.

Admirablemente está hecha esa manifestación en las palabras con que termina el evangelista la narración de esta escena: *"Se volvieron a su tierra por otro camino"* [84].

¡Qué buen sello de oración buena! ¡El cambio de caminos!...

Almas que vais a hablar muchas veces con Jesús Sacramentado, ¿son vuestros caminos de vuelta de más pureza de intención, de más bondad de corazón, de más puntualidad en el deber, de más generosidad con Dios y con el prójimo, de más vencimiento propio que el camino de ida?... ¿Se conocen vuestros ratos de Sagrario en que salís *más vasallos* del Rey callado y entregado, entregándoos más en silencio y con más buena cara?...

CAPÍTULO VI

TERCERA PETICIÓN: HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

1024. -¿Qué pedimos diciendo "hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo?" [85].

-Que la hagan los hombres entera y prontamente como los ángeles.

En esa respuesta del Catecismo se muestra muy a las claras no sólo el significado de esta tercera petición, sino su relación con la primera, que, según dije, es la petición fundamental, esencial, la madre a la que están subordinadas y condicionadas las demás, como hijas y súbditas.

Así como pedimos en la segunda petición el reino de Dios en nosotros por su gracia ahora, y después por su gloria, para que santifiquemos su nombre *más a gusto de él*, o sea sobrenaturalmente, ahora, en la tercera pedimos el cumplimiento pronto y entero de su voluntad como los ángeles del cielo para que santifiquemos su nombre y le demos la mayor gloria con *más seguridad.*

El camino más seguro para santificar el nombre de Dios

1025. Esto es, que si en la segunda petición pedimos el *mejor modo* de glorificar al Padre celestial, o sea, viviendo en gracia, en la tercera pedimos el *camino más seguro* para llegar a ese fin, o sea, cumpliendo su santa voluntad.

¡Qué bellas fórmulas para hacer esta petición nos regala el Evangelio!

1.º Quiero poner en primer lugar lo que pudiéramos llamar la fórmula divina, la enseñada y usada por el mismo Maestro divino.

[84] Mt 2,12

[85] Mt 6,10

En las circunstancias más difíciles de su vida mortal, en la ocasión en que la voluntad de su Padre le exigía vencer más dolores y repugnancias, desfallecido el cuerpo de horror y dolor y entristecida el alma con tristezas y angustias de agonía, los secos labios de Jesús se abren para decir a su Padre: "Si es posible, pase de Mí este cáliz mas no se haga mi voluntad, sino la tuya" [86].

¡Qué distintamente se señalan en esa oración los dos caminos: el de la voluntad humana y el de la voluntad divina!, y ¡qué pronto y enteramente se deja el primero para seguir sólo el segundo!

¡Qué hermosa fórmula para orar en las grandes colisiones entre el espíritu y la carne, entre el deber y la pasión, entre el gusto de Dios y el gusto nuestro!

¡Hágase tu voluntad, no la mía!

1026. 2.º Otra bella fórmula enseñada con su palabra y con su ejemplo por la augusta Madre de Jesús.

Se le pide en nombre de Dios el consentimiento para ser Madre de Dios...

Con intuición sobrenatural ha penetrado en un momento todo lo que sobre lo que Ella llamaba su pequeñez iba a pesar de grandeza y de dolores, y con corazón de reina de mártires ha respondido:

"He aquí la esclava del Señor: *hágase* en mí según tu palabra" [87].

Detengámonos un instante, no más, ante esos dos *"hágase"* del Hijo aceptando su Pasión y de la Madre consintiendo en la Encarnación del Verbo en sus entrañas...

Para comprender todo el valor de esa palabra de aceptación de la voluntad divina haría falta comprender toda la gloria que a Dios y toda la felicidad que al hombre han dado, dan y darán la Encarnación y la Redención, y todo el dolor que sobre el Corazón del Hijo y de la Madre han traído.

1027. 3.º "Señor, si quieres, puedes limpiarme", exclamó ante Jesús un pobre leproso [88].

¡Cuánta fe en el poder, cuánta confianza en la misericordia y cuánta conformidad con el querer de Dios encierra esa palabra!

¡Ah, si las repitiéramos ante las puertecitas del Sagrario con la misma fe, confianza y conformidad que el leproso, cómo sentiríamos caer sobre la lepra de nuestros pecados, penas y enfermedades el "quiero, sé limpio" [89] de la misericordia omnipotente que allí palpita!

1028. 4.º ¡Qué buena palabra para salir de las indecisiones y perplejidades del espíritu, para vencer las seducciones e insinuaciones del espíritu malo, para las vacilaciones y debilidades del corazón, la palabra del fariseo, a quien dijo Jesús: "Simón, tengo algo que decirte"!

"Maestro, di" [90].

¡Con qué gusto aceptaría Jesús nuestra invitación y nos descubriría el camino trazado por la voluntad de su Padre, si nos pusiéramos a oír en su Sagrario lo que en aquella hora, en aquel apuro, en aquella ansiedad, quiera Él de nosotros!

1029. 5.º ¡Qué energía da al alma su confianza ciega y sin titubeos en no querer hacer más que la voluntad de Dios! ¡Qué valiente aparece san Pedro cuando en la noche de la tempestad pide a Jesús, que se aparece fuera de la nave:

"¡Mándame ir a Ti sobre las aguas!" [91].

---

86 Mt. 26, 39.

87 Lc 1,38

88 Mt 8,2

89 Mt. 8, 3.

90 Lc 7,40

91 Mt 14,28

Sobre agua y sobre fuego y por encima de todos los obstáculos anda el que cuenta con que hace la voluntad de Dios.

6.º ¡Qué paz, qué alegría y qué seguridad para el alma que pueda decir después de la obra de cada día y al fin de todos sus días ante el Jesús del Sagrario la palabra con que Él mismo terminaba su gran Obra, la Redención: "Padre, he consumado la obra que me mandaste hacer" [92]

7.º ¡Qué bien expresa el fruto de las tres principales peticiones del Padrenuestro la oración de los ángeles ante Jesús recién nacido: "¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!".

1030. *Gloria a Dios* por la alabanza y reverencia de su nombre, por el advenimiento de su reinado entre los hombres y por el cumplimiento fiel de su voluntad, y como resultado necesario, como fruto espontáneo de esa gloria la *paz* en la tierra, la *única paz* posible a los hombres que con buena voluntad oran y trabajan porque el nombre de Dios sea santificado, venga y crezca su reino y se cumpla su voluntad en la tierra como en el cielo.

¡Felices y seguros los que con la santa fundadora de la Visitación digan sinceramente con su palabra, con su corazón y con sus obras: "Señor, hágase en mí tu voluntad hoy y mañana, sin si y sin pero...!".

Así: tu voluntad pronta y enteramente como los ángeles en el cielo...

Cómo cumplen la voluntad divina, con su oración, los pastores

"Estaban velando en aquellos contornos unos pastores, y haciendo centinela de noche sobre su grey. Cuando de improviso un ángel del Señor apareció junto a ellos, y cercolos con su resplandor una luz divina, lo cual los llenó de sumo temor. Díjoles entonces el ángel: No tenéis que temer, pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo. Y es que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo o *Mesías,* el Señor *nuestro.* Y sírvaos de seña que hallaréis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando a Dios y diciendo: Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Luego que los ángeles se apartaron de ellos y volaron al cielo, los pastores se decían unos a otros: Vamos hacia Belén, y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado. Vinieron, pues, a toda prisa, y hallaron a María, a José y al Niño reclinado en el pesebre. Y viéndole, conocieron la verdad de cuanto se les había dicho de este Niño. Y todos los que supieron el suceso se maravillaron igualmente de lo que los pastores les habían contado.

María, empero, conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón.

En fin, los pastores se volvieron, no cesando de alabar y glorificar a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, según se les había anunciado *por el ángel"* [93].

1031. ¡Tiene tanto que admirar y que imitar esta oración de los humildes pastores de Belén! Estudiémosla con orden y claridad, comentando la narración del texto.

Preparación remota

"Y los pastores de aquella región velaban y guardaban sus rebaños..."

Aquí está ya la palabra que tantas veces ha de pronunciar el Maestro recomendando e inculcando la oración y el modo de hacerla: *Velad,* dirá muchas veces el Maestro, y *velando* a pesar del frío de

---

92 Jn 17,4

93 Lc 2,8-20

la noche y de la fatiga del día están estos primeros y privilegiados adoradores de su Humanidad santísima.

Los dormilones, los tibios, los perezosos, los desertores cobardes de su deber, los descuidados y disipados, ésos ¡que no esperen ángeles, ni claridades, ni armonías de cielo, ni trato cariñoso, ni predilecciones de Jesús!

En cambio, los vigilantes, los que están atentos en paz y sin murmuraciones al cumplimiento de su deber, porque allí los quiere Dios; los siempre pastores y nunca mercaderes, los siempre alerta sobre sus pasiones, ésos, ¡que esperen la audiencia de Dios! Él los llamará y les hablará como a íntimos.

¡Qué enseñanza tan consoladora!

1032. Las primeras caricias de Jesús en la tierra no fueron para los holgazanes del placer y de las riquezas, sino para los vigilantes cumplidores de su deber.

¡Qué buena preparación remota para hacer buena oración con Dios, estar habitualmente vigilante sobre sí y sobre el deber de cada día y cada hora!

Preparación próxima

Los pastores han visto claridades de Dios, han oído la buena nueva que les da un ángel y los cánticos de gloria y de paz, y pasando de un gran pavor a un gran gozo, han exclamado valientemente: "¡Vamos a Belén! ¡Y pronto!"

Esta pronta docilidad en oír, creer y ejecutar lo que desde el cielo se les dice, ¡qué buena preparación para una oración fructuosa!

La oración de los pastores

1033. Es una oración de ver, sentir y callar.

"Viendo -dice el Evangelio-, conocieron la verdad de lo que se les había dicho".

Vieron a María y a José y al Niño, puesto en el pesebre... Y de tal modo la gracia del Espíritu santo reforzó la mirada sencilla de aquellos humildes pastores, que viendo aquel cuadro de pobreza, indefensión y abandono nunca visto, *conocieron...*, ¿qué? En el Infante envuelto en míseros pañales, a un Dios Rey puesto sobre un trono; en la joven obrera, a la augusta Madre de Dios y Reina de cielos y tierra, y en el sobrecogido carpintero, al más feliz y afortunado mortal...

Conocieron las dulzuras de las miradas que se atravesaban entre aquellos ojos, las suavidades de las lágrimas que allí se derramaban, la solemnidad y el misterio del silencio que allí reinaba, el valor inmenso del establo, de los pañales y pajas...

Conocieron el misterio escondido de los siglos de la redención por el dolor, de la salvación de todos por la Cruz y por la intercesión de María...

E inundados de gozo en el atrio de aquel mundo de luz, de paz y de amor, allí se estaban embebecidos y silenciosos...

1034. De los Magos dice el Evangelio que adoraron ofreciendo ricos dones; de los ángeles, que adoraron derramando armonías y claridades en las cercanías del portal; de los pastores no dice más sino que adoraron, contando lo que les había anunciado el ángel y que vieron y conocieron...

oración de ver, oír, conocer y callar, ¡qué buena oración es!

Silencio de la humildad que admira y cree, agradece y goza, se olvida de sí y se entrega sin condiciones, ¡qué obsequio tan rico y estimado y qué armonía tan grata para los ojos y los oídos de Jesús!

Propósito

"Y volvieron a sus rebaños los pastores glorificando y alabando a Dios en todas las cosas que habían oído y visto según se les había anunciado".

¡Qué bien se les conocería de dónde venían y lo que acababan de hacer!

Y porque venían de orar ante Jesús, no tenían más palabras ni más acción que la alabanza y la gloria de Jesús...

... ...

1035. Ante este regreso, *tan lleno de Dios,* de los pastores, una idea triste cruza por mi mente, ¿son muchas las almas que hacen oración todos los días?

¡Dios mío, Dios mío! Cuando veo a tantos cristianos que dicen que oran, o deben orar, volver de su Sagrario tan vacíos de Ti y tan llenos de sí; cuando oigo hablar tan poco de Jesús *conocido* y *paladeado* en la oración ante el Sagrario, me dan muchas ganas de preguntar llorando; pero ¿en dónde están los que oran? Al ver tan pocos *volver, glorificando y alabando a Dios* [94], ¿no será porque son pocos también los que de verdad *vinieron con presteza?* [95]. ¡No se ora como Dios quiere!

Cómo hacían la voluntad de Dios los niños con su oración

1036. Quiero ante todo salir al encuentro de una pregunta que, envuelta en un gesto de extrañeza puede suscitar el título:

Pero ¿consta en el Evangelio que los niños oraran y hasta el modo como oraban?

A probar la respuesta afirmativa de esa pregunta se enderezan estos renglones.

Los niños oraban ante Jesús

Como escribí al principio de estas consideraciones sobre la oración ante Jesús en el Evangelio y en el Sagrario, la oración no es más que una petición hecha en una conversación afectuosa, de corazón a corazón, a Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; o, más simplemente: es hablar con Jesús con fe viva de que nos oye y confianza de hijos de que nos quiere remediar, de nuestras necesidades y deseos, de nuestras penas y alegrías.

Entendida así la oración, podemos afirmar que todo el que en el Evangelio habló con Jesús con buena voluntad oraba de algún modo.

Pregunto ahora: ¿Oraban los niños cuando rodeaban a Jesús y cuenta que, según el Evangelio, apenas se separaban de Él?

¿Quién puede dudarlo?

¿Quién puede negar que en aquel acercarse los niños a Él y en aquel no dejarle dar un paso sin verse envuelto por muchedumbres de ellos había simpatía, cariño, atracción irresistible y, si cabe decirlo así, embobamiento por parte de los niños con respecto a aquel Jesús siempre bueno, siempre dulce, siempre atrayente y acariciador, jamás duro, si no era contra los que trataban de separar los niños de su lado?

---

[94] Lc 2,20

[95] Lc 2,16

1037. Sin duda ninguna, y sin que los mismos afortunados compañeritos de Jesús se dieran cuenta, la palabra que definía todo lo que hacían, decían, sentían y hasta alborotaban en torno de El era ésta: oración, y oración por cierto de la más grata y fecunda.

Si de estas cosas hubieran entendido, al dejar sus juegos para irse con Jesús, que pasaba, podían haber dicho con toda verdad: "Vamos a orar".

Pues ¡qué! Si la oración es hablar con Jesús, ¿no lo acosarían ellos con preguntas y más preguntas, y con contarle las peripecias de sus juegos, las dificultades de sus estudios, las penas de sus hogares y los menudos contratiempos de sus vidas?

1038. Si oración es hablar con el alma henchida de fe y rebosando confianza, ¿no iban aquellas almitas buenas hirviendo en entusiasmo y seguridad de que su Nazareno era el más rico, poderoso y bueno de todos los hombres?

Si oración es pedir al Corazón más bueno de todos los corazones con seguridad de obtener, y los niños tienen tan desarrollado el sentido de darse pronto cuenta de quién los quiere, ¿cómo no habrían de conocer rápidamente y aprovechar el flaco de Jesús, que es su Corazón, y su Corazón precisamente queriendo a los pequeñuelos?

Si, por último, la oración une y pega al alma con Jesús, ¿qué más unido y pegado a Jesús que el niño sentado sobre sus rodillas y recibiendo besos de su boca o propuesto por modelo a los que quieran entrar en el reino de los cielos?

Sí, digamos una vez más, para consuelo y aliento de las almas que por sentirse flacas y menudas temen no acertar a hacer buena oración: ¡los pequeñuelos del Evangelio, los golfillos de la calle supieron orar ante Jesús de Nazaret! ¿Por qué vosotras, almas de niño o más débiles que niños, no vais a saber lo mismo ante Jesús Sacramentado?

Cómo oraban los niños

1039. Los niños que seguían y rodeaban a Jesús por las calles y las plazas de Palestina eran a su modo *almas de oración.*

¿Que cómo oraban?

Es la pregunta que quiero responderos también para consuelo y levantamiento de las almas pequeñuelas.

Ante todo respondo a esta pregunta:

¿Cómo oraban los niños en el Evangelio?

Pues a *lo niño.*

Entre los atributos que yo reverencio, alabo y agradezco en nuestro Padre Dios, está, aunque no lo registren los teólogos, el de lo *considerado* que es con sus hijos. ¡Dios es un Padre *muy considerado!*

Y lo es no sólo porque no pide nunca a nadie lo que no puede dar, sino porque se hace cargo, como nadie, de lo que cada cual puede darle según las circunstancias.

1040. Ha mandado Dios por medio de su Hijo que oremos todos y siempre. ¿Cómo? Como cada cual pueda: el santo, a lo santo; el pecador, a lo pecador; el sabio, a lo sabio; el niño, a lo niño.

¡Y qué bien entienden así a Dios los pequeñuelos!

Me contaba un padre ejemplar que su esposa, digna compañera suya, sorprendió a una hijita suya de tres años jugando a la pelota delante del altar de la Inmaculada, ante el que hace su oración cotidiana toda la familia.

Pregúntale extrañada la madre cómo se atrevía a estar así en aquel lugar, y la chiquilla, o, mejor, su ángel por su boca, le responde con candorosa seguridad: "Sí, mamá; *le estaba jugando* aquí a la Virgen".

Aquella angelical criatura pudo muy bien poner, en vez de la palabra *jugando,* esta otra: *orando...*

Aquella niña oraba *a lo niño.*

Pues así oraban los niños ante Jesús.
El santo Evangelio nos ha dejado muestra de algunos de aquellos modos.
Según el sagrado libro, los niños acompañaban a Jesús unas veces

Cantando

1041. ¡Y qué cantos tan inspirados y oportunos!
Inspirados, porque cantaban su gloria de Rey, de Salvador y de Dios.
¿No significaba todo eso aquel "¡Hosanna al que viene en nombre de Dios!" [96], cantado repetidas veces en los caminos de entrada a Jerusalén y en el mismo templo?
Y oportunos, porque siempre venían a reparar y suplir cobardías de discípulos *prudentes,* y odios, envidias y calumnias de enemigos que bien se dolían de tales alabanzas.
Otras veces hacían su oración

Siguiéndolo

y siguiéndolo a todas partes, sin dejarlo por cansancio, por hambre, ni por empujones ni denuestos de las personas mayores, incluso de los apóstoles; y al seguirlo tan de cerca tenían que ver, entre curiosos y espantados, sus milagros; oyendo, aunque no las entendieran, sus palabras; recibiendo sus miradas, sus caricias y el perfume de sus ejemplos y de su vida.
¡Qué hermosa manera de orar!
También insinúa el Evangelio otro modo de orar, que bien puede ser a la vez el fruto de la oración.

Preparando los caminos de Jesús

1042. ¿No son niños muchos de los que cortan flores y ramas para tapizar el camino por donde había de entrar triunfante Jesús el Domingo de Ramos? ¿No son ellos los que con sus aglomeraciones y comentarios a gritos y saltos de alegría anuncian a la populosa ciudad que Jesús viene, y los que levantan a amigos, a curiosos y a enemigos para que acudan a hacerle triunfal cortejo? ¿No serían ellos los que saldrían a las afueras de los pueblos y a las encrucijadas de los caminos ante el primer rumor o asomo de que se acercaba el divino Nazareno, y los que por sus exclamaciones y griterías anunciaban, como heraldos de Jesús, la proximidad o la noticia de su llegada?

1043. ¡Qué bien supieron orar los niños!
Rojos de ira y heridos de rabia por los cánticos de los niños en el templo, pedían un día al Maestro sus enemigos, los fariseos y escribas, que los mandara callar.
Jesús, bañando en una mirada de gratitud a sus pequeños defensores y poniendo en su palabra la seria solemnidad de un juez, les responde: "¿No habéis oído que de los labios de los pequeñuelos recibe Dios sus mejores y más gratas alabanzas?" [97].
La oración de los niños del Evangelio recibe entonces la más expresiva y efusiva de las aprobaciones.
Jesús abreviado de mi Sagrario, tú que me mandas hacerme como niño para alcanzar tu reino, enséñame a obedecerte orando ante Ti como niño.

---

[96] Jn 12,13; Mt 21,9

[97] Mt 21,16

CAPÍTULO VII

CUARTA PETICIÓN: DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA

Primer obstáculo de la santificación del nombre de Dios: las preocupaciones de la vida presente

1044. ¿Qué pedimos diciendo "el pan nuestro de cada día dánosle hoy?" [98].
-Todo lo que es sustento necesario de cuerpo y alma.
-¿Por qué le pedimos para hoy limitadamente?
-Por quedar necesitados a pedir lo mismo mañana.
¡Qué claramente se ve que el autor de esta cuarta petición es el mismo de aquella gran revelación del Evangelio: Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura!...[99].
"¡Sabe vuestro Padre lo que necesitáis!" [100].
Pedir a nuestro Padre celestial el sustento necesario de cuerpo y alma sólo para hoy, despreocupándonos de los agobios del ayer y de las inquietudes del mañana, y contar con que, haciendo nosotros lo nuestro, esto es, buscar su gloria y procurar que reine en nuestras almas por su gracia, no nos ha de faltar ese sustento de hoy, ¿no es, a más del remedio de nuestras necesidades del alma y del cuerpo, un gran modo de glorificar a Dios, de santificar el nombre de Dios? No olvidemos que el autor del Padrenuestro y, como tal, el remediador de todas nuestras aflicciones y pobrezas es, a la par, el glorificador por excelencia del Padre celestial, y por eso, pidiendo, creyendo, obedeciendo lo que Él enseña, aparte de nuestra felicidad y santificación, primeramente obtenemos la glorificación de Dios.

1045. Esa necesidad de pedir también mañana en que nos pone el no pedir más que para hoy, ¡qué poderosamente ayuda a buscar, aun en las penas y miserias de cada día que ante todo sea el Padre celestial glorificado por nuestra confianza y abandono en su amorosa Providencia!
Ved qué bien enseñan esta doctrina las fórmulas del Evangelio:
1.º Quiero presentar en primer lugar la usada por nuestra Madre y Maestra, la Virgen Inmaculada: "No tienen vino", [101] dice confiada y confiadamente a su Hijo y a su Dios en las bodas de Caná.
No importa que su Hijo y su Dios haya parecido que rehusa atender la petición a los criados: "Haced lo que os diga Jesús" [102].
¿No es el secreto de obtener ciertamente el pan y el vino y el remedio del cuerpo y del alma de cada día, hacer cada día *lo que dice Jesús?* ¿Cuándo acabaremos de aprender esa eficaz manera de ganarnos nuestro pan y el remedio de todas nuestras pobrezas de alma y cuerpo?

---

[98] Lc 11,3

[99] Mt 6,32

[100] Mt 6,33

[101] Jn 2,3

[102] Jn 2,5

1046. Si en vez del afanoso y angustioso modo de buscar el pan, como si no tuviésemos Padre en los cielos y sólo nuestras manos y sudores hubieran de proporcionárnoslo; si en lugar de ese ambicioso atesorar riquezas (¡cuántas veces a costa de la justicia que debemos a nuestros prójimos y de la santificación de los días del Señor, y hasta de nuestra propia paz y salud!); si en vez de esos *malos modos* de buscar el pan nuestro pusiéramos el cumplimiento eficaz de lo que Jesús nos manda por medio de los deberes de nuestro estado o de la voz de nuestros superiores, junto con la petición confiada, sin vacilación ni ansiedad, a nuestro Padre que está en los cielos del pan nuestro de cada día, ¡qué bien y qué claramente brillaría sobre nosotros y sobre nuestros hogares la apacible y generosa Providencia de nuestro Padre, acudiendo en nuestro auxilio hasta por medio de milagros, si precisos fuesen!

1047. 2.º Admirablemente expresa ese unir la plegaria confiada y el trabajo en paz para obtener el sustento de cada día aquella palabra de san Pedro: *"Señor, en tu nombre echaré la red"* [103].

¡Qué bien se armonizan en esta petición las dos condiciones para obtener el pan: el trabajo propio y la confianza en Dios!

Había trabajado toda una noche *solo*, es decir, contando con sus solas fuerzas y, a pesar de los esfuerzos y trajines de toda una noche de remar y echar las redes en todas las direcciones, *¡nada hemos cogido!* [104].

Pero ahora, ante la vista de Jesús y obedeciendo sus mandatos, va a cambiar de procedimiento; ya no va a trabajar solo, sino en compañía de su Jesús, *en tu nombre*, contando contigo echaré la red. ¿El fruto? ¡Una pesca prodigiosa!

1048. 3.º Otra prueba terminante de que, para darnos el pan de cada día, sólo espera nuestro Padre el que, ante todo, lo busquemos a Él, le demos gusto; cuando esta condición se pone, aun sin pedírselo, da lo que necesitamos para el sustento del alma como del cuerpo.

No encuentro en el Evangelio que nadie pidiera a Jesús pan; de tantos mendigos y suplicantes ni uno solo se lee que se le acercara para pedir la comida. Jesús, sin embargo, ha obrado dos milagrosas multiplicaciones de alimentos para saciar hambres de miles de hambrientos.

¿Le pidió alguno de éstos el milagro? No. ¿Llegó a sus oídos acaso alguna queja, algún bostezo del hambre de dos o tres días que padecían? No.

Según el santo Evangelio, aquella muchedumbre no puso más condición para obtener el milagro que *seguir perseverantemente a Jesús*, no para obtener pan, sino para oír su palabra y estar con Él... Lo demás lo ha hecho la misericordia del Corazón de Jesús. "Tengo compasión de la muchedumbre" [105].

1049. 4.º ¡Singular contraste! Jesús, tan condescendiente en dar el pan del cuerpo aun sin pedírselo, se muestra solícitamente riguroso en no dar el Pan del alma, su Eucaristía, sino a los que lo desean, tienen hambre de Él y con instancias se lo piden. La primera vez que anuncia *su Pan*, que es Él mismo, dado en comida, provoca asombro, horror y huidas en la mayor parte de los que le oyen. ¡No se inmuta! Antes impele a los que quedan a su lado a que se pronuncien explícitamente si quieren o no su Eucaristía.

¡Qué bella confesión de *hambre de Jesús* profiere san Pedro!...

"¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" [106].

---

[103] Lc 5,5

[104] Ibi.

[105] Mc 8,2

[106] Jn 6,68

¡Y cuántas veces en el decurso de la vida pública, Jesús aprovechará las circunstancias propicias que se le presenten, como la multiplicación milagrosa de los panes en el desierto, el recuerdo que le suscitan los judíos del maná, los preparativos de las ceremonias de la Pascua, los anhelos de felicidad y de vida eterna que adivinaba en las almas de los que le rodeaban y los últimos encargos de su partida al Padre, todo lo aprovechará para promulgar su Eucaristía y excitar hambres de ella!

1050. El capítulo sexto del Evangelio, según san Juan, ¡qué firme comprobación de este primordial empeño de Jesús de dar de comer *su Pan* haciéndolo desear!

"En verdad, en verdad os digo: Moisés no os dio pan del cielo; mi Padre es quien da a vosotros el verdadero pan del cielo. Porque pan de Dios es aquel que ha descendido del cielo y que da la vida al mundo. Dijéronle ellos: Señor, danos siempre ese pan" [107].

¡Y hay tan pocos hambrientos de ese Pan! ¡Cunde tanto entre los cristianos la *inapetencia* espiritual! Aun entre los que comen ese Pan de vida diariamente, se pide, se desea, se apetece tan poco! No hay que extrañar que se cumpla la palabra del apóstol san Pablo:

"Por eso hay entre vosotros tantos enfermos, tantos sin fuerzas, tantos que mueren" [108].

... ...

1051. ¡Madre Inmaculada, que no quieres que muera de hambre ningún hijo tuyo, que no nos falte el pan corporal de cada día dando gusto a tu Jesús, ni el deseo de la Eucaristía diaria para que no nos falte el alimento y la vida del alma!

CAPÍTULO VIII

QUINTA PETICIÓN: PERDONA NUESTRAS OFENSAS, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN

1052. Nada más opuesto a la glorificación de Dios y a la felicidad del hombre como el pecado.

En esta petición enseñó el Maestro a destruirlo y a sacar del alma sus frutos y raíces.

El gran obstáculo: el pecado

El "perdónanos nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden" [109] equivale a aquel "mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros como Yo os he amado" [110], puesto ya en práctica.

Perdonar ofensas ¿no es amar? Por eso es lo mismo el *mandamiento nuevo* de amarnos como Él nos amó que esta *petición* verdaderamente nueva de perdonarnos para que Él nos perdone, y de que nos perdone y ame Él en la medida que nosotros perdonemos y amemos a nuestros ofensores.

---

107 Jn 6,32-34

108 1 Cor 11,30

109 Mt 6,12

110 Jn. 13, 34.

Aquel *mandamiento nuevo* como esta *petición nueva* son la síntesis y la característica de toda la moral cristiana y la condición esencial de todo el culto católico. ¡Sólo un Dios de poder tan grande como su misericordia podía componer y sugerir esta maravillosa petición!

1053. Siguiendo el camino trazado en el mandamiento y en la petición del amor y del perdón fraternos se llega desde el abismo más hondo en que el pecado nos ha sumergido hasta la unión más perfecta, la imitación más fiel, la alabanza más grata y la complacencia y glorificación más acepta del Padre celestial.

Recorrer ese camino es cumplir toda la ley y ofrecer a Dios el culto que se le debe y que le gusta.

Las gradas de esa escala, porque es camino ciertamente cuesta arriba, que comienza en nuestras miserias y pecados y llega hasta la contemplación de Dios, las señalan nuestros grados de amor al prójimo, singularmente al enemigo: ausencia de odio y de deseo de venganza, señales positivas de benevolencia, como el saludo, la conversación, la buena cara, la oración por él, el beneficio oculto en su favor y hasta la alegría de que nos haya ofendido y la gratitud por la ofensa y ¡más aún! hasta la ofrenda de la vida propia por el enemigo...

1054. ¡Qué escala más empinada y escabrosa!

Por ahí subió en su vida mortal y sube en su vida eucarística el Maestro. ¡Hasta ahí llegó y llega! Cada paso de esos que damos hacia nuestro enemigo, podemos estar ciertos que son gradas que subimos en la escala de nuestra ascensión y unión a Dios. No necesitamos más pruebas que la palabra divina empeñada en el mandamiento nuevo y en la petición nueva.

Ese Jesús que manda obrar y orar así es el mismo Dios remunerador, el que levanta del pecado y el que eleva y premia, y, por tanto, si nos dice que pidamos perdón, perdonando nosotros, es porque podemos esperar seguros la correspondencia entre el perdón y el amor nuestro a nuestro enemigo y el perdón y el amor de Él a nosotros.

1055. san Pablo afirmó: El amor es la perfección y la plenitud de la ley. El mismo Maestro dijo qué culto quiere recibir su Padre: "Por tanto, si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano y después volverás a presentar tu ofrenda" [111].

Sin amor de hermanos no hay moral cristiana, sin perdón de enemigos no hay culto cristiano.

¡Qué bien enseña esta doctrina la Maestra santa Teresa de Jesús! "Mas, ¡qué estimado debe ser este amarnos unos a otros del Señor! Pues pudiera el buen Jesús ponerle delante otras cosas, y decir: perdónanos, Señor, porque hacemos mucha penitencia, o porque rezamos mucho, y ayunamos, y lo hemos dejado todo por Vos, y os amamos mucho; y no dijo porque perderíamos la vida por Vos, y, como digo, otras cosas que pudiera decir, sino sólo porque perdonamos..." [112].

1056. ¡Oh amor al prójimo y perdón del enemigo! ¡Tú eres la llave del cielo y de todos los tesoros del Corazón de Dios! ¡Tú forjas a los vencedores de su amor propio, a las almas de oración y de contemplación, a los santos, a los endiosados!

¡Y a medida que te ausentas de las almas y dejan éstas entrar los rencores, los recelos, las postergaciones, las rencillas, las prevenciones y las frialdades para el enemigo o para los que no les son gratos, se seca en ellas la frecuente comunicación afectuosa con Jesús y el valor para la lucha!...

Almas, ¡cuántas caídas en la pasión dominante, cuántas frialdades en el trato con Jesús, cuántas tibiezas, cuántos desmanes con Dios y con el prójimo evitaríais si os tomarais frecuente cuenta de la *sinceridad y verdad* de la quinta petición de vuestro Padrenuestro!

¡Si os preguntarais más veces!, ¿tengo yo perdonados de verdad a mis ofensores? ¿Amo a mis ofensores? ¿Perdono generosamente? ¿Cómo quiero que Dios me perdone a mí?...

---

[111] Mt 5,23-26

[112] Camino de Perfección, cap. 36, núm. 6

La petición de perdón del Evangelio

1057. ¡Qué escasos están, aun en el Evangelio los casos de esta petición completa!

Escojo dos que pueden servir de tipo, cada uno en su género. El uno por defecto y el otro por infinito exceso. En el uno no hay perdón para el que lo pide por no perdonar a su deudor. Y este caso ¡cuánto se repite!

En el otro, el que pide perdón no lo necesita para Él, porque es el Santo de los santos, pero perdona a los que le maltratan y lo ponen en cruz y hasta da la vida por ellos, y ¡qué fruto tan copioso obtiene con su petición! ¡La redención de todos los pecadores!

Perdóname, Señor, pero yo no perdono

Por esto dice el Maestro:

"El reino de los cielos viene a ser semejante a un rey que quiso tomar cuenta a sus criados. Y habiendo empezado a tomarla, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Y como éste no tuviese con qué pagar, mandó su señor que fuesen vendidos él y su mujer, y sus hijos, con toda su hacienda, y se pagase así la deuda. Entonces el criado, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo. Movido el señor a compasión de aquel criado, le dio por libre, y aun le perdonó la deuda. Mas apenas salió este criado de su presencia, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y agarrándole por la garganta, le ahogaba, diciéndole: Paga lo que me debes. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia conmigo, que yo te lo pagaré todo. Él, empero, no quiso escucharle, sino que fue y le hizo meter en la cárcel hasta que le pagase lo que le debía. Al ver los otros criados, sus compañeros, lo que pasaba, se contristaron por extremo, y fueron a contar a su señor todo lo sucedido. Entonces le llamó su señor, y le dijo: ¡Oh criado inicuo! Yo te perdoné la deuda porque me lo suplicaste; ¿no era justo que tú también tuvieses compasión de tu compañero como yo la tuve de ti? E irritado el señor, le entregó en manos de los verdugos para ser atormentado hasta que satisfaciera la deuda por entero.

Así de esa manera se portará mi Padre celestial con vosotros si cada uno no perdonare de corazón a su hermano" [113].

Perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen [114]

1058. ¡Así ora Jesús! ¡Así pide perdón, no para El, que no lo necesita, sino para sus enemigos en el mismo instante que agotan su odio y crueldad en El...! ¡Hasta los excusa!

¡Y cómo tomaba parte en la generosa petición del Hijo moribundo la Madre, traspasada de dolor, de pie junto a la Cruz, sin una palabra, ni una mirada, ni un gesto de protesta o indignación contra los verdugos de su Hijo!...

Dios mío, Dios mío, ¿quién podrá medir y contar los perdones y las misericordias y las paces que desde aquella tarde vienen lloviendo desde el cielo sobre el ejército de verdugos de Jesús, que nunca faltan ni faltarán en la tierra? Aquel ¡perdónalos! dicho desde la Cruz por la boca del Hijo y por el corazón de María, y repetido desde todos los Sagrarios de la tierra, ¿no es esperanza de absolución

---

113 Mt 18,23-35

114 Lc 23,34

para todos los pecados y para la pena por ellos debida? ¿No es prenda de indulgencia y misericordia para todos los ofensores y desagravio y glorificación para el Padre ofendido?

Madre Inmaculada del Dios que perdona y de los hijos que pecan, ¡que éstos se ganen el perdón y el amor de Aquél diciendo con verdad que perdonan a sus deudores!...

CAPÍTULO IX

SEXTA PETICIÓN: NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN

1059. Después de ofrecer remedio para el gran obstáculo que tiene el hombre para dar al Padre celestial la gloria que espera y merece, que es el pecado, presenta el Maestro divino de la oración otro remedio contra el *peligro de caer en el pecado,* que es la tentación [115].

El tercer obstáculo de la santificación del nombre de Dios: el peligro de la tentación

Sin tentación, ¿quien peca? Sin tentación que turba humores y nervios, que quita claridad de visión al entendimiento y fuerzas a la voluntad y esparce tinieblas y despierta rebeldías, ¿quién tiene ganas de poner manchas en su alma ni espinas en el corazón de su Padre Dios?

Por eso dice el apóstol santiago que la tentación nunca viene de Dios, sino del enemigo de Dios. Nadie en la tentación diga: "Soy tentado por Dios". Porque Dios ni puede ser tentado al mal ni tienta a nadie. Cada uno es tentado por sus propias concupiscencias, que le atraen y seducen" [116].

1060. Los tentadores serán los enemigos del alma, el *mundo* con las sugestiones de sus modas, fomentadoras de la vanidad y de la sensualidad, sus máximas egoístas y disolventes, sus falsas apariencias de lujo y de hipocresía, etc., el *demonio,* con la influencia de su saber de ángel y de viejo, de su poder sobre los nervios, la imaginación, aun de los buenos, y las voluntades de los malos que se le rinden para servirle de ministros y apóstoles, y la *carne,* con sus fugaces y funestos atractivos, con sus rebeliones y escándalos.

Estos tres enemigos separados y juntos, puestos de acuerdo y en complicidad con el amor propio, ¡en qué aprietos ponen a las almas de los siervos de Dios! ¡No duermen, ni se distraen, ni toman vacaciones para descansar, como estimulados por un hambre insaciable de odio a Dios y a las almas!

Ese ataque tenaz y siempre variado, unas veces suave y otras sañudo, y siempre dañino, ora a las claras, ora encubiertamente, ya diciendo al alma terminantemente: peca, sé mía, ya transfigurándose en ángel de bien, sugiriendo el mal con las apariencias más capciosas e insinuantes de bien; ese ataque, repito, ¡cómo acongoja, inquieta y pone en peligros y trances de muerte a las pobres almas tentadas!

El remedio

[115] Mt 6,13

[116] St 1,13-14

1061. No las podía dejar solas su Jesús, y quizás la palabra que más repitió en su Evangelio fue la palabra de remedio y consuelo para las almas en tentación.

¿Quién podrá contar las veces que se le oyó exclamar: "Velad y orad para que no entréis en tentación"? [117].

Y confirmando su palabra con su ejemplo, ¿quién podrá contar las horas y los días y las noches que pasó velando y orando, no para librarse Él de tentación, sino para enseñarnos a nosotros? Y ¿quién podrá ahondar en toda la enseñanza que tenían aquellos cuarenta días y cuarenta noches de vela y oración contra el demonio tentador del desierto, con los que inicia su vida pública?

¿Quién podrá agotar todo el sabor de los temas de oración del Evangelio contra las tentaciones en todas sus formas?

¡Ah! ¡qué fuerza tan arrolladora contra ellas recibirían las almas si los conocieran y saborearan!

Temas evangélicos de oración contra las tentaciones

1062. 1.º Contra la tentación de la codicia y de la gula, la palabra de Jesús al demonio que le tienta, proponiéndole que sacie su hambre convirtiendo las piedras del desierto en pan:

"No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" [118].

2.º Contra la tentación de presunción del que voluntariamente se mete en peligro y ocasiones de pecar, esperando vanamente que Dios le libre, la palabra de Jesús contra el demonio, que le proponía que se tirara de lo alto del templo sin necesidad, para que los ángeles acudieran a sostenerle con sus manos:

"No tentarás al Señor, tu Dios" [119].

3.º Contra la tentación de orgullo y dominación soberbia, la respuesta de Jesús al mismo demonio tentándolo con darle el mundo si lo adoraba a él:

"Apártate de aquí, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tuyo, y a Él sólo servirás" [120], o aquella otra máxima del Maestro: "¿De qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo si pierde su alma?" [121].

4.º Contra la tentación de impureza y diversiones desordenadas, la contemplación de la parábola del Hijo pródigo que, por divertirse desenfrenadamente y vivir lujuriosamente, perdió fortuna, casa y cariño de familia, salud, amigos y comida, y vino a parar a cuidar cerdos y alimentarse escasamente de lo que a éstos sobraba... y también la parábola del rico Epulón, con los banquetes opíparos y lujos irritantes trocados en fuego y sed rabiosa, en el lugar de los tormentos y las llagas y hambres y paciencia de Lázaro, premiadas con la paz del Seno de Abraham.

5.º Contra la tentación de inquietud y desconfianza de lo porvenir y cavilaciones por lo bien o mal hecho del presente y pasado, la tranquilizadora palabra de Jesús a san Pedro, inquieto y curioso por la suerte de san Juan: "A ti que te importa? Tú sígueme a Mí" [122].

Lo que Jesús no me pide *ahora*, ¿qué me importa? Y aquella otra: "Confiad, yo he vencido al mundo" [123].

---

[117] Mt 26,41

[118] Mt 4,4

[119] Mt 4,7

[120] Mt 4,10

[121] Mt 16,26

[122] Jn 21,22

[123] Jn 16,30

6.º Contra las tentaciones de perplejidades, miedos, aprensiones y tinieblas, la palabra de Jesús: "Soy Yo, no temáis" [124]; y la oración de san Pedro en el mar: "Señor, si eres Tú, mándame ir a Ti sobre las aguas" [125]; y la de san Juan en la mañana del lago: "Es el Señor" [126].

7.º Contra las tentaciones de la fe: En vez de cavilaciones y discusiones interiores que inquietan más, la palabra firme de san Pedro: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo", o la de Marta: "Creo" [127].

8.º Contra las tentaciones ocultas y disfrazadas, las más temibles por cierto, según aquella sentencia de san Jerónimo: "Entonces eres más atacado, cuando ignoras que se te ataca".

"Yo soy la Luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas" [128].

9.º Contra las tentaciones de falso celo, la respuesta de Jesús a los discípulos, que de vuelta de una misión infructuosa le pedían airados que mandara fuego del cielo sobre sus despreciadores: "No sabéis a qué espíritu pertenecéis" [129].

10.º Contra las sugestiones de falsos apóstoles: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces. Por sus frutos u obras les conoceréis" [130].

11.º Contra la tentación de la falsa piedad o al estilo de los mundanos: "Este pueblo me honra con la boca, mas su corazón está muy lejos de Mi". "¡Hipócritas!... ¡Sepulcros blanqueados!" [131].

12.º Contra la tentación de los cariños malos o peligrosos: la palabra de Jesús a san Pedro cuando quería disuadirlo de su Pasión: "Quítate de delante, Satanás, porque no te saboreas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres [132].

1063. La hermosa confesión de san Pedro después de la resurrección: "Señor, Tú sabes que te amo" [133]; y aquella otra del mismo san Pedro cuando abandonan a Jesús los que le habían oído anunciar su Eucaristía: "¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna" [134].

Para todas las tentaciones, ¡cuánto calor infundirán estas palabras de san Pedro a Jesús en la víspera de su Pasión: "Aunque todos... yo no..." [135]; y "¿Por qué no puedo seguirte al presente? Yo daré por Ti mi vida" [136]. Y aquella hermosísima de la despedida de Jesús: "Padre, la hora es llegada:

---

124 Mt 14,27

125 Mt 14,28

126 Jn 21,7

127 Mt 16,16; Jn 11,27

128 Jn 8,12

129 Lc 9,55

130 Mt 7,15-16

131 Mt 18,27

132 Mc 8,33

133 Jn 21,15

134 Jn 6,69

135 Mt 26,33

136 Jn 13,37

glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a Ti" [137]. Y la de entrega absoluta sin titubeos, a la voluntad divina: "Así, Padre" [138].

¡Ah!, si en los trances amargos de la tentación, en vez de echarnos en brazos de la turbación y del desaliento, nos dedicáramos a repetir con la boca y saborear con el paladar del alma esas fórmulas del Evangelio, mirando no a lo que somos ni a cómo estamos, sino al Jesús que desde el Sagrario y en su Eucaristía viene con nosotros, ¡qué triunfos contaríamos!

La tentación más peligrosa

1064. La más peligrosa de todas las tentaciones es, sin duda, la de dejar cualquiera de los dos grandes remedios que contra ella enseñó Jesús: la vigilancia especialísima sobre si mismo y la oración constante.

Comprobaciones horribles de esa afirmación las da el mismo Evangelio con la traición y miedos de Judas y la huida de los apóstoles y la negación de san Pedro.

Si Judas, desde los primeros momentos de estar con Jesús, hubiese velado sobre su afición a lo ajeno, prohibiéndose a sí mismo murmuraciones sobre el uso de las limosnas y ofrendas que hacían a su Maestro, ¿habría llegado a venderlo por un puñado de monedas?

Si los amigos de Jesús, y singularmente san Pedro, en lugar de entregarse descuidadamente al sueño, hubiesen obedecido la consigna de *"Velad y orad"* [139], ¿hubiesen dado el bochornoso y triste espectáculo de huir y dejar solo a su Maestro en manos de sus enemigos y negarlo por tres veces hasta con juramento?

En verdad, es peligrosísima la tentación de aflojar en la *vigilancia* sobre sí mismo, so pretexto de la pequeñez aparente del peligro o de lo ligeramente inofensivo de la afición o hábito, así como la tentación de dejar la oración so pretexto de sueño fácilmente vencible, de distracciones, sequedades, ineptitudes o excesivas ocupaciones.

La mejor fórmula

1065. Es la enseñada por los propios padres de Jesús.

No consta en el Evangelio que aquellas dos hermosísimas almas hubiesen estado sometidas a la dura y peligrosa ley de la tentación, pero sí consta que pasaron por trances muy parecidos.

El amor sin fondos ni riberas que a su Jesús tenían les hacía pasar por no sé si llamar miedo, temor, recelo o pena de perderlo o de que se lo quitaran.

¡Es tan propio eso del amor!

Varias veces han tenido que bajar del cielo ángeles a calmar esas dulces angustias del amor de María y de José, diciéndoles siempre las mismas palabras: "No temáis..." [140].

¡Qué bien expresa ese estado de gozo y temor la palabra o queja de la Madre al encontrar a Jesús en el templo, después de llorarlo perdido por tres días!: "Tu padre y yo te buscábamos con dolor..." [141].

---

137 Jn 16,1

138 Mt 11,26

139 Mc 14,38

140 Lc 1,30; Mt 1,20

141 Lc 2,48

1066. Vivir buscando siempre a Jesús en el Sagrario *con amor,* por ser quien es, y *con dolor,* por ser nosotros lo que somos!...

Madre Inmaculada, ya que pasaste, si no por los miedos de la tentación, sí por la pena de llorar a tu Jesús perdido por tres días, sin culpa tuya; muerto por otros tres días y ausente varios años desde la Ascensión de Él a la Asunción tuya, ten lástima de los que vivimos siempre bajo la amenaza del miedo de perder a tu Jesús y a nuestra alma... Madre querida... no nos dejes caer en la tentación...

La oración de san Pedro

1067. ¡Qué ejemplo tan robustecedor de las almas tentadas, la oración de san Pedro!

Quiero presentaros al príncipe de los apóstoles, al primer Papa, dando una lección soberana del gran arte y de la divina ciencia de la oración.

Si Jesús dejó en su Iglesia la oración como arma principal de combate y de defensa contra todos sus enemigos, que son los mismos de las almas, parece muy de razón que el general en jefe visible de esa misma Iglesia fuera diestro entre los más diestros en el manejo de esa arma.

Y así fue.

Los tres modos de orar san Pedro

Leo el santo Evangelio y los Hechos de los apóstoles, en cuyas inspiradas páginas se desarrolla la vida de Simón Pedro, y lo encuentro orando de tres modos, en perfección graduada y ascendente, que precisamente corresponden a tres estados o fases muy características de su vida, a saber:

I. La oración temblando o la oración del miedo.

II. La oración llorando o la oración de la contrición.

III. La oración durmiendo o la oración de la confianza.

I. La oración temblando

1068. Pedro comienza a conocer y tratar a Jesús, se deja atraer por el atractivo de su mirada, de su palabra y de sus hechos portentosos, se siente amigo de Jesús; todavía, sin embargo, en aquella amistad había más curiosidad y admiración que fe, más simpatía que amor, más interés terreno y humano que caridad sobrenatural...

De ese imperfecto amor y trato del corazón de Simón para con Jesús tenía que brotar una oración imperfecta también y muy a medias.

La oración en las dos borrascas

1069. Un hecho, entre muchos de la vida de san Pedro y de sus compañeros de apostolado, pone de manifiesto este modo rudimentario de orar. Entra Jesús en la barquilla y, fatigado del duro ministerio del día, se queda dormido sobre unos rollos de cuerdas; levántase una tempestad tan recia en el mar, que las ondas cubrían la barca, despavoridos Simón y los suyos y más atentos a su interés que a la comodidad de Jesús, y creyéndolo con más poder despierto que dormido, se acercan a Él y con grandes gritos y aspavientos lo despiertan, diciendo: "¡Señor, sálvanos, que perecemos!" [142].

Jesús oye y obedece el ruego de sus apóstoles, porque, aunque defectuosamente, en sus gritos había fe en su poder y en su misericordia; pero, Maestro siempre, les hace ver los defectos de su

[142] Mt 8,25

oración: "¿De qué teméis hombres de poca fe?" [143]. Como si les dijera: Vuestra oración es más hija de vuestro miedo que de vuestra fe... ¿Creéis que si no me gritáis y no me despertáis no os escucho? ¿No os bastaba llevarme con vosotros y contar conmigo? ¿Creíais que cuando el cansancio cierra mis ojos para no veros, cierra también mis manos, para no ayudaros, y mi corazón, para no amaros?

Otro día, en circunstancias parecidas, Simón, confiado en la presencia de su Maestro, se ha puesto a andar sobre las aguas... Sopla violento el viento, Simón tiembla, su fe flaquea y comienza a sumergirse...

Oración del miedo

1070. ¡Cómo te presentas muchas veces delante de las playas del Sagrario!

¡Cuántas y cuántas veces tiene Jesús que permitir que se desencadenen tempestades de enfermedades del cuerpo, de quebrantos de intereses, de penas del corazón, de tentaciones del alma, y se hace el dormido para probar lo que creen en Él y lo que de Él se fían sus comulgantes! Y ¡cuántas veces la prisa, la agitación, la inquietud, la amargura, la desconfianza con que acudimos a pedirle auxilio, tiene que poner en su boca y en su gesto el mismo reproche que a sus apóstoles miedosos y desconfiados!: ¿De qué teméis, hombres de poca fe? ¿No os basta tenerme en el Sagrario y llevarme con vosotros cada vez que comulgáis? Y si me tenéis a Mí, ¿qué os puede faltar? ¿Por qué os agitáis en miedos que me ofenden?

Madre Inmaculada, tú, que siempre contaste con tu Jesús, enséñanos a contar tanto con Él, invisible y callado en el Sagrario, que por muy recias que sean las tempestades de nuestra alma y de nuestra vida, nunca lo busquemos por miedo, ni temblando...

II. La oración llorando

1071. Una fe débil produce una oración débil también.

Y en la misma proporción que la fe crece o flaquea, crece y flaquea la oración que en ella se funda.

La débil fe de Pedro en las dos borrascas del mar le ha hecho orar temblando, y si ha llegado a obtener lo que pedía, no ha sido sino con un reproche del buenísimo Maestro por su poca fe.

Pero Jesús iba entrando cada vez más adentro del alma de su apóstol, y con la fe de éste en Él irá creciendo el amor, y estos crecimientos se harán sentir en el valor de su oración.

Y ¡misterio singular de la misericordia del Corazón de Jesús!

Pedro se afirma en su fe, para no volver a vacilar ni temblar más, y se confirma en el amor exento de toda infidelidad para con el de Jesús, precisamente en el instante mismo que sigue a su gran pecado de negra deslealtad para con su Maestro.

1072. Aún flota en el aire el eco del último juramento con que perjura que no conoce al procesado Jesús, y sus ojos se han encontrado con la mirada triste, severa y dulce a la vez, que desde la sala del tribunal, le dirige su Jesús, y la pena del arrepentimiento más amargo inunda su corazón, y las lágrimas de la contrición más ardiente brotan de sus ojos.

Desde este instante, ¡oh feliz culpa!, ya no veréis a Pedro vacilar ni temblar ni ante las amenazas de los grandes de la tierra, ni ante las borrascas del mar, ni ante las persecuciones del infierno; aceptará sin discutir lo que le mande Jesús, irá donde lo lleve, se dejará ceñir a una cruz y dejará regado su camino por la tierra con gotas del sudor de un apostolado incesante, con gotas de sangre de su pasión por Jesús y las almas, y con gotas de lágrimas de la oración penitente que comenzó en el patio de Anás y no terminará sino cuando se cierren sus ojos sobre la cruz de Roma.

---

[143] Mt 8,26

1073. La mirada severa y dulce de Jesús a Pedro y las lágrimas con que éste le ha respondido dividen su vida en dos mitades totalmente desiguales.

Si la primera mitad es la vida de las simpáticas y generosas arrogancias mezcladas con las fragilidades de un corazón de barro, la segunda mitad es la vida de las serenas y generosas abnegaciones de un corazón que ya no es frágil, porque ha aprendido en la mirada triste de Jesús ofendido el secreto de orar llorando.

Diríase que esas lágrimas, de tal modo han cambiado el carácter y el modo de ser del apóstol pecador, que en adelante lo ungirán con una unción de modestia, humildad, desconfianza de sí, indulgencia incansable con sus hermanos y terneza generosa y compensadora con Jesús, que todo eso son y eso ponen en la vida las lágrimas que el dolor sincero del pecado cometido arranca del alma...

1074. ¡Cómo se huele el aroma de esa unción en la escena en que Jesús resucitado provoca la triple protesta de amor de su apóstol contrito!: "Pedro, ¿me amas más que éstos?" [144]. El Pedro de antes hubiera respondido súbito, impetuoso, arrogante: "Sí, más que éstos y más que el mundo entero te amo..." El Pedro de ahora, en lugar de arrogancias, pone lágrimas; en lugar de comparaciones y preferencias molestas, pone silencio, y en lugar de una rotunda afirmación, pone la humilde confesión de lo que guarda su corazón para Jesús: "Tú, que lo sabes todo, sabes que te amo..." [145]. Como si dijera: "Yo no sé nada. Tú, que lo sabes todo, conocerás si esto que tengo y siento en mi corazón es amarte más que todos..."

1075. ¡Cuántas veces, Señor del Sagrario, en el mismo momento de mis infidelidades y de mis pecados, mi conciencia intranquila recuerda a mi alma avergonzada la mirada triste, severa y dulce del ofendido Jesús!...

Sin que yo vea tus ojos en tu Hostia callada, sé que se vuelven a mí y me miran...

Y ¡pobre de mí! ¡cuántas veces he temido esa mirada tuya! ¡He dejado de ir al Sagrario! y, aun yendo, ¡he armado ruido con mis pasiones, he hecho violencia a mi corazón, a mi conciencia, a mi fe, a mi memoria, para que no me traigan ni recuerden tu mirada! ¡para obligarte a Ti a la violencia de dejar de mirarme!...

¡Con qué pena, Jesús, volverás en el silencio de los desprecios, a entornar tus párpados!

... ...

1076. Madre Inmaculada de los Dolores: Tú, que viste lo que compensaron al Corazón de tu Jesús de la pena horrible de la negación de Pedro las lágrimas con que pasó su vida respondiendo a su mirada de invitación al arrepentimiento, pon en mis ojos lágrimas perennes de contrición y confianza con que se presente siempre en el Sagrario mi alma, muchas más veces pecadora que Pedro y, ¡ay!, tantas veces despreciadora de las miradas de mi ofendido Jesús.

III. La oración durmiendo

1077. Dos veces encuentro a san Pedro haciendo su oración durmiendo.

Pero ¡qué distintas las dos ocasiones!

Tan distintas, que en la primera de ellas duerme en vez de orar, y en la segunda ora en vez de dormir; en las dos ocasiones que son de oración duerme, pero sólo en la segunda durmiendo ora.

---

144 Jn 21,15

145 Jn 21,17

Los dos cuadros

El primero se representa en el huerto de Getsemaní, y el segundo en la cárcel de Herodes.

La oración de Getsemaní

1078. ¿Recordáis la angustiosa insistencia con que Jesús, puesto en trance de agonía, de dolor y de tristeza, pedía a sus tres íntimos Pedro, santiago y Juan: "Velad y orad, Velad y orad conmigo?"...[146].

Jesús velaba y oraba hasta con sudores de sangre; pero Pedro y sus íntimos dormían...; sus párpados, como de plomo, cerraban sus ojos.

Ese sueño no es oración, es flaqueza, abandono, falta de delicadeza para con Jesús.

¿Verdad que después de ese dormir, en vez de velar y orar con Jesús agonizante, no se extrañan tanto las medrosas desbandadas de apóstoles ante Jesús preso y las negaciones ante Jesús procesado?

La oración de la cárcel

1079. Leemos en el capítulo 12 de los "Hechos de los apóstoles":

4. Y habiendo Herodes hecho prender a Pedro, le puso en la cárcel, y le dio a guardar a cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno, queriendo sacarle al pueblo después de la Pascua.

5. Y mientras que Pedro era así guardado en la cárcel, la Iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él.

6. Mas cuando Herodes le había de sacar, aquella misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, aherrojado con dos cadenas, y los guardas estaban delante de la puerta, guardando la cárcel.

7. Y he aquí que sobrevino el ángel del Señor; y resplandeció lumbre en aquel lugar; y tocando a Pedro en el lado, lo despertó, y dijo: "Levántate pronto". Y cayeron las cadenas de sus manos.

8. Y el ángel le dijo: "Cíñete y cálzate tus sandalias". Y lo hizo así. Y le dijo: "Échate encima tus ropas y sígueme".

9. Y salió, y le iba siguiendo: y no sabía que fuese verdad lo que hacía el ángel: mas pensaba que él veía visión.

10. Y pasando la primera y segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que va a la ciudad, la que se les abrió de suyo. Y habiendo salido, pasaron una calle; y luego se apartó de él el ángel.

11. Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: "Ahora sé verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel y me ha librado de manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo de los judíos".

1080. Ved qué contraste.

De una parte, piquetes de soldados; una cárcel con varias puertas de hierro de defensa; alrededor de la cárcel, un pueblo sediento de sangre y un rey sin entrañas, dispuesto a satisfacer su sed... De otra parte, el reo en capilla, ¡reo para el día siguiente!, que, despojado de sus sandalias y vestiduras, se ha echado sobre el duro y sucio suelo de su prisión, y sirviéndose de almohada de las mismas cadenas que lo sujetan y con la molestísima compañía de los dos soldados de guardia, se pone a dormir el más tranquilo y apacible de los sueños.

[146] Mt 26,41

Ciertamente que aquellos guardianes, como los guardianes de todos los reos en capilla, no habrían presenciado ni volverían a presenciar caso más asombroso de serenidad ante la inminencia de la muerte.

¿Cuál era el secreto de aquella paz?

Es que la Iglesia oraba sin intermisión por Pedro, y que Pedro oraba con la Iglesia sin intermisión también, y oraba entrando gozoso en la cárcel, y gozoso dejándose encadenar y maltratar por el nombre de Jesús; y oraba comiendo el duro y negro pan de la prisión cuando se lo daban; y oraba durmiendo cuando llegaba la hora de dormir; y porque lo hacía todo orando con Jesús, en todo lo que hacía recibía la respuesta de paz, fortaleza y gozo de Jesús.

1081. ¿Quién reconocería en el apóstol dormido, en la suavidad del diálogo con Jesús entre cadenas y carceleros la víspera de su muerte, al apóstol que con convulsiones de miedo y a gritos despertaba a su Maestro dormido para que lo salvara de la tempestad?

¿Y cómo confundir el sueño de la cárcel, que es la oración de la confianza llevada a su grado heroico, con el sueño de Getsemaní, que es la incomunicación egoísta con Jesús cuando más necesitado estaba de comunicaciones de hijos y de amigos?

1082. Jesús del Sagrario, Jesús rodeado de angustias, agonías y persecuciones en tu vida de Sagrario y de Iglesia, ¿cuándo alcanzará mi alma esa seguridad que da la oración totalmente confiada? ¿Cuándo llegará a gozar de la paz que produce el trabajar y el descansar, el gozar y el sufrir, el comer y el beber, *orando,* es decir, dándote cuenta y parte y haciéndolo sólo porque Tú lo quieres y a Ti te gusta?

Únicamente en ese hacerlo todo orando se goza de la dulce paz de vivir sólo en el momento presente y bajo la mirada bondadosa de Jesús Sacramentado, sabiendo que, si es preciso, hasta un ángel enviará para librarnos de las cadenas y de los enemigos de que nuestra debilidad no pueda librarnos.

... ...

Madre Inmaculada: Tú, que hasta durmiendo orabas, enséñanos a orar sin dormirnos como en Getsemaní, y a dormir orando, como en la cárcel de Herodes...

CAPÍTULO X

SÉPTIMA PETICIÓN: Y LÍBRANOS DEL MAL

1083. ¿De cuál mal pedimos que nos libre diciendo: mas líbranos del mal? [147].

Del demonio, del infierno y de casos desastrados.

Nuestra condición de seres limitados, flacos y por añadidura pecadores e hijos de pecadores, nos pone en el trance de ser unos perpetuos indigentes y amenazados de muchas clases de aflicciones del cuerpo y del alma.

La remoción de toda clase de obstáculo para llegar al fin

147 Mt 6,13

1084. ¡Cómo se echan de ver en la oración del Padrenuestro la misericordia y la delicadeza de cariño de nuestro Hermano mayor y Maestro Jesús al enseñarnos en ella un medio de que esos males, lejos de apartarnos de nuestro Padre y sumirnos en abismos de odios y desesperaciones, nos lleven y empujen a buscarlo con más ansia y a glorificarlo mejor!

No se han de curar con la oración todos nuestros males en la forma y medida de nuestro deseo; pero hemos de estar ciertos que si nuestra oración está bien hecha, ha de obtener uno de estos tres frutos:

1.º La liberación del mal que nos aqueja.

2.º El alivio del mal con alientos infundidos por Dios de paz, paciencia y confianza; o

3.º La conservación del mismo mal para librarnos de males o peligros mucho mayores y ponernos en situación de ganar bienes inesperados.

¡Qué bien se demuestra todo eso y que la oración da siempre su fruto de glorificación de Dios y de alivio de los hombres en los repetidísimos casos del Evangelio!

-Maestro -preguntaban los apóstoles ante el ciego de nacimiento-, ¿quién pecó: éste o sus padres, para que naciera ciego?

-Ni éste ni sus padres -responde el Maestro-, sino para que se glorifique mi Padre en él.

Fórmulas evangélicas de esta petición

1085. ¡Qué hermosas fórmulas de peticiones de toda clase de necesitados y afligidos presenta el Evangelio! ¡Qué buenas todas ellas para que las repitamos, cuando pasemos por las mismas o parecidas penas, delante del Sagrario!

1.º "Con que pueda tocar la orla de su vestido quedaré curada", decía entre sí la hemorroísa [148]. ¡Si tocáramos con esa fe nuestra Eucaristía!

2.º "Jesús, hijo de David, ten piedad de mí", gritaba cada vez más fuerte el ciego Bartimeo [149]. ¡Si perseveráramos en nuestros gritos de angustia ante el Sagrario!

3.º "Jesús, Maestro, ten lástima de nosotros", decían dando voces desde lejos, los diez leprosos [150]. ¡Con qué complacencia oye Jesús: "Una limosnita de lástima tuya para mí"!

4.º Y el leproso que le adora diciendo: "Señor, si quieres puedes limpiarme". [151] ¡Si oprimidos por el remordimiento dijéramos eso muchas veces ante el Sagrario!

5.º "Maestro, que perecemos", le gritan a Jesús, dormido en la barca, sus discípulos, alarmados por la tempestad [152]. ¡Jesús, dormido en la barca como callado en el Sagrario, siempre oye el clamor de sus hijos!

6.º En medio de la turba que rodea a Jesús se oye el clamor de un padre que pide a Jesús libre a su hijo del demonio que lo tenía poseído: "Maestro, mira; te ruego me conserves a mi hijo, que es el único que tengo" [153]. ¡Padres, madres, hermanos, hermanas y amigos buenos, cuando lloréis los extravíos que acusan la presencia del demonio en el alma de vuestros seres queridos sabed que el Jesús callado del Sagrario tiene poder sobre todos los demonios y espera vuestra oración.

---

148 Mt 9,21

149 Mc 10,47

150 Lc 17,13

151 Mt 8,2

152 Lc 8,4

153 Lc 9,38

7.º El Centurión de Cafarnaúm le ruega diciendo: "Señor, tengo en cama y a la muerte un criado" [154]. La intercesión de la caridad ¡cuánto obtiene de Jesús!

8.º Marta y María piden la salud de su hermano, mandando a decir a Jesús: "Señor, el que amas está enfermo" [155]. ¡Qué sublime concisión! Y luego que muere Lázaro le dicen: "Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiera muerto". [156]. ¡Qué agradable son para el corazón de Jesús las osadías del amor de sus amigos!

9.º La Samaritana, a quien Jesús habla del agua que Él tiene, le dice: "Señor, dame de esa agua para que no tenga yo más sed" [157]. ¡Almas sedientas de paz y de bien, ésa es vuestra petición!

1086. Pero ¿quién podrá contar y repetir las fórmulas y los gritos de tantos dolores y males que fueron en busca del remedio de aquel divino Médico, Jesús?

¡Oh, Farmacia misteriosa del Evangelio y del Sagrario, que tenéis fórmulas para la curación de todos los males del alma y del cuerpo; fórmulas eficaces que como se repitan con fe viva y confianza ciega en el poder y en la misericordia del Médico divino producen ciertamente la curación!

CAPÍTULO XI

AMÉN

1087. El amén [158] con que nuestro Señor Jesucristo cierra su oración tiene un doble sentido: de ratificación y de aceptación anticipada.

En cuanto significa ratificación de lo que pedimos en unión con Jesús, nuestra Cabeza y nuestro Hermano mayor, y de todos nuestros hermanos los hombres, el *amén* de nuestra oración equivale a decir a nuestro Padre celestial: Ésta es nuestra voluntad, éste nuestro deseo de verdad, sin rutinas ni distracciones... Con la mayor sinceridad y necesidad de que somos capaces, te decimos que esto es lo que de Ti queremos y pedimos.

En cuanto significa aceptación anticipada, el amén de nuestro Padrenuestro es una concisa y a la par expresiva fórmula de rendimiento de juicio y de gracias a la voluntad de nuestro Padre.

Esto te hemos pedido, Padre celestial, y porque sabemos de cierto que esto y mucho más de esto nos has de conceder en la forma que más te guste y a nosotros nos convenga, antes de ver el fruto de nuestra oración y de tu misericordia, te decimos ¡Amén! ¡Muy conformes con lo que nos des! ¡Muy agradecidos a tu bondad en escucharnos y atendernos! ¡Así sea!

1088. ¡Qué bellamente cierra nuestro diálogo de necesidades y peticiones con el Padre que está en los cielos ese *amén* de ratificación de nuestra voluntad y de aceptación incondicional de la suya! ¡Qué paz y qué bien dejaría en el alma del orante el solo paladeo y la reposada rumia de ese *amén!*

---

154 Mt 8,6

155 Jn 11,3

156 Jn 11,32

157 Jn 4,15

158 Mt 6,13

¡Caso digno de notarse! En la historia del Evangelio y del Sagrario se encuentran dos tipos de orantes, con respecto al Amén, muy opuestos.

I. "Orantes con sólo Amén".

II. "Orantes sin Amén".

Son dignos unos y otros de ser conocidos y estudiados.

LOS ORANTES DE SÓLO AMÉN

1089. En la serie gloriosa y sin fin de beneficiados por la misericordia inagotable de Jesús en el Evangelio hay

Los que nada pidieron y consiguieron mucho

De no pocos ciegos, paralíticos y enfermos incurables habla el Evangelio que fueron curados por Jesús sin conocerlo ni pedírselo.

Al ciego de nacimiento y al paralítico de la piscina se dio Jesús a conocer después de haberlos curado; a muchos enfermos que nada le pedían, Él se acercaba a decirles: "¿Quieres curarte?", o "¿Qué quieres que te haga?".

¿Qué enseña esa conducta de Jesús?

Enseña que tiene tantos deseos de honrar a su Padre con el homenaje de nuestra oración, que a veces se contenta con el *amén* de nuestra aceptación de los beneficios que Él, como hermano mayor, *siempre intercediendo por nosotros,* pide constantemente para sus pobres hermanos menores.

Enseña una misericordia sin límites en su Corazón y descubre la virtud maravillosa de su sola presencia. Todos esos milagros no pedidos ni esperados, se obraron por la sola presencia de Jesús o por el solo paso y aun la sombra de Jesús.

1090. ¿Quién no recuerda con emoción aquella fila de dolientes de todas las enfermedades del cuerpo y del alma que, al ponerse el sol, esperaban a lo largo de los caminos y a la entrada de los pueblos el paso del divino Nazareno, para que con el contacto de su mano, con la mirada de sus ojos, con una palabra de su boca, con un gesto de su cara, con el aire que su cuerpo tocaba los sanara?

Jesús, Jesús, ¿por qué estando Tú tan cerca de nosotros, que no tenemos necesidad de esperar que vengas ni de que pases, porque te has quedado a vivir en cada Sagrario, por qué tenemos tantos enfermos y padecemos de tantas dolencias y lloramos tan sin consuelo ni esperanza?

Sin duda no es porque se han acortado el poder de tu mano, ni la misericordia de tu Corazón, ni la virtud de tu presencia, sino porque no nos ponemos delante de Ti, porque no ponemos nuestras dolencias y enfermedades bajo la acción sanadora de la mirada de tus ojos, de la virtud que exhala tu Cuerpo Sacramentado y del aroma que manan tus virtudes.

1091. En una palabra: sacamos tan poco o nada de la vecindad de nuestro Hermano Jesús y del interés decidido que tiene de pedir y obtener bienes para nosotros porque, entretenidos con el pretexto de que no sabemos o no podemos orar, no nos disponemos siquiera a decir con la boca, o con el corazón, o con un gesto tan sólo, un débil *amén...,* el amén al Padrenuestro que desde el Sagrario en nombre nuestro reza Él por nosotros y *quisiera rezar siempre con nosotros...*

CAPÍTULO XII

LOS SIN AMÉN

1092. Es propio efecto de la oración acercar a nosotros a Jesús; tan propio, que obtendremos o no lo que particularmente le pedimos, según nos convenga o no; pero atraerlo, ponerlo más cerca de nosotros que estaba antes de nuestra oración, siempre lo conseguimos. Es amante tan fino, tan sensible de oído, vista y corazón, que al más leve gesto de intentar buscarlo y hablarle sus amados ya está incorporándose y respondiendo: Aquí estoy, ¿qué queréis?

Siendo esto así, ¿cómo entender que haya oración o modos de orar que no solamente no lo atraigan, sino que lo rechacen, lo echen, lo alejen? ¡Sin amén!

El santo Evangelio, sin embargo, presenta esos modos de orar.

La oración que rechaza a Jesús

1093. Si orar es pedir, en las páginas del Evangelio hay peticiones hechas directamente, personalmente a Jesús, que unas veces equivalen a una expulsión y otras terminantemente le dicen: "Te pedimos que te vayas".

Os asusta, ¿verdad? Pues seguid leyendo. En las páginas del santo Evangelio está escrita esta frase: "Al punto, toda la ciudad de Gerasa salió en busca de Jesús, y al verle le *suplicaron que se retirara de su país"* [159].

¡oración que suplica a Jesús que se vaya!

¡Qué misterio de paciencia en Jesús, y de ingratitud y de perversión de instinto en el hombre!

1094. Almas buenas que buscáis en estas páginas modos de acercar más a Jesús a vosotras y de acercaros más vosotras a Él por vuestra oración, cada vez mejor hecha, prevenías contra los *cuatro enemigos* descubiertos y presentados por el mismo Evangelio. Tres son pasiones del pobre corazón humano y uno es resultado de la influencia de aquéllas sobre la cabeza.

Las pasiones son: codicia, lujuria y soberbia, o sea, afán inmoderado de tener más y de gozar más y de ser más, y su fruto en la cabeza es la ignorancia afectada que se obstina en no saber más que lo que las pasiones halaguen.

Cierto que esas dolencias todos padecemos y que precisamente para librarnos de ellas y de su influjo va siempre en una forma u otra nuestra oración. Es muy cierto. No olvidemos, sin embargo, que esas dolencias, enemigas siempre de toda buena oración, no se convierten en enemigos irreconciliables sino cuando llegan a *mandar* en el alma o, mejor, a tiranizarla con dominio absoluto y despótico.

1095. Entonces, cuando las almas se llenan de codicia y se petrifican o se saturan de lujuria, y se animalizan o se colman de soberbia, y se satanizan, entonces es cuando rompen con toda oración u oran para hacer esta abominable petición: "Vete de aquí, Jesús, que nos estorbas". ¡Qué cuadros de realidades tan horribles como adoctrinadoras nos presenta el Evangelio! ¡Se infiltran y se entronizan tan sutilmente en el alma esos enemigos expulsadores de Jesús!

Concédanos el Espíritu santo presentároslo para vuestro provecho y amor de la buena oración.

De cómo los corazones dominados por la codicia echan a Jesús

159 Mt 8,34

1096. Hay en el santo Evangelio una página quizá tan poco leída como desaprovechada, que descubre, sin embargo uno de los aspectos más interesantes de la misericordia del Corazón de Jesús y de la miseria del pobre corazón humano.

Quiero transcribírosla integra para facilitaros el comentario:

"Desembarcado en la otra ribera del lago en el país de los gerasenos fueron al encuentro de Él saliendo de los sepulcros *en que habitaban* dos endemoniados tan furiosos que nadie osaba transitar por aquel camino. Y luego empezaron a gritar, diciendo: "¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, oh Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá con el fin de atormentarnos antes de tiempo?" Estaba, no lejos de allí, una gran piara de cerdos paciendo. Y los demonios le rogaban de esta manera: "¡Si nos echas de aquí, envíanos a esa piara de cerdos!" Y Él les dijo: "Id". Y habiendo ellos salido, entraron en los cerdos; y he aquí que toda la piara corrió impetuosamente a despeñarse por un derrumbadero en el mar de *Genesaret* y quedaron ahogados en las aguas. Los porqueros echaron a huir, y llegados a la ciudad lo contaron todo, y en particular lo de los endemoniados. Al punto, toda la ciudad salió en busca de Jesús, y al verle le suplicaron que se retirase de su país" [160].

Uno de los evangelistas añade que cuando vinieron a Jesús vieron sentado a sus pies, vestido y en su sano juicio, a uno de los curados.

Meditemos.

Jesús se presenta sin ser llamado

1097. Es por demás misteriosa y ha dado motivo a largos comentarios de intérpretes y exegetas esta visita de Jesús.

¿Qué buscaba entre esta gente dura, mezcla de paganos y judíos?

En concreto no se sabe; pero sin temor de equivocarnos, bien podemos afirmar que era visita de misericordia y de extraordinaria misericordia hecha sin invitación de nadie, sin que nadie la deseara ni se la pidiera y con todos los indicios y las probabilidades de un fracaso.

¿Cuántas, cuántas veces, Jesús peregrino, te presentas y llamas a las puertas de almas y hogares y de pueblos sin que te llame nadie, y aún más, teniendo todos los indicios y la certeza de que no te recibirán o acabarán por echarte?

¿No es ése mismo el misterio de Misericordia perpetuamente frustrada y nunca buscada de tus Sagrarios-Calvarios?

Jesús hace un gran milagro sin que se lo pidan

1098. Y mejor diría, que hace unos cuantos grandes milagros sin que se los pida nadie.

A los demonios atormentadores de aquellas almas los obliga a predicar y a proclamar a gritos su divinidad, su imperio sobre ellos y su poder soberano hasta sobre las bestias; a los poseídos del demonio, seres horriblemente infortunados y esclavos hasta entonces de todas las miserias y degradaciones, los libra de la esclavitud, los cura, los devuelve a la vida normal y hasta de uno de ellos, según consta por otro evangelista, hace el apóstol suyo en aquellas tierras ingratas.

¿Quién ha llamado a las puertas del Corazón de Jesús para que, abriéndose, dejara salir aquellos torrentes de misericordia?

Nadie, nadie.

¡Qué bien ha podido llamar a Jesús el apóstol del amor con el misterioso y regalado nombre de *El que primero nos amó!*

¡Así eres siempre, y así siempre mereces llamarte: *Amador primero!*

Pero, ¡cómo te pagamos!

---

[160] Mt 8,28-34

En pago sólo se le pide que se vaya

1099. La ciudad en masa, enterada y asombrada de los prodigios obrados, corre a ver, a conocer a aquel gran taumaturgo y a suplicarle... ¿Para darle gracias? ¿Para adorarlo? ¿Para pedirle nuevos favores?

¡Pobrecillos!

Ante el proclamado por los mismos demonios Hijo de Dios, ante el libertador y resucitador de sus dos conciudadanos, ante el generoso Visitante que podía haberlos colmado de bienes del alma y del cuerpo, sólo se les ocurre echar de menos aquellos cuantos cerdos ahogados, y le suplican que se vaya pronto, no sea que vaya a seguir sacando más demonios de otros muchos posesos que habría ¡con peligro de sus cerdos!

1100. ¡Pobres almas materializadas por la codicia de poseer bienes terrenos!

¡Entre Jesús y los demonios prefieren a los demonios con tal de no perder cerdos!

¿No equivalen a esto mismo las excusas que se dan para no asistir a la cena de la Parábola del gran Rey? ¡No puedo ir porque he comprado una yunta de bueyes, porque he comprado una quinta!...

¿No es esa misma preferencia del dinero sobre Jesús la que hace murmurar a Judas del dinero gastado en bálsamos para ungir los pies de Aquél y la que lo empuja a su negra traición?

¿No es esa misma codicia de bienes de tierra la que cierra a la caridad de Jesús las puertas de almas cristianas y de no pocas de consagrados? ¡Ay! ¡cuántas, cuántas veces han herido tus oídos sacramentados súplicas parecidas a las de los de Gerasa de "no vengas a nosotros o no nos pidas intimidad porque nos estorbas para las complicaciones de nuestros negocios, para nuestras cuentas enmarañadas, para nuestras herencias mal habidas, para nuestras industrias no siempre honestas!".

¡Cuántas veces a los remordimientos y nuevos favores que les pones como réplicas de tu misericordia que no se cansa, ni se encoge, te contestan con un ¡mañana! sin ganas de que se convierta en un ¡hoy!

1101. Madre Inmaculada, que en tantas ocasiones habrás tenido que consolar y compensar a tu Hijo desairado y amargado por las postergaciones de la codicia absorbente y tiranizadora, enséñanos a no querer comer más pan que el que le pedimos cada día en el Padrenuestro, ni poseer más bienes que los que pedimos como añadiduras después de buscar el reino de Dios y su Justicia.

¡Que pobres de espíritu y desnudos de todo afecto desordenado de bienes de tierra pidamos y obtengamos el reino de los cielos que tu Jesús prometió!

La oración de los lujuriosos que echa a Jesús

1102. Que toda lujuria es enemiga de Jesús, incompatible e irreconciliable con Él, ni que decir tiene; pero como la lujuria no existe en el aire, sino en las almas, quiero hablaros hoy del trato o conversación que puede haber entre las almas atacadas o heridas del mal de la impureza y Jesús.

Si todo pecado puede compararse con la víbora venenosa, de modo particular puede compararse el de la impureza.

Como el áspid venenoso, que tiene silbo dulce e hipócrita para atraer a los inocentes pajarillos, diente envenenado para matar a los que muerde y largo y flexible cuerpo para enroscarse en los cuellos de sus víctimas, así el pecado impuro tiende a seducir al alma con sus tentaciones engañosas e hipócritas promesas de felicidad, a envenenarlas con sus mordeduras y ahogarlas y asfixiarlas para toda vida superior racional y sobrenatural.

En tres grados

están, pues, las almas, con respecto a esa horrible serpiente de la impureza.

Almas tentadas, almas heridas y almas asfixiadas.

Para los tres grados tiene remedios eficaces la oración: pero, ¡triste es decirlo! las del tercero no solamente no quieren remedio, sino que positivamente lo rechazan.

Triunfos por la oración

1103. Llenas están la historia del Evangelio y la del Sagrario de ejemplos de oraciones ungidas con lágrimas de confianza y de arrepentimiento y coronadas por triunfos heroicos y resurrecciones milagrosas.

En la historia del Evangelio está al frente de los siempre vencedores y nunca vencidos por la fuerza de su trato íntimo con Jesús, el virgen Juan, y al frente de todos los resucitados por la fuerza de la oración de lágrimas penitentes, María Magdalena.

Y en la historia del Sagrario, ¿quién podría contar ni cantar los triunfos de inocencias inmaculadas, de castidades laboriosas, de perseverancias inverosímiles y las resurrecciones de almas muy muertas y muy hediondas obradas por el contacto con la Carne purísima de Jesús y la fusión de dos lágrimas, la lágrima del amor que pide y la lágrima del amor que da, ¡lágrimas de la infinita miseria de rodillas y de la infinita Misericordia hecha Sacramento!

¡Pobre jardín de la pureza humana, cómo quedaría el día en que quedaran vacíos todos los Sagrarios!

Derrotas sin esperanzas

1104. De las almas que están en el último grado, de esas almas abrazadas habitualmente al vicio impuro y abrazadas y asfixiadas por los anillos de la serpiente de la lujuria, digo que, o no oran, o si oran, es para echar a Jesús muy lejos y pedirle que no las moleste con remordimientos ni recuerdos.

¡Y qué páginas más negras las de aquellas dos historias cuando narran esas escenas!

La oración de los ancianos depravados

¿No recordáis aquel desfile vergonzoso de ancianos acusadores de la mujer adúltera por no poder resistir la mirada escrutadora y el acusador examen de conciencia a que les invita la palabra serena de Jesús de que tire la primera piedra contra la pecadora el que de entre ellos esté limpio?

Se acercaron a Jesús aparentemente para pedirle justicia contra aquella desgraciada; pero en realidad le pedían el desprestigio y la anulación de aquel Maestro de toda pureza y misericordia totalmente incompatible con la depravación de sus vidas.

El depravado Herodes

1105. El rey voluptuoso y sacrílegamente adúltero ve con gozo, así dice el Evangelio, llegar ante su tribunal al purísimo Nazareno y hasta le hace una petición: que divierta a él y a su corte de degenerados y corrompidas con unos milagros.

Ante los relinchos de la bestia coronada y de su piara, reñidas con toda espiritualidad y con todo intento de elevación y sólo afanosas de más diversiones, los labios y los ojos de Jesús se han cerrado con un silencio y una incomunicación tan significativos que a empujones y dicterios y tratado como loco es echado de la presencia y del palacio de los lujuriosos.

Los endemoniados de la lujuria

1106. ¿Quién duda que muchos de aquellos poseídos del demonio que salían al paso de Jesús forzados por un poder superior para confesarlo como Hijo de Dios y movidos por rabia satánica y revolcándose entre espumarajos y contorsiones le maldecían y le gritaban que no podían resistir su presencia y que se fuera lejos de ellos? ¿Quién duda, repito, que muchos de esos posesos eran lujuriosos en el último grado de su esclavitud a los demonios que los dominaban y poseían ya como cuerpo y alma propios?

Los incompatibles con la Eucaristía

1107. Y *en la historia del Sagrario,* ¡cuántas, cuántas de esas incompatibilidades entre Jesús y las almas, y más que incompatibilidades, verdaderos ascos y reales odios y repugnancias de éstas con respecto a Aquél a causa de ese mismo estado, no sé si llamarlo de bestia o de diablo, en que la tiranía de la pasión impura pone a las almas!

Pobres oídos de Jesús-Hostia tantas veces lastimados por el relincho del alma bestia o las imprecaciones del alma-demonio que se acerca a visitarlo y ¡a comerlo!

No hablo ahora de las pobres almas escrupulosas atormentadas siempre del miedo de comulgar mal. Ese mismo miedo es el mejor certificado de que no son sacrílegas. Hablo de las desventuradas que sin miedo y con certeza de sus pecados comen habitualmente a Jesús.

1108. Corazones piadosos que leéis estos renglones con horror, sabed que a veces, ¡ojalá no fueran tantas!, el respeto humano, el no alarmar a superiores y compañeros, el miedo de perder fama de devotos, el ansia de lucro y hasta a veces una rutina nefanda u otros móviles torcidos, abren bocas de comulgantes de almas tan carnales, tan estrujadas y asfixiadas por los fuertes anillos de la víbora de la sensualidad, que la Comunión de esos desdichados con justicia debería llamarse nueva bajada de Jesús a los infiernos, y no al de los santos Padres, sino al de los mismísimos demonios.

Sabed que el demonio de la impureza, secundado por el *demonio mudo* de las malas confesiones, es un hipócrita, tenaz y hábil reclutador de ejércitos de sacrílegos y sacrílegas escogidos entre los comulgantes diarios y frecuentes de todas las edades y de todos los estados.

¡Pobres soldados, o mejor, esclavos los de estos ejércitos! ¡Sin ganas de orar, aunque por de fuera parezca que oran, sin ganas de fe ni de esperanza y en gran peligro de perderlas, con tedio de Dios y de todo lo santo y bueno, con asco de todo lo espiritual, forzados con tristezas y rabias y desesperaciones a pecar más en busca de un alivio que nunca viene!...

1109. Almas, almas de Comuniones limpias y de deseos ardientes de que cada vez sean más limpias; Marías, Marías, que con la sed del ciervo sediento buscáis abandonos y desprecios de vuestro Jesús para repararlos y compensarlos aun a costa de vuestra sangre, ¡ahí tenéis un abandono y un desprecio, quizá el más duro de cuantos padece en su vida de Hostia, el que se ve forzado a sufrir en los minutos que tardan en disolverse las especies sacramentales en las almas insensibles y sin remordimiento de los lujuriosos sacrílegos! ¡Horribles minutos en los que parece condenado a las bestias y a los demonios! Un santo, transido de pena ante el espectáculo de la Hostia en el alma sacrílega, ha llegado a poner en los labios doloridos de Jesús el grito que Él ponía en los resecos del rico Epulón en medio del infierno: "¡Cuánto me atormenta esta llama!" [161].

---

[161] Lc 16,24

1110. Madre Inmaculada, Huerto cerrado y Fuente sellada para tu Jesús por tu virginidad y pureza, quebrantadora de la serpiente, sostén de los que nunca cayeron, refugio de los que quieren levantarse, esperanza de los arrepentidos, enseña a mi alma, tan en peligro siempre, a orar ante tu Jesús con tal sentimiento de su necesidad y con tal confianza de su victoria por El que ni por un momento entre a formar parte del triste ejército de sacrílegos que busca a tu Hijo para condenarlo a las bestias y a los demonios.

La oración de los soberbios que rechazan a Jesús

1111. ¡La soberbia ante Jesús! Como no tenemos para hablar de Él otro lenguaje que el que estilamos entre los hombres, yo os diría que, así como la humildad atrae la simpatía y el cariño hasta la locura de Jesús, la soberbia es el pecado más antipático para su Corazón y que más lejos lo pone del alma con él inficionada.

Todos los pecados le ofenden, le lastiman; pero también le excitan la compasión.

El de la soberbia, aun sin llegar a veces a ser grave, le ofende, le lastima, como los demás, y en vez de compasión, le levanta repulsión.

El Corazón infinitamente misericordioso de Jesús, que ha tenido para los cargados de todas clases de penas y de males la dulce invitación de *venid a Mí que Yo os aliviaré* [162] ha tenido sólo para los inflados de soberbia esta dura y terrible sentencia; *Dios resiste y humilla a los soberbios* [163].

1112. Podría decirse que el único enemigo de Jesús en su vida mortal y en su vida eucarística es la soberbia.

Todos los demás enemigos, que han gritado o gritan contra El, no son más que disfraces o hijos y familia de la soberbia.

La hipocresía, la envidia, la crueldad, la ingratitud, el fanatismo, el falso amor de las tradiciones y de la patria, la avaricia y la lujuria que son los enemigos, que salen constantemente a contradecir a Jesús, no tienen más malicia ni envuelven otro veneno que la malicia y el veneno que les inocula el que bien merece llamarse el *pecado del mundo.*

Si se estrujan todas las argumentaciones con mayor o menor aparato científico y todas las maquinaciones de todos los poderes contra Jesús en el Evangelio y en la Eucaristía, no queda más fórmula ni más razón que ésta: *Yo primero, primero que todos los demás y primero que Dios mismo,* es decir, la fórmula esencial de la soberbia.

¡Pobres corazones en los que se entroniza como tirano esta pasión!

Los condena: 1.º A no ver a Jesús aunque lo tengan delante y haciendo milagros. 2.º A no agradar a Jesús aunque hagan obras buenas y 3.º A negarlo y odiarlo.

La soberbia condena a no ver a Jesús presente

1113. ¿Recordáis aquella pintoresca, minuciosa y celestialmente agradable página del Evangelio de la curación del ciego de nacimiento?

Mirad con qué contraste se cierra; el ciego humilde ve, y enterándose de que el que lo había curado era el Hijo de Dios, dice: "Creo, Señor", y postrándose lo adora.

Y añadió Jesús: "Yo vine a este mundo a ejercer un juicio, para que los que no ven, vean, y los que ven (*o soberbios que presumen ver)* queden ciegos. Oyeron esto algunos fariseos que estaban con Él, y le dijeron: "Pues qué, ¿nosotros somos también ciegos? Respondióles Jesús: "Si fuerais

---

[162] Mt 11,28

[163] 1 Ped 5,5; Sant 4,6

ciegos, no tendríais pecado; pero por lo mismo que decís: "Nosotros vemos (*y os juzgáis muy instruidos),* por eso vuestro pecado persevera en vosotros" [164].

La soberbia condena a desagradar a Jesús aun con obras buenas

1114. ¡Qué terminantemente lo prueba la parábola del fariseo y del publicano!

Aquél llevaba a su oración obras buenas, el ayuno, la limosna, el culto de Dios, no ser adúltero...; éste llevaba miserias, robos, pecados...

Pero el fariseo se tenía por el mejor de los hombres, y el publicano por el más pecador, y por la virtud divina de la humildad, las obras malas del pecador se truecan en buenas, y por la virtud diabólica de la soberbia, las obras buenas del que se tenía por justo se truecan en malas; y el pecador sale de su oración amigo de Dios, y el soberbio justo, enemigo.

La soberbia no para hasta negar y odiar a Jesús

1115. La esencia de todo el proceso que contra Jesús tiene siempre abierto la soberbia está expresada en el grito que habían sugerido a las turbas los soberbios fariseos delante de Pilato: "No queremos que éste reine sobre nosotros" [165].

¿Por qué?

Ya no se dan razones, no se disimulan pretextos, se dice claro: ¡No queremos!

Ésa, ésa es la palabra de la soberbia desembozada y descarada de su rival.

Tú serás más fuerte, más veraz, más taumaturgo, más sabio, más santo que yo; pero... ¡no quiero! ¡No me da la gana de que nadie se ponga delante de mí! ¡No te quiero! ¡Te odio! ¡Gastaré mis fuerzas, mi razón y mi vida en quitarte de delante de mí, en negarte, en borrarte de sobre la haz de la tierra!...

¡Hasta ahí llega la gran tiranía de la soberbia sobre el pobre corazón y sobre la pobre razón del hombre!

1116. *Humilde Cordero* del Sagrario, viendo a los hombres tan llenos de soberbia, me explico por qué haciendo tantas maravillas en cada hora de tu vida eucarística, tienes tan pocas rodillas dobladas delante de Ti y te sacan tan poca virtud muchos de los que te tratan, y te tienen tanta saña los herejes y los impíos.

El *pecado del mundo* tiene cerrados tantos ojos para no verte bueno, hermoso, rico, grande, misericordioso detrás de la humildad de tus especies sacramentales, tiene tan desorientados y engañados a fuerza de engreídos y pagados de sí mismos a tantos operarios y criados tuyos, tiene el demonio de la soberbia tantos adoradores y esclavos de entre los *prudentes y sabios,* que a Ti, humildísimo Pastor bueno del Sagrario, no te queda más que el *menudo rebaño* de los pequeñuelos de la sencillez y de la pureza.

... ...

1117. Madre Inmaculada, que tus hijos de la tierra se acaben de enterar de que nunca estarán más cerca de los tesoros de misericordia del Corazón de tu Hijo Sacramentado que cuando se confiesen y con gusto se tengan, como Tú, por *esclavos del Señor...,* y que mientras más *esclavos,* mejor penetrarán en el misterio de la palabra y del silencio, de la acción y de la inacción, del amor y del dolor, de la vida y de la muerte de Él...

---

164 Jn 9,40-41

165 Lc 19,14

¡Que sólo en la *humildad de sus esclavos* se recrea tu humildísimo Jesús!...

La ignorancia que atrae a Jesús

1118. No toda ignorancia es enemiga de la oración ni impide el trato íntimo con Jesús.

Precisamente, el Evangelio, la mayor parte de ejemplos que presenta de hermosas oraciones es de gentes ignorantes.

¿No eran rudos y sin letras los pastores de Belén, los apóstoles pescadores y la mayor parte de los niños que vitoreaban a Jesús, de los ciegos y paralíticos y enfermos que le pedían salud?

¿Y fueron por eso menos agradables a Él y menos fructuosas para ellos?

Sí; puede decirse que están en muy exigua minoría en el Evangelio los casos de oraciones de ilustrados y sabios; si se exceptúan la Madre bendita de Jesús, ilustrada con todas las luces del cielo y de la tierra; san José y san Juan Bautista y Nicodemus y algún que otro discípulo oculto, doctor de la Ley, puede afirmarse que los que trataron con Jesús, con conversaciones afectuosas, íntimas, de alma a alma, de corazón a corazón, esto es, los que oraron ante Él volcando en su Corazón sus penas y sus alegrías, sus deseos y sus temores, sus cariños y sus remordimientos, fueron los sencillos, los analfabetos, es decir los ignorantes, a los que Jesús bondadosamente llamaba *pequeñuelos.*

¡Bendita y feliz ignorancia poseedora de la gran sabiduría de saber hablar con Dios y hacerse oír y atender de Él!

El secreto

1119. El secreto de la atracción que hacia aquellos ignorantes sentía Jesús, ¿sabéis en dónde estaba?

Si, hablando en lenguaje quizá demasiado humano, podríamos decir que el Corazón de Jesús tiene, como el corazón de los hombres, su *flaco,* yo diría que el flaco de su Corazón es quizá la predilección, la locura por lo *chico.*

¿Será quizá porque para *grande* se basta Él, y de cosas *chicas* carece en absoluto?

1120. Es lo cierto, y las páginas del Evangelio y todas las horas de Sagrario lo prueban a porfía, que la predilección del Corazón de Jesús es en favor de lo chico, más aún, en diminutivo, como Él lo ponía: de lo *mínimo,* de lo *pequeñuelo.*

Escribo estas páginas el día de santa Inés, la mártir de trece años, y la oración de su Oficio litúrgico es una gallarda comprobación de ese *flaco* de Jesús por lo *menudo:* "Omnipotente y sempiterno Dios que eliges lo flaco del mundo para confundir todo lo fuerte..." ¡Qué contraste! ¡El sempiterno y el omnipotente buscando y escogiendo lo flaco, lo menudo!...

Pero me diréis: ¿Es que la ignorancia es una virtud para de ese modo ganarse las atracciones de Dios?

No; la ignorancia no es virtud, es un mal, como privación que es de un bien: la ciencia.

1121. Pero aquella ignorancia de letras y de ciencias terrenas en gentes sin obligación ni medios para saber más, sin petulancias ni empeños por disimularla y con paz e ingenuidad para reconocerla, era una concha tosca, si queréis, pero muy buena y recia para guardar, sin peligro de rapiñas ni de falsificaciones, la perla, la margarita preciosa que en más estima tiene Jesús: ¡la humildad!

¡Con qué gusto practica Él mismo la parábola dándolo y despreciándolo todo, con tal de comprar las preciosas margaritas de almas humildes, escogidas bajo montones de ignorancias y flaquezas!

Madre Inmaculada: que se enteren bien y pronto las almas ignorantes, sencillas y pequeñuelas del gusto que en tratar con ellas tiene tu Jesús y que no digan más que no hablan con Él en el Sagrario, que no oran porque no saben.

La ignorancia que repele a Jesús

1122. ¡Buena diferencia entre esa ignorancia estuche y defensa de humildad y otras ignorancias formadas con vapores de soberbia y miasmas de corazones podridos!

Esta ignorancia que llamo afectada porque es voluntaria, como hija de una voluntad idólatra de sus pasiones, suele presentarse en torno de Jesús tanto en el Evangelio como en el Sagrario: bajo la forma de sabiduría que, porque *sabe algo,* afecta y se jacta de *saberlo todo,* o bajo la ignorancia o desconocimiento de lo que a sus pasiones no les halaga saber, ¡pero bajo una y otra forma siempre esta sola realidad: la razón humana abdicando su trono de reina y obrando como esclava de las pasiones tiranas del corazón!

1123. ¿Quiénes de los que anduvieron cerca de Jesús estuvieron en mejores condiciones para conocerlo a fondo, cuanto podía dejarse conocer por entendimientos limitados aquella grandeza ilimitada?

Sin duda ninguna, los escribas, fariseos y doctores de la ley.

Por el conocimiento de la ley de los profetas de que se jactaban tanto, por la consulta que les hace Herodes con motivo de la estrella de los Magos, por la asiduidad y minuciosidad con que observaban, en frases del mismo Evangelio, a Jesús, su vida, sus relaciones y su doctrina, sus palabras, su serenidad ante los enemigos, sus huidas ante los triunfos y sus innumerables milagros; por los efectos de atracción a su Persona y doctrina, conversión de empedernidos pecadores, mejora de costumbres que se obraban en los pueblos por donde pasaba, hasta por el roce habitual con el más bueno, humilde, clemente y sobrio de los hombres, aquellos ilustrados, aquellos llamados sabios, debieron conocer mejor, más pronto y más claramente que los pastores y los niños, y los mendigos ciegos, y los endemoniados, que aquel Hombre no era un seductor, ni un embustero, ni un ambicioso dominador de muchedumbres, sino el Mesías anunciado y esperado, el Redentor, el Hijo de Dios.

Eso hubiera confesado y proclamado espontáneamente un entendimiento sincero, claro, no oscurecido por vapores ni miasmas de putrefacciones de corazones enviciados, y así lo aclamaban apenas lo veían y lo oían los sencillos, los humildes, los puros de corazón.

1124. Pero los corazones de aquellos sabios e ilustrados de Jerusalén eran *sepulcros blanqueados,* repletos de podredumbre de vicios y nidos de víboras de pasiones desenfrenadas, y por eso, mientras más lo observaban, menos lo entendían; mientras más lo veían, menos lo conocían; mientras más lo oían, menos se enteraban; mientras más milagros y buenas obras hacía, menos lo querían y más le odiaban... El evangelista san Lucas retrata con una palabra el estado de alma de aquellos hinchados doctores, de aquellos soberbios envidiosos y podridos observadores de Jesús: "Ellos se llenaron de furor y trataban entre sí qué podrían hacer contra Jesús" [166].

Ahí, a ese colmo de estupidez, vienen a parar los sabios y los ignorantes esclavos de pasiones.

En definitiva, el último grito de los podridos de corazón, afectando ciencia que no tienen o ignorancia de la que no quieren salir, ante Jesús, es el que expresó el rey profeta:

"Dijo el insensato en su corazón: no hay Dios" [167].

Entre tanto

1125. Jesús, como en la colina de Nazaret, a donde lo han llevado sus paisanos enfurecidos para precipitarlo, sigue en paz su camino, vestido unas veces por los esclavos de la codicia, de la lujuria,

[166] Lc 6,11

[167] Salmo 13,1

de la soberbia y de la estultez con el manto blanco de loco o de púrpura de rey de burla, y otras veces buscado y encontrado al través de las blancas especies sacramentales por los pobres de espíritu, los puros y humildes de corazón y los sobrios pequeñuelos.

Madre Inmaculada, tantas veces entristecida por los rugidos de bocas y corazones humanos echando a tu Hijo, véngate de ellos con venganza de Madre, pidiendo hasta con dulce violencia, como en Caná, al Corazón de carne de tu Hijo Dios otro milagro de conversión. ¡La más ímproba y rara de las conversiones! ¡La de naturaleza! ¡La conversión de sepulcros de carne podrida en copones de carne purificada y espiritualizada!...

CAPÍTULO XIII

ES NECESARIO ORAR SIEMPRE Y NO DESFALLECER

1126. Os he dicho con el Evangelio en la mano *cómo* se debe orar. Ahora, con el mismo Evangelio, os digo *cuándo y cuanto tiempo* se debe orar.

La palabra del Maestro de la oración es terminante: ¡Siempre! ¡Sin desfallecer! [168].

Y fijaos en la palabra con que expresa la urgencia de ese deber: *es necesario.*

¡Tan necesario como fue que Él padeciera y muriera por nosotros y así entrara en su gloria!

Usaba la misma palabra, *es necesario,* para expresar la urgencia de ambas obras.

Tan conveniente es para el hombre el orar siempre, como para Jesús su glorificación por la pasión y la muerte.

Una dificultad

1127. ¿Pero la flaqueza de nuestra atención y de nuestra memoria y la necesidad de ocuparlas en multitud de deberes y obras permiten esa oración perpetua y esa conversación no interrumpida con nuestro Padre que está en los cielos? Ciertamente que no, sin un milagro de la gracia. Pero si san Agustín ha podido decir "que trabajar por Dios es orar" y "el que sabe bien vivir sabe bien orar", ¿quién nos puede impedir obedecer el mandato del Maestro de *orar siempre* obrando y viviendo bien, es decir, dándole gusto y porque así le gusta?

¿Ese obrar siempre mirándole a Él, dándole gusto, no es vivir en perenne diálogo afectuoso con Él?

Corazón de Jesús Sacramentado, en oración perpetua ante el Padre celestial, enséñanos a "hacerlo todo orando", esto es, hablando contigo, dándote gusto, contando con tu misericordia o echándote de menos...

¡Si fuéramos a Él...!

1128. Si heridos y maltrechos de los combates de la tentación, del dolor y del pecado, nos fuéramos al primer Sagrario que encontráramos y repitiéramos con fe y con ahínco de humilde confianza al Jesús bueno que allí mora, los gritos y las súplicas de los paralíticos y ciegos, de los leprosos y endemoniados de Palestina, o en silencio nos pusiéramos allí a que nos *bañara* con su *mirada,* nos *ungiera* con la virtud que exhala su santa Humanidad y nos *perfumara* con los aromas

[168] Lc 18,1

de sus virtudes; si para conseguir todo esto llamáramos a nuestro lado a la Madre del Hijo de Dios y del hijo pecador..., es decir, si *orásemos en el Sagrario como se oraba en el Evangelio,* estemos ciertos de que las maravillas de curaciones y resurrecciones del Evangelio se repetirían en cada Sagrario.

¡Si fuéramos a Él los consagrados...!

1129. ¡Si todos los consagrados por Orden o por votos nos decidiéramos a hablar con el Jesús de nuestros Sagrarios muchas veces al día, cara a cara, cuerpo a cuerpo, corazón a corazón, como le hablaban en el Evangelio sus íntimos para dirigirle preguntas de lo que no sabían, confidencias de lo que sabían, quejas de lo que les molestaba o temían, protestas de cariño, gratitud y fidelidad cuando sufría abandonos y deslealtades, para recibir de Él luces, consuelos, agradecimientos, orientaciones, correcciones, alientos, paz, fortaleza...!

¡Ah! Si nos decidiéramos los consagrados a hablar amistosamente con quien sabemos nos ama, y a todas horas, en las de regla y de fuera de regla, nos pusiéramos en espíritu o en cuerpo delante de Él, o mirando hacia Él desde nuestros oficios, ¡cómo se trocarían los claustros en jardines de eterna primavera y de flores eternas sin espinas para el Esposo y sin serpientes seductoras y triunfadoras para sus moradores!

1130. Si los sacerdotes nos pusiéramos a hablar así en el Sagrario y a esperar en gustoso silencio la respuesta de Jesús, nuestra palabra sería siempre palabra del Espíritu santo; nuestro corazón, horno encendido, como el de los discípulos de Emaús para derretirnos y derretir los corazones más duros; nuestra acción, siempre sacerdotal, fecunda, omnipotente, en favor de las almas y en contra de todos los enemigos de ellas y la gloria de Dios y el reino de Dios sobre los pueblos y almas, tendrían dilataciones indefinidas... ¡Si nos decidiéramos todos los consagrados a Dios por votos u ordenación a hacer la principal ocupación de nuestra vida, orar ante Jesús en el Sagrario como se oraba en el Evangelio!...

¡Si fueran a Él los padres!

1131. ¡Y si los padres de familia tomaran como primera y más grata obligación de su paternidad, enseñar con su ejemplo y su palabra a sus hijos el camino de la *casita dorada* de Jesús y hacerles saber las ganas y la prisa que Él tiene de sentarlos sobre sus rodillas, besarles la frente y estrecharles contra su Corazón, o ir, llamado por la fe de los padres, a sus casas, o al camino del cementerio, a curarlos o resucitarlos, si la enfermedad o la muerte hubiese hecho presa en ellos!

Y si los que por apostolado hacemos las veces de padres, como las sacerdotes, maestros y catequistas, nos dedicáramos a satisfacer las ansias de Jesús de que se le lleven pequeñuelos, y por todos los medios que nos sugiriera el celo se los lleváramos al Sagrario y les hiciéramos, cantar, rezar, oír, hablar de Jesús para que aprendieran a conocerlo, a quererlo, a tener hambre de comerlo y a aficionarse a estar con Él; y si en vez de irritarnos porque, a pesar de nuestros cuidados e industrias, juegan, alborotan, no entienden, ni se enteran, y se portan, después de todo, como niños aun delante de Jesús, no los echáramos fuera, sino que, con paciente condescendencia, ofreciéramos aquella *oración* de alboroto y algazara al Jesús que sabe que así son los niños de ahora, como así eran los de su tiempo de Palestina...

Si los padres corporales y espirituales contáramos más con Jesús, si lleváramos más a Jesús a nuestros niños, ¡cómo nuestros niños se parecerían más a Jesús!

¡Si los hombres ocupados fueran a Él!

1132. Y si los hombres de gobierno y de ciencia, como en el Evangelio los Reyes Magos; los de trabajo rudo e incesante, como los pastores de Belén y los pescadores del mar de Galilea, y todos los ocupados y preocupados en afanes de la vida terrena, hicieran cada mañana o cada tarde un alto en sus trajines y se fueran a buscar a Jesús, a hablar amistosamente con Él, a ofrecerle sus sudores, a darle gracias de sus ganancias y triunfos del día y pedirle fortaleza y luz y acierto para las penas, los desengaños, las perplejidades de cada hora... Si los hombres se decidieran a alternar su trabajo de cabeza, de manos, de pies, de sus negocios, con el *trabajo de rodillas* delante de Jesús Sacramentado, ¡con qué jóvenes tan puros y estudiosos y alegres; con qué hombres tan morigerados, sobrios, laboriosos, abnegados; con qué ancianos tan venerables y resignados se gloriarían los pueblos cristianos!

¡Si las Marías fueran más a El!

1133. ¡Si, como sus Hermanas mayores del Evangelio, no dejaran jamás solo a su Jesús, *sirviéndolo* en sus Sagrarios y en sus representantes: los sacerdotes y los pobres; *consolándolo* con las lágrimas de su compasión; *ungiéndolo* con los aromas y bálsamos de sus virtudes eucarísticas y *estándose* con Él cuando todos se van...!

¡Si fueran a Él los pecadores!

1134. ¿Y si los pecadores, si nosotros los pecadores, cuando el remordimiento nos carcome y la vergüenza de nuestras indignidades enrojece nuestras caras, cuando el demonio de la desesperación nos empuja a quitar remordimientos con el falso placer de pecados nuevos y nos cierra los ojos y el corazón para que no vean ni sientan la mirada siempre compasiva de Jesús, nos pusiéramos a orar ante Jesús del Sagrario y decirle la palabra de confianza: *Padre;* y la de confesión: *pequé contra el cielo y contra Ti;* y la de asco de sí: *no soy digno de ser llamado hijo tuyo* [169], y la petición humilde de: *recíbeme siquiera como a uno de tus criados*, como el pródigo del Evangelio; y fuéramos a llorarle como la Magdalena y san Pedro, y con los ojos entornados por la confusión, y la boca abierta por la confianza, le repitiéramos el *"mírame propicio a mí, pecador"* [170] del humilde publicano...

¡Cómo sentiríamos la opresión de sus brazos sobre nuestros hombros y cuello, y el beso del perdón sobre nuestra frente y el "vete en paz, hijo, que tus pecados están perdonados" [171] o el "Yo no te condeno tampoco" [172].

¿Imposible orar?

1135. Que no se diga que los niños, por su infantilidad; los jóvenes, por su impetuosidad; los rudos, por su ignorancia; los distraídos, la mayor parte de los hombres, por la exterioridad de su vida, no saben hablar con quien no ven y a quien no oyen, que no pueden hacer oración mental, ni vivir vida interior.

Yo les responderé:

---

[169] Lc 15,22

[170] Lc 18,13

[171] Mt 9,2

[172] Jn 8,11

1.º Que hay un Espíritu santo, Agente supremo de la oración y de la vida interior, que sabe y puede y quiere enseñar a hablar con Jesús invisible y a oír a Jesús mudo, hasta a los rudos. Las historias de los santos niños, jóvenes, rudos, distraídos y ocupados, que son innumerables, están llenas de comprobaciones de esa acción del Espíritu santo.

Y 2.º Que la experiencia enseña que el niño echa de menos y llora a su padre y a su madre ausentes o muertos; que el joven y la joven, cuando el amor aguijonea, no se cansan de hablar de palabra, por escrito y de pensamiento con su amor; que el rudo habla interiormente, hasta irritarse, con aquel a quien teme o a quien odia, así como llega hasta a reírse a solas, recordando o representándose alguna persona o escena que le cayó en gracia.

1136. ¡Hablar con quien no se ve! ¿Pero hacemos todos, de ordinario, otra cosa de día y aun rodeados de muchas gentes, y aun de noche soñando? ¡Si se puede decir que nuestro pensamiento y nuestra imaginación, y nuestro corazón están en diálogos perennes, más que con los que vemos y oímos, con los que no vemos ni oímos porque murieron ya o están ausentes o aun ¡ni han nacido! ¡Hasta tal punto somos por dentro habladores que, cuando nos falta el interlocutor, nuestra fantasía o nuestro amor propio lo forjan para que nos recree o nos atormente!

Digámoslo de una vez y muy claro; no se habla con Jesús vivo en el Sagrario, no se ora ante Jesús, no porque esté callado e invisible, sino porque sobran pasiones que aturdan y seduzcan, y falta o está muy escasa la *fe viva* en su real presencia.

CAPÍTULO XIV

ESPIGANDO

1137. 1.º ¿Cuál es el mejor modo de orar?

Respondo con estas hermosísimas palabras de san Pablo de la Cruz:

"No os digo que hagáis la oración a mi modo, sino al de Dios... Dejad a vuestra alma libertad para tomar su vuelo hacia el soberano Bien, según Dios la conduce".

2.º ¿Son necesarios los libros y los métodos para hacer oración?

Necesarios en absoluto, no; convenientes para algunas almas y en determinadas situaciones, sí.

Muchos y muy buenos y fructuosos libros y métodos han compuesto los santos y los autores de ascética, singularmente desde del siglo XVI, en que los excesos y desvaríos el iluminismo, del quietismo y del jansenismo pusieron en peligro de extravío a las almas.

Pero no se olvide jamás que no pasan de ser auxiliares, temas, guías y rectificadores externos de oración; hablan y obran por de fuera, y que el gran Agente interior, el siempre eficaz y con el que hay que contar siempre es el Espíritu santo, que es el que habla y obra en el interior.

1138. 3.º De entre todos los libros de oración mental, ¿cuál es el mejor?

Sin duda, el santo Evangelio, leído, a ser posible, delante de un Sagrario o mirando hacia él, a la luz de la lámpara de la *fe viva*, que meta en el alma la más firme persuasión del "ahí está" de la real presencia. La oración más solemne del sacerdote es, sin duda, el Padrenuestro que le manda la liturgia rezar mirando la Hostia de su Misa.

No tengamos jamás prisa por hacer oración mental o vocal sin penetrar lo más íntimamente que podamos en la real presencia de Jesús en el Sagrario, si allí oramos, o de Dios en otro cualquier lugar en que oremos.

Mientras no estemos *llenos* de esta persuasión: Jesús me mira, me oye, me quiere, espera con interés mi conversación, no tendremos buena oración.

4.º ¿Será bueno valerse de algún comentario del Evangelio?

Indudablemente, y los hay excelentes; pero no se olvide que, como intérpretes y comentaristas del Evangelio, son insustituibles la *confianza* ciega en el amor misericordioso del Corazón de Jesús Sacramentado, que sabe, puede y quiere curarme, y el *conocimiento* de nuestra miseria e indigencia, como la de uno de tantos ciegos, cojos, baldados, incurables, hambrientos, endemoniados del Evangelio...

EPÍLOGO

MADRE INMACULADA

1139. Si nadie va al Padre sino conociendo y amando al Hijo, nadie puede esperar ir al conocimiento y trato amoroso del Hijo sino por Ti, Madre querida.

Reclinado sobre tu regazo encontraron a Jesús las primicias de la gentilidad y de los judíos, los reyes y los pastores; al pie de la Cruz de Jesús Redentor, recogiendo su sangre y los últimos latidos de su Corazón, te encuentran siempre todos los redimidos; sentada a la derecha de Jesús glorificador, ejerciendo la omnipotencia suplicante, te cantan todos los ángeles y santos del cielo, y cerca, muy cerca de cada Sagrario en donde mora tu Hijo Sacramentado, estás también Tú, preparándole y multiplicándole comensales.

Es designio de Dios, manifiestamente revelado y comprobado en los libros santos y en la historia grande de la Iglesia como en la menuda de cada alma, que Jesús no se dé sino por María.

1140. Inmaculada Madre María, dispensadora del más rico don de los cielos y de la tierra. Dadora de Jesús mortal en el Evangelio, de Jesús glorioso en el cielo y de Jesús Sacramentado en el Sagrario, para gloria de tu Hijo, que goza en darse, y para delicia tuya, que es dárnoslo, despierta en torno de cada copón muchas hambres de comerlo, de hablarle, de mirarlo sin verlo, de escucharlo sin oírlo, de bañarse en miradas suyas, de ungirse en la virtud que exhala su Cuerpo Sacramentado, y de perfumarse en el olor de sus virtudes eucarísticas...

Madre y Señora del santísimo Sacramento, en torno de la Carne sacrificada de tu Hijo, abre muchas bocas de comensales que se divinicen comiéndolo, y delante de los oídos, y los ojos, y las manos y el corazón de tu Hijo Sacramentado que se repita perennemente el Padrenuestro rezado, saboreado, rumiado y asimilado por la *fe viva* y la *confianza* en Él y la *desconfianza* de nosotros.

Inmaculada Mediadora de Dios y de los hombres, que el Padre Dios, el Hijo Dios y el Espíritu Santo Dios, reciban la mayor *gloria,* y tus hijos, los hombres, la mayor *paz orando ante tu Jesús en el Sagrario como se oraba en el Evangelio.*

APÉNDICE

SENTENCIAS DE LA GRAN MAESTRA SANTA TERESA DE JESÚS SOBRE ORACIÓN

1141. Parecíale a la santa que el mayor bien que podía haber en la tierra era tener oración (Vida 7,10). Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo delante y dentro de sÍ presente y Ésta era su manera de oración (5,4,7). Dieciocho años pasó sin poder en modo alguno discurrir en la oración y con grandes sequedades (Ib, 9). Hace Dios gran bien al alma que la dispone para tener oración con voluntad, aunque ella no es tan dispuesta como es menester (5,8,4). El alma que persevera en la

oración por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin, el Señor la saca a puerto de salvación (5,8,4). Por males que haga quien ha comenzado oración, no la deje, pues es el medio por donde puede tornarse a remediar (Ib). En la enfermedad se puede hacer muy bien oración, si es alma que ama, ofreciendo aquello, acordándose por quien lo pasa y conformándose con ello (5,7,12). La puerta para hacer Dios las mercedes que hizo a la santa, es la oración (5,8,9). Los que tienen oración, si se esfuerzan a llegar a la cumbre de la perfección, jamás van solos al cielo; llevan mucha gente tras sí; como a buen capitán, dale Dios quien vaya en su compañía (5,11,4). Los que comienzan oración han de hacer cuenta que su alma es un huerto que deben cuidar y regar como buenos hortelanos (Ib 6 y siguientes). Manera de regar este huerto: cuatro clases de agua con que se puede regar (Ib 7). Sabe el demonio que alma que tiene con perseverancia oración, la tiene perdida; por eso tienta con capa de humildad a que la deja (Ib 4). Los que no tienen oración sirven a Dios más a su costa; a los que tratan oración, el mismo Señor les hace la costa, pues por un poco de trabajo da gusto para que con él se puedan pasar los trabajos (5,8,8). La oración, para ser verdadera, debe ir acompañada de la mortificación, porque regalo y oración no se compadecen (*Camino,* 4,2). La oración es el principio para ganar todas virtudes (C 16,3). Es el camino real para llegar al cielo... Yendo por él se gana un gran tesoro; así, no es extraño que cueste mucho (C 21,1). Peligro será no tener humildad y otras virtudes, pero no puede ser peligro tener oración (Ib 7). Es muy posible que rezando vocalmente ponga el Señor en contemplación (C 25,1). Los que pudieran encerrarse en este cielo pequeño de nuestra alma adonde está el que le hizo, y se acostumbrase a no mirar ni estar adonde se distraigan estos sentidos exteriores lleva excelente camino (C 28,5). Ayuda mucho para la oración hacer cuenta que dentro de nosotros está un palacio de grandísima riqueza y que en este palacio está Dios, que ha querido ser nuestro Padre (Ib 9). Las almas que no tienen oración son como un cuerpo con perlesía o tullido, que aunque tiene pies y manos, no se puede menear (Moradas 1,1,6). La puerta para entrar en el castillo del alma es la oración, mental o vocal, con tal que ésta sea con consideración, porque si no es con consideración, no es oración (Ib 7). Conviénele al que comienza oración entrar determinado a no dejarla aunque no reciba gusto; debe estar determinado a abrazarse con la cruz (M 11,7,8). Para aprovechar mucho en este camino, y subir a las moradas más íntimas, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho (M 4,1,7). Para buscar a Dios es mejor buscarle en nuestro interior, porque se halla mejor y más a nuestro provecho que en las criaturas (M 4,3,3). Es excelente meditación pensar en Dios dentro de sí, porque se funda sobre verdad que es estar Dios dentro de nosotros mismos.